
IMÁGENES DE LA SOCIEDAD Y LA POLÍTICA: VISIONES JUVENILES¹

DIMAS SANTIBÁÑEZ Y.

ANTROPÓLOGO SOCIAL
INVESTIGADOR DEL CED

INTRODUCCIÓN

Ha transcurrido ya un buen tiempo desde el inicio del trabajo que hoy reunimos en las páginas que siguen. Desde los últimos meses de 1997 hasta el presente hemos participado de una reflexión, a veces política, a veces académica, en torno a lo que comúnmente se rotula como la "crisis de la participación política", encarnada fundamentalmente en el comportamiento político de las nuevas generaciones, cuya expresión más nítida es su baja inscripción en los registros electorales.

Por cierto, se trata de una discusión que la mayor parte del tiempo presenta un bajo perfil social, sin embargo, como componente clave de los rituales electorales su relevancia aumenta en tales contingencias dificultando avanzar sustancialmente en su comprensión, ya que la argumentación se acalora en el fragor de los éxitos y fracasos de las campañas pro-inscripción.

Frente a ello, sin embargo, se han realizado serios esfuerzos académicos orientados a profundizar, sin premuras y emergencias, en un tema cuya relevancia está directamente vinculada a la profundización de nuestro sistema democrático desde una perspectiva ciudadana y cultural. En esta dimensión del problema se encuentra, a juicio nuestro, su plena vigencia.

Los talleres, seminarios y diálogos que se han desarrollado han compartido esta preocupación y, en este sentido, han significado un avance en tanto han permitido disponer y compartir un conjunto de información sobre el tema, dar continuidad a la reflexión a través de la creación de espacios para ello y conocer diversos enfoques para tratar la materia².

En el actual contexto político apostamos a que la discusión en torno al fenómeno de la participación política en el Chile contemporáneo y, particularmente, respecto del "distanciamiento" de la población juvenil en relación a la institucionalidad electoral de nuestro sistema político, esté generando una mayor sensibilidad para incorporar otras versiones que hablen de lo mismo, pero desde otros lugares.

1 Se agradece la colaboración de Dafne Englander, Daniela Moreno y Reinhard Friedmann en el diseño e implementación de los estudios que dieron vida al presente documento.

2 Nos referimos a los Seminarios, Grupos de Conversación y Jornadas organizadas por distintas organizaciones. Entre ellas, Fundación Friederick Ebert, Fundación Participa, Centro de Análisis de Políticas Públicas de la Universidad de Chile. También se debe destacar el esfuerzo realizado por el Instituto Nacional de la Juventud, a través de su Departamento de Estudios.

Por nuestra parte, durante estos meses hemos tenido la oportunidad de desarrollar un esfuerzo de investigación y reflexión que tuvo como punto de partida una legítima preocupación en la baja inscripción de los jóvenes observada para las parlamentarias de 1997. Una preocupación que no sólo se sigue alimentando del comportamiento político de las generaciones jóvenes, sino también del abanico de planteamientos que esta realidad provoca —desde aquellos que afirman que una desafección ciudadana frente a la política es saludable para la estabilidad de la democracia, hasta aquellos que sostienen que para superar el problema se requiere recurrir al expediente de modificar la legislación estableciendo la inscripción automática y obligatoria para todos los mayores de 18 años— hasta el comportamiento y discurso de la clase política de nuestra sociedad frente a este y otros temas de preocupación social.

Los resultados obtenidos en nuestra aproximación a la compleja relación entre el sistema político y la población joven desbordó las acotadas preocupaciones iniciales, motivando la realización de un segundo estudio que nos permitiera tener una mirada algo más global de la relación de los jóvenes con la sociedad en construcción. Tal como lo hemos entendido, la relación de los jóvenes con el sistema político se inscribe en el marco de las transformaciones sociales y culturales que impactan de formas muy diversas a las nuevas generaciones de chilenos y a los actores sociales y políticos encargados de conducir el país.

De este modo, los Estudios, "*Encuestas Deliberativas. ¿Por qué no participan en política los jóvenes?*", e "*Imagen país y auto-percepción juvenil*", han constituido los principales insumos empíricos que abordan dichas cuestiones y articulan el trabajo que presentamos. En cualquier caso, ellos no fueron diseñados y realizados como trabajos de investigación sobre los jóvenes. Su tema de estudio fue el operar del sistema político chileno y el contexto social en el cual éste se inscribe, observados desde el ángulo juvenil. En el otro vértice es posible visualizar, también, elementos que en parte explican el comportamiento político electoral y social de los jóvenes —y probablemente de un número importante de compatriotas—, pero por sobre todo, nos entregan una imagen, un bosquejo, un pequeño retrato de nuestra sociedad.

Nuestra convicción es que en la medida en que una sociedad cuenta con versiones de sí misma se abre la oportunidad —y este es el propósito central del texto— de una conversación más diversa que potencie una reflexión más compleja respecto de los rumbos recorridos y los aún por recorrer.

Jóvenes y sistema político

El primer estudio aludido, cuyos resultados presentamos bajo el título "*Jóvenes, democracia y participación política: ¿una nueva cultura política?*", tuvo como propósito central caracterizar y entender lo que hemos denominado, como observadores externos, el proceso de *incomunicabilidad entre el mundo político y la población juvenil*³.

Por cierto, todo proceso de comunicación es improbable. La sociedad, en este sentido, puede comprenderse como la probabilización creciente de estados improbables o de los procesos comunicativos sobre los que se sostiene. Una situación de quiebre comunicacional involucra, en primer lugar, a sus participantes y exige adentrarse en el complejo entramado que articula su particular relación para identificar los factores que están provocando los fracasos en la comunicación. Esto abre un mundo de posibilidades, desde las eventuales dificultades que las modulaciones de los involucrados deben vencer en materia de extensión espacial y temporal —los jóvenes no cuentan con acceso a los medios de mensaje o difusión—, las dificultades de comprensión que supone la utilización de lenguajes distintos, hasta la no aceptación de las premisas propuestas por el otro.

En el caso del tema que abordamos se puede formular que ello es el resultado obvio de los comportamientos políticos contemporáneos a nivel mundial, o constituyen las consecuencias propias de los procesos de modernización y de las transformaciones del sistema político o los cambios culturales que las nuevas generaciones encarnan. Sin embargo, a juicio nuestro, ello sólo constituye un contexto que potencia dinámicas que son propias a cada sociedad. Desde el ámbito del sistema político, que es el que más preocupación ha evidenciado sobre el problema, este tipo de descripciones no pueden ser suficientes. Al fin y al cabo, una profundización de la incomunicabilidad puede comprometer las exigencias de legitimidad y representación a las que el sistema político debe responder.

3 Para ello, durante los últimos meses de 1997 y los primeros de 1998 realizamos una serie de actividades que se enmarcaron en el estudio aludido. Se aplicaron 400 encuestas a jóvenes de enseñanza media de 6 comunas de la Región Metropolitana, se realizaron 5 grupos focales y 2 Encuentros Deliberativos con 50 jóvenes de las comunas de La Granja y Nuñoa.

Partimos del principio que todo estado de fracaso en la comunicación es producto de una deriva histórica particular cuyas consecuencias tiene un profundo impacto en los participantes. Afecta directamente las premisas sobre las que sostienen su relación. De ahí en adelante lo esperable es que la dinámica se potencie de acuerdo a la modelación que se realice respecto de los comportamientos del otro.

Desde nuestra perspectiva, un ejercicio necesario es visualizar que el comportamiento político electoral de los jóvenes es un desafío pendiente del proceso de redemocratización y, al mismo tiempo, un producto directo de él, con antecedentes que encuentra sus raíces en el régimen militar y con una proyección que promete consolidarse para el siglo XXI.

En ese sentido, el trabajo que se presenta aborda el distanciamiento de la población juvenil respecto del sistema político, su diseño, mecanismos y actores a partir de las expectativas, y consecuentes evaluaciones, que los jóvenes han estructurado en torno al funcionamiento de la democracia a una década de iniciado el proceso de redemocratización.

Nuestro foco de observación es, entonces, el sistema político y el ángulo de análisis, las observaciones juveniles. En este sentido, renunciamos de manera consciente a aquella pretensión academicista, propia de la sociología positiva, de observar los fenómenos sociales desde una posición privilegiada sin puntos de referencia específica. Ello sólo es posible desde la interpretación de los grandes números provenientes de las encuestas, por lo tanto, las descripciones que de allí surgen hablan más del observador –el sociólogo– que de los sujetos involucrados. En nuestra práctica para minimizar dichos efectos, nos posicionamos como observador de observadores. Esto es, nos disponemos a la observación de los problemas que nos ocupan desde las particulares visiones que parte de sus involucrados poseen. Sin embargo, nuestro esfuerzo no se limita a describir sus descripciones, sino que intentamos identificar los criterios que utilizan para aplicar sus distinciones.

A partir de este particular enfoque metodológico, la noción de cultura política ha constituido una pieza clave en la recomposición de nuestra reflexión. El encuentro de estos dos puntos de referencia –sistema político y observaciones

juveniles– permite advertir que la relación que se ha venido configurándose sostiene y despliega en la conformación de una nueva cultura política que está estrechamente vinculada al impacto que los procesos de transformación social han tenido en las nuevas generaciones y que se desencuentra con las lógicas tradicionales de inclusión y participación social⁴.

Desde ya debemos señalar que este planteamiento no deja de ser una aproximación tentativa, pero sugerente. La noción de cultura política nos permite, con todas las ambigüedades conceptuales que aún presenta, integrar el conjunto de dimensiones que se imbrican como parámetros de observación, valoración y evaluación. Pero al mismo tiempo nos permite comprender que lo que describimos como un proceso de incomunicabilidad se alimenta y se sostiene en un sustrato más profundo y latente, referido al conjunto de premisas que prefiguran la percepción del entorno social y político y disponen los comportamientos subsecuentes. En este sentido, también nos permite concebir el problema que abordamos en términos dinámicos y relacionales, es decir, como producto y factor condicionante de los encuentros y desencuentros del sistema político y sus actores con sus entornos sociales.

La utilización que hemos realizado del concepto de cultura política es, sin embargo, preliminar y tentativa. A pesar de ello, estamos convencidos que abre un amplio margen para la discusión y reflexión académica y política.

Por lo pronto, el tema está parcialmente cubierto, ya que sólo ha sido posible aproximarse al perfil de la cultura política de las nuevas generaciones. Una tarea pendiente es conocer y comprender la cultura política de quienes son eficientemente actores del sistema político.

Avanzar en ambas perspectivas puede significar una contribución que, sobrepasando las pretensiones académicas, aporte efectivamente a la reconstrucción democrática de nuestra sociedad. En el marco de un proceso de transición, ello sigue siendo una tarea pendiente no sólo desde la perspectiva institucional, sino que, fundamentalmente, desde una dimensión ciudadana y cultural⁵.

El escenario que se puede describir a partir de estas coordenadas impone un desafío crítico al sistema político, en el sentido de realizar una inversión

4 Nos interesa advertir que sólo una lectura superficial puede suponer una aproximación ideológica. Desde nuestra perspectiva, constituye la estrategia más efectiva para abordar PENDIENTE.

5 "El tema de la transición a la democracia supone una distinción operativa, entre el tránsito político-institucional, y un tránsito de corte más bien sociocultural...". Echeñique, P. *Transición a la Democracia. ¿Jóvenes contra el tránsito?*. En: De Laire, F., Echeñique, P. y Salinas, A. *Juventud y Cultura Política. Tres aproximaciones a una relación particular*. Documento de Discusión N° 10. CIDE. 1990. Página 42.

decidida, comprometida y transparente para la construcción de una cultura política y cívica profundamente democrática que sostenga la convivencia social de nuestro país. En el largo plazo el producto de tales esfuerzos pueden constituir un factor de fortalecimiento de la gobernabilidad de nuestra sociedad en aquella dimensión más sustantiva que tiene que ver con alcanzar profundos grados de participación social y ciudadana (Zumbado, 1994: 42).

Jóvenes y sociedad chilena

En el margen de las indagaciones sobre la relación entre el sistema político y los jóvenes nos fue posible observar la cristalización de un contenido comunicativo que desbordaba la temática política. La creciente desconfianza en la institucionalidad política y el comportamiento de auto-exclusión de sus procesos tradicionales comunicaba, en otro orden, cierta incomodidad y tensión con los procesos de vinculación e integración social.

Sobre las intuiciones que surgieron a partir de los datos del trabajo anterior se perfiló el segundo estudio aludido, cuyos resultados presentamos bajo el título "*Observaciones Juveniles a una Sociedad que los Observa*". Su propósito central fue reconocer el contexto en el que se inscribe la relación jóvenes sistema político, indagando las imágenes y percepciones que los jóvenes configuran respecto de la sociedad chilena de los 90 y su posición dentro de ella⁶.

A través de la orientación original del estudio intentábamos aproximarnos a las principales formulaciones desarrolladas a propósito de las nuevas generaciones de nuestra sociedad. Entendíamos que el énfasis de dichas descripciones, cuyas tesis más importantes sugieren la inaplicabilidad de nociones como identidad generacional y/o cultura juvenil y alternativamente proponen, metafóricamente, las imágenes de neo-tribalismo y/o pandillismo, no se encuentra, a pesar de lo que puedan esbozar, en la comprensión del "fenómeno juvenil" como objeto de estudio socio-cultural.

Entendemos que su esfuerzo se orienta a retratar, al parecer, una siempre conflictual relación de las generaciones jóvenes con su entorno societal. Dicho en términos

estrictamente correctos se selecciona el mundo juvenil como un ángulo de observación privilegiado para reflexionar en torno a las coordenadas sociales y culturales dominantes de un contexto societal determinado.

En el caso particular de la línea de trabajo que se venía desarrollando se nos insinuaba, a modo de hipótesis provisional, observar cómo un factor de inhibición de la participación de los jóvenes en el sistema político, pero también de cierta desvinculación con lo social, el impacto del *prejuicio y la desconfianza*, como mecanismos que sostienen relaciones de negación, marginación y exclusión⁷. Sin duda, frente a un mundo altamente complejo para la experiencia personal, la confianza constituye un mecanismo social reductor de complejidad, por lo tanto, altamente efectivo para proveer de seguridades mínimas para la cristalización de sistemas sociales y la continuidad de procedimientos institucionales, por ejemplo.

La confianza, sin embargo, como toda relación social, debe ser alimentada de manera contingente en el presente de toda vinculación. Cuando los indicadores de confiabilidad fallan estamos en presencia de un adelgazamiento de las relaciones sociales. Sin duda el sistema político está exigido a recomponer la confianza en sus dispositivos institucionales y sus prácticas sistémicas para alimentar los compromisos mínimos sobre los que sostienen parte de sus estructuras.

Por lo pronto, la desconfianza viene sustituyendo y reforzando una estructura de expectativas que, en última instancia, se puede expresar, ya no sólo como marginación de lo político, sino también como *marginación de lo social*.

En la perspectiva de muchos se trata de un producto esperable en el marco de las transformaciones de las últimas décadas, cuyas expresiones de exclusión rozan lo violento, toman la forma de la transgresión y semejan catarsis. Sin embargo, los comportamientos marginales deben ser entendidos, al menos, en un doble sentido: *sintiéndose marginado/excluido, por lo tanto, marginándose y excluyéndose; y, en un segundo sentido, como andando en los márgenes*.

A partir de estas indicaciones preliminares proponemos que la retirada de la escena política, así como los

6 Durante los meses de mayo y julio de 1998 se llevó adelante el estudio con jóvenes universitarios de tres ciudades de nuestro país. Específicamente, se realizaron 2 grupos focales y un taller en la ciudad de Santiago con la participación de 19 jóvenes; 3 grupos focales y un taller en la ciudad de Concepción con la participación de 35 jóvenes; y 2 grupos focales y un taller en la ciudad de La Serena con la participación de 37 jóvenes.

7 "Los prejuicios y los estereotipos negativos que se tienen del mundo juvenil en general y del marginal en particular, crean las bases para una relación de negación y la marginación de los jóvenes en las distintas instancias". Cuevas, H. *La participación política juvenil*. En: *Políticas Nacionales de Juventud en Chile*. Informe del Taller de Análisis sobre políticas de Juventud. ICHEH, 1993. Página 73.

procesos de integración y vinculación social, pueden describirse mediante la *metáfora de andar en los márgenes*. Hemos escogido esta perspectiva frente a una estrategia destinada a constatar la exclusión –lo cual no significa negarla–, porque a través de ella, como esperamos ejemplificar en el capítulo correspondiente, nos es posible distinguir las transgresiones e impugnaciones, pero al mismo tiempo las vinculaciones y aceptaciones. Ambas, impugnaciones y aceptaciones son las caras de una forma de vincularse con lo social. Una extraña manera de estar y no estar que preferimos caracterizar con la *metáfora de los márgenes*.

De este modo, el trabajo que presentamos aborda la metáfora propuesta realizando dos ejercicios simultáneos. En primer lugar se orienta a identificar y describir las percepciones que los jóvenes estructuran respecto de la sociedad que les toca vivir. Así, nuestras reflexiones se soportan en las distinciones que los jóvenes utilizan al observar su entorno social. Estas responden la siguiente pregunta: *¿qué es lo que se distingue cada vez que la mirada se dirige a las fronteras interiores de nuestro país?* Desde tales referencias intentamos delinear algunas de las imágenes más recurrentes del presente de nuestra sociedad.

Este esfuerzo permitió alimentar, a su vez, un segundo ejercicio. Buscamos reconocer en las descripciones a quiénes hablan y responder la siguiente pregunta: *¿desde qué posición observan?* Desde tales referencias intentamos reconocer, desde las propias voces juveniles, aquello que los distingue como tales. Esta pregunta puede cobrar relevancia en el marco de una discusión sobre la cultura de las nuevas generaciones jóvenes. Sin embargo, no tiene como preocupación central delinear una cultura o identidad generacional. Su propósito específico es identificar los códigos o premisas claves desde las que especifica el programa de observación de las generaciones jóvenes.

Nuestro esfuerzo es entregar algunos elementos que respondan las preguntas anteriores en el contexto de modernización que ha vivido nuestro país, sin que ello signifique que el esfuerzo final sea desarrollar una reflexión en torno a las consecuencias perversas de la modernidad. Lo que nos interesa interrogar es el particular juicio que los jóvenes de nuestro país están formulando al proceso de modernización de nuestra sociedad. Y en este sentido, observar sus observaciones nos debe permitir

descubrir elementos que nos ayuden a procesar y comprender los procesos en los que estamos comprometidos. Si ellas nos hablan de cierta incomodidad e inconformismo esperamos indicar algunas claves y desafíos que nos orienten a imaginar nuevos rumbos en la construcción de nuestra sociedad.

Visto desde un ángulo conceptual, en el actual escenario de transformación socio-cultural lo "natural" es que exista un proceso de adecuación de los sistemas personales a las condiciones que le presenta su entorno social. Nuestro interés por la comunicación juvenil es que ella encarna una interpretación contemporánea del orden social en construcción. Si lo anterior no puede ser comprendido en estos términos entonces, probablemente, aquello de los márgenes sea funcional para algún sector de la sociedad.

Y mientras sigan siendo periféricos todo puede seguir dentro de los cursos que se han prefigurado. Al fin y al cabo, terminamos "*funcionando como nos dicen que funcionemos*"⁸.

Acerca de la metodología

Los estudios que dan vida al presente texto definieron entre sus objetivos específicos desarrollar innovaciones metodológicas que permitieran abordar la complejidad y urgencia de los temas tratados en un doble sentido. Por una parte, debían permitirnos levantar información que proporcionara una comprensión sustantiva de los temas en cuestión y, al mismo tiempo, debían constituir una herramienta destinada a abrir espacios de encuentro y diálogo entre jóvenes, y en lo posible, entre éstos y el mundo político.

El caso de las Encuestas Deliberativas sugería una innovación metodológica en la perspectiva señalada. En su versión original (Fishkin, 1990), esta metodología se estructura para abrir la posibilidad de recrear microcosmos de la sociedad, donde a través de la *interacción y formación de opinión reflexiva* de sus participantes se apoya la confección de programas políticos con aporte ciudadano. Desde nuestra perspectiva, esta metodología constituye centralmente un proceso de aprendizaje social, encontrándose en el límite entre la investigación y la intervención social. Es investigación social, pues posibilita un espacio para la observación social desde las observaciones

8 Joven universitario de la ciudad de Concepción.

de quienes están involucrados en dichos procesos. Pero al mismo tiempo es intervención social, ya que abre un espacio de encuentro para la conversación reflexiva. Las conversaciones son el lugar privilegiado para poner entre paréntesis nuestras premisas y abrirse a las indicaciones del otro.

Desde esta particular comprensión, las Encuestas Deliberativas presentan ventajas comparativas en aquellos temas que socialmente se definen como críticos y/o emergentes. Dada su criticidad, tienden a ser monopolizados por algunos sectores, generalmente expertos, y marginados por otros, lo cual configura un estado de crisis o quiebre comunicacional que exige reponer la conversación de un modo que facilite la construcción de nuevos marcos de aceptación social a partir de la deliberación ciudadana. Desde este ángulo, es la sociedad la que se fortalece al encontrar en una metodología un mecanismo que permite permeabilizar los distintos discursos mediante el reconocimiento de las opiniones del otro y mediante una reflexión, que en sus etapas finales, se desarrolla a través de un proceso debidamente organizado e informado.

Sobre la base de ese desafío se buscó organizar e implementar, luego de las etapas de investigación propiamente tal, un espacio que permitiera a los actores del sistema político sensibilizarse con el mundo juvenil y sus intereses, aprendiendo un nuevo lenguaje y preocupándose de nuevos temas a partir de ópticas renovadas. Y al mundo juvenil, aproximarse y reconocer una institucionalidad que les puede significar ajena y participando en ella para formular sus preguntas y planteamientos.

En la perspectiva de que la experiencia constituyera efectivamente un esfuerzo con un mínimo margen de reproducción de la reflexión y aprendizaje social que buscaba fomentar se optó implementarla invitando a participar a colegios y liceos de distintas comunas de Santiago que representaran, dentro de lo posible, los diversos niveles sociales y económicos de nuestra población. Específicamente se privilegió la participación de dirigentes de curso de tercero y cuarto medio.

El esfuerzo desplegado abrigó la esperanza de que la experiencia vivida por los participantes haya constituido, efectivamente, un espacio constructivo para sus personas.

El esfuerzo de realizar innovaciones en materia metodológica, abriendo instancias de encuentro y conversión entre los participantes de nuestras investigaciones,

se anima en las definiciones institucionales básicas, pues se orientan en la perspectiva de posibilitar, en distintos ámbitos sociales, la reflexión e intercambio de ideas como una mecanismo efectivo de construcción social.

Sobre la base de esta directriz institucional se estructuró el marco metodológico del segundo estudio que presentamos. Básicamente se desarrolló una experiencia de investigación de carácter cualitativo con la realización de grupos focales en 3 ciudades del país. Ello se complementó con la organización e implementación de un taller de análisis y discusión en cada una de esas ciudades, los cuales se soportaron en una metodología activa y participativa que incluyó la aplicación de instrumentos y la realización de actividades con orientación proyectiva y asociativa.

Los resultados de dichas experiencias han permitido complementar la información obtenida a través de las técnicas tradicionales de investigación social, entregando un ángulo distinto para enfrentar los temas que aquí se desarrollan. Sin embargo, y reiterándolo una vez más, nuestro interés fundamental ha sido disponer de espacios de respeto y tolerancia para potenciar una reflexión seria y profunda en distintos ámbitos y niveles de nuestra sociedad.

Acerca del documento

Tal como indicamos, nuestra preocupación inicial la constituyó el fenómeno de la participación política bajo el diagnóstico, socialmente aceptado, de asistir a un distanciamiento o desafección de la población juvenil respecto del sistema político. Iniciamos este trabajo dando cuenta de algunos de los principales datos y planteamientos que expresan el debate sobre el tema. Ello nos permite transparentar el enfoque que hemos utilizado para desarrollar nuestros planteamientos.

Sobre la base de una aproximación y descripción de los universos políticos de un grupo de jóvenes de enseñanza media de la Región Metropolitana se avanza en la comprensión del proceso de incomunicabilidad que las nuevas generaciones protagonizan con el sistema político y sus actores.

Los resultados que presentamos nos permiten afirmar que parte importante de las distancias e incomunicaciones que observamos entre la población juvenil y el mundo político y de nuestro país, que se expresa dramáticamente en la operatoria de su institucionalidad, tienen relación con un cambio en los

criterios de evaluación del comportamiento de los procesos democráticos y el accionar político, en las disposiciones políticas y en las expectativas respecto del sistema —eventualmente estilos, gustos y preferencias— antes que con un cambio en las creencias y en las valoraciones sociales más centrales del sistema democrático. Nuevas formas de participación social, valoración de nuevos estilos de comportamiento político y nuevos perfiles de liderazgo empiezan a desarrollarse con fuerza y buscan sus propios espacios de expresión. A partir de ello es posible identificar algunos de los puntos de quiebre con el sistema político y presentar parte de la dinámica comprometida en el proceso de incomunicabilidad que observamos.

En este sentido, la caracterización de los universos políticos de los jóvenes nos permite avanzar, tentativa e hipotéticamente, en una caracterización de la cultura política de las nuevas generaciones. Estamos conscientes de las limitaciones del presente trabajo, pues sólo es posible sugerir imágenes difusas en torno a este último desafío. Sin embargo, y a pesar de ello, los resultados cuantitativos y cualitativos sobre los que se sostienen las páginas que siguen nos permiten sostener que nuestras percepciones preliminares eran en más de algún punto pertinente. Ellas nos señalan de múltiples maneras que el fenómeno que nos ocupa cuenta con variados perfiles que se superponen, pero que en su núcleo la matriz de los universos políticos de los jóvenes sigue siendo un reservorio de cultura cívica⁹. En el caso de la juventud chilena, se trata de una cultura cívica o cultura democrática en latencia, con dificultades de expresión, entre otras cosas, porque la cultura política que se está modelando no se corresponde punto por punto con la institucionalidad y la cultura política de nuestros dirigentes.

Esta imagen de transformación, que en alguna medida define los desafíos que el sistema político debe enfrentar, requiere para complementar su comprensión proyectar algunos de los perfiles más recurrentes que los jóvenes delinean a propósito del presente del país. Es así como hacemos un esfuerzo por rescatar las observaciones juveniles del conjunto de comunicaciones que configuran la sociedad chilena contemporánea.

Lo primero que debemos afirmar es que la mirada de los jóvenes se valida en la medida en que sus observaciones, con todo lo heterogéneas que pueden resultar, les

permiten transitar por las calles y fronteras del Chile de los noventa. Si se atiende, se observará que incorporamos las percepciones de los jóvenes como un ángulo particular para cuestionar el entorno social, pues se trata de un ángulo de observación de la sociedad tan legítima como cualquier otra.

Un observador externo puede suponer que ella se valida desde una particular identidad. Nuestra formulación metodológica, sin embargo, no hace ninguno de los siguientes artilugios sociológicos: no busca construir ni supone la existencia de un sujeto social, como tampoco pretende catalizar ninguna identidad que pueda ser nombrada como generación.

Lo propio del trabajo realizado es el reconocimiento de jóvenes y sus particulares observaciones del entorno. Aquellas con las cuales juegan todos los juegos sociales, los que quieren jugar. Por cierto, en el camino reconocemos voces que se encuentran, permitiéndonos delimitar un discurso social que se construye en el proceso de investigación.

APROXIMACIONES CONCEPTUALES DE LA RELACIÓN JÓVENES-SOCIEDAD-POLÍTICA

A mediados de 1997, meses antes de que se iniciara el estudio que presentamos, el cierre de los registros electorales y la consecuente constatación de que una proporción significativa de jóvenes no se inscribieron en ellos acaparó parte importante de la atención de los medios, dando paso a un incipiente debate sobre lo que se ha denominado como la desafección política de los jóvenes.

En estas discusiones surgen un conjunto de iniciativas orientadas a provocar un cambio en el comportamiento de los jóvenes en esta materia. Se habló de sistematizar conocimiento disperso, se diseñaron campañas publicitarias, se analizó el tema en comisiones ad-hoc y, finalmente, se ha propuesto que la solución es la inscripción automática y la obligación de votar.

Este último tipo de conclusiones, lejos de lo que pueda pensar, es un tipo de respuesta a la actual situación que no se sostiene en los datos que estructuran el diagnóstico que se pretende revertir. Por el contrario, se sostiene en argumentos de carácter normativo que igualan el derecho a

⁹ Se tiende a asociar *cultura cívica*, a diferencia de cultura política, con el conjunto de valores y creencias que hacen posible la convivencia democrática. Si bien esto puede ser discutible, utilizamos el concepto en este sentido. Benedicto, J. 1995. Página 252.

votar a las obligaciones impositivas y de servicio militar (Garretón, M.A. y Villanueva, T., 1999: 43 y 71). No es nuestro propósito discutir la pertinencia ni la efectividad de propuestas de esta naturaleza. Simplemente nos llama la atención que ello se haga en el marco de un análisis del tema, pues no se requiere investigar e interpretar la realidad que esconde el comportamiento juvenil en esta materia para proponer este tipo de iniciativas como mecanismo de solución del "problema".

A lo sumo, el diseño e implementación de mecanismos institucionales para potenciar la participación política electoral puede trasladar el problema al interior de sus propios márgenes, sin resolver necesariamente la cuestión de fondo. Si lo que se busca es asegurar ciertos porcentajes de votación que den legitimidad a los procesos políticos se corre el riesgo de convertir las instancias electorales en rituales para expresar el descontento y la indiferencia a través de la objeción y/o la votación nula. Con ello también se hipoteca la legitimidad de los procesos políticos. La diferencia es que facilita que ello ocurra dentro de su propia racionalidad.

Por ello, más allá del conjunto de propuestas institucionales que se puedan realizar para resolver el actual cuello de botella, no se puede obviar el hecho de que lo que ha sido rotulado en muchos círculos como el fenómeno de la "apatía", "anomia" o "falta de civismo juvenil", sigue constituyendo un *comportamiento de carácter político*. En estricto rigor, es la rotulación que el mundo político configura ante un comportamiento que le es ajeno y difícil de procesar. Pero en tanto comportamiento político, lo que

debe motivar es una reflexión en torno a las claves sobre las que se articula un comportamiento que expresa malestar, distanciamiento e incluso exclusión.

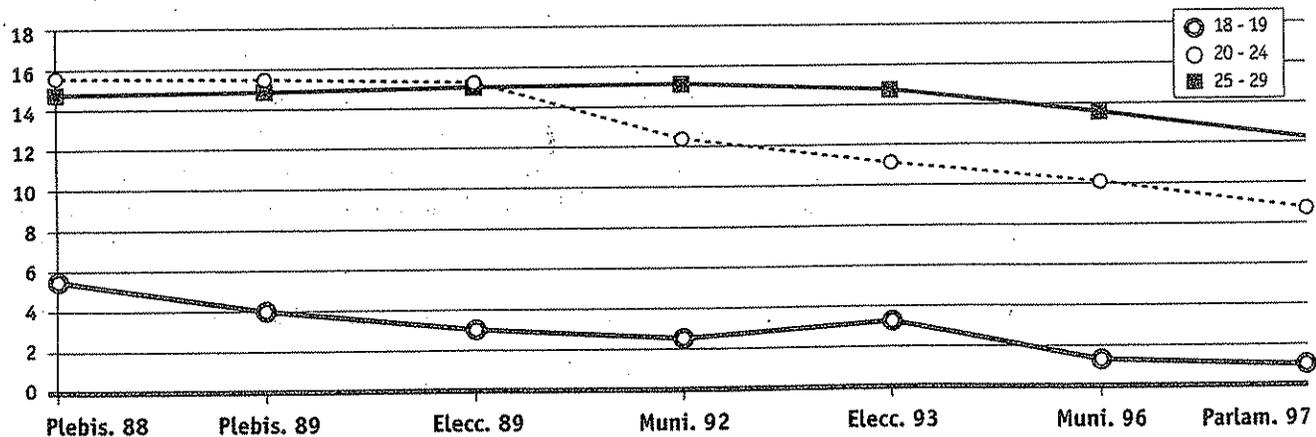
En este sentido, a diferencia de otros autores (Garretón, M.A. y Villanueva T., 1999: 42), consideramos la no inscripción como una notificación que debe ser decodificado, en términos políticos, cuyo mensaje debe ser interpretado en término como el siguiente: "no quiero comunicarme y/o vincularme contigo". De no existir esta posibilidad de expresión ella fluiría por otros canales. A estas alturas, cuando esta realidad ha sido parte del debate público, es probable que la no inscripción se haya convertido, incluso, en un recurso simbólico para expresarse políticamente.

Por lo tanto, desde el momento en que se considera como un tipo de mensaje, lo propio es atenderlo en su coordenadas particulares. Esto es, exige una comprensión que, considerando las transformaciones sociales y culturales que configuran el contexto en el que se inscriben los actuales comportamientos políticos, permita identificar los elementos que lo hacen propio del proceso de transición política vivido en nuestro país.

Como todo nuevo mensaje, cuya información estructura las futuras modulaciones, incorporando los efectos que ha creado en su entorno, consideramos relevante insistir y recordar las cifras que dan cuenta de esta dinámica. En términos concretos la tendencia de inscripción en los Registros Electorales muestra una progresiva disminución entre la población menor de 30 años como es posible observar en el gráfico que sigue:

Gráfico Nº 2

Inscripción electoral de los jóvenes



Fuente: Servicio electoral

El efecto concreto de esta tendencia negativa, más allá de cualquier interpretación, es que el padrón electoral se ha venido envejeciendo en la última década, subrepresentando el potencial de la votación juvenil. El siguiente cuadro muestra el porcentaje que representa el grupo etáreo 18-24 años respecto del padrón vigente en cada una de las elecciones:

Cuadro N° 1

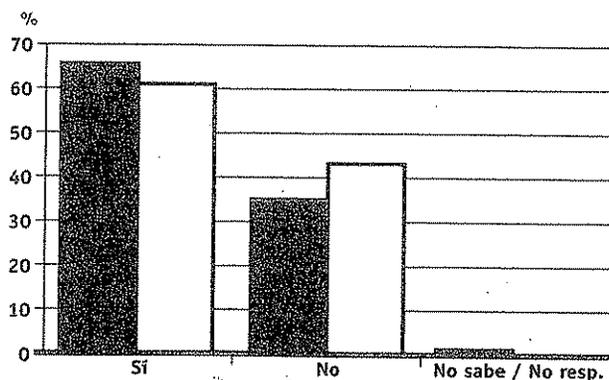
Porcentaje que representa el grupo etáreo 18-24 años en el padrón vigente

Elección	Inscripciones Vigentes	Jóvenes (% 18 a 24 Años)
Plebiscito 1988	7.435.913	21,16
Plebiscito 1989	7.556.613	19,51
Generales 1989	7.557.537	19,27
Municipales 1992	7.840.008	14,88
Generales 1993	8.085.439	14,01
Municipales 1996	8.073.368	9,13
Parlamentarias 1997	8.069.624	7,32

Los estudios de opinión pública han permitido contar con otra fuente de seguimiento respecto de la cantidad de jóvenes inscritos en los Registros Electorales. Si se compara la Primera y Segunda Encuesta Nacional de Juventud realizada por el Instituto Nacional de la Juventud en 1994 y 1997 respectivamente se observa que la evolución en la inscripción mantiene su tendencia negativa. El siguiente gráfico muestra la variación que presenta este indicador de acuerdo a las encuestas mencionadas:

Gráfico N° 3

Inscritos en los Registros Electorales (Mayores de 18 años)

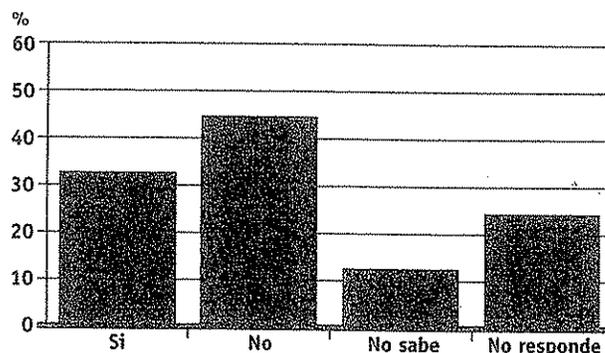


Del mismo modo, los resultados de estas encuestas nos permiten comparar el grado de satisfacción que existe con la inscripción, medido a través de la intención de reinscribirse en los Registros Electorales. En 1994 un 37.29% de los jóvenes no se inscribiría de nuevo de tener la posibilidad de hacerlo. En 1997 esa cifra aumentó a un 42%. De acuerdo al INJUV, si se suma ese 42% al porcentaje de jóvenes no inscritos en los Registros Electorales, dos tercios de los jóvenes no legitiman el sistema electoral.

El cuadro se agrava aún más si constatamos que sólo una minoría de estos jóvenes, que no están inscritos en los Registros Electorales, lo piensa hacer.

Gráfico N° 4

Deseo de inscribirse en los Registros Electorales (Menores de 18 años no inscritos y mayores de 18 años que aún no se han inscrito)



Ya hemos indicado que los datos que hemos presentado no pueden ser desechados como indicadores que expresan un mensaje de malestar al sistema político. En tanto comportamiento político que comunica la intención de no participar –y así ha sido, en términos generales, interpretado por el sistema político convirtiéndolo en la práctica en un proceso de comunicación de carácter conflictual¹⁰– lo correcto es visualizar la estructuración de una relación tensionada entre los participantes críticos de esta dinámica¹¹.

10 Un conflicto en estos términos es una negación a una propuesta comunicacional: "se refiere a un no comunicado que responde a una comunicación anterior". Luhmann, Niklas. *Sistemas Sociales. Lineamientos para una teoría general*. Ed. Anthropos Barcelona 1998. Por ello es que este tipo de aproximación no debe ser entendido como un problema de patología social.

11 Al respecto parece oportuno recordar que no se requiere la intención de comunicar para que exista comunicación. Sólo basta una atribución por parte de un observador. Luhmann, N. 1998. Páginas 150 - 153.

Coincidimos, en este sentido de que el actual estado de situación es producto del encuentro de modulaciones que se hacen en registros distintos. Sin embargo, se debe coincidir también que las lecturas iniciales dan cuenta de una interpelación directa al sistema político¹². De algún modo u otro ha sido el propio sistema político a través de comunicaciones académicas el que se ha hecho responsable de tal tematización.

El cambio de época como contexto de procesos sociales, políticos y como recurso explicativo

El más destacado de estos planteamientos tiene un sustento conceptual que es difícil discutir, ya que corresponde a una descripción pertinente del contexto social en el que se inscriben los procesos políticos actuales. En términos simples, formula que los comportamientos políticos de la población son propios de un proceso normal de transformación o modernización social. Estas transformaciones impactan por igual a las nuevas generaciones como a los actores del sistema político.

En este contexto se argumenta que el mundo político y académico no debe alarmarse, puesto que lo que se está produciendo es un paulatino distanciamiento del sistema político respecto de la ciudadanía y viceversa como consecuencia de las transformaciones sociales y culturales de fines de siglo (Garretón, M.A. y Villanueva, T., 1999). Esto no es novedoso para la teoría sociológica. Ha sido observado y descrito como lo característico de los procesos de diferenciación funcional de la sociedad compleja (Luhmann, 1998). El sistema político no ha escapado a esta tendencia cuyo resultado es un proceso de clausura en una lógica particular cuyos códigos no son compartidos por el conjunto de la sociedad.

En consecuencia en Chile, al igual que en otros países del mundo, se puede terminar describiendo los procesos a los que asistimos como una dinámica caracterizada por las elevadas dosis de desconfianza hacia las instituciones políticas, lo cual se traduce en una desvalorización de lo público y una creciente despolitización de la vida social. Y al mismo tiempo, por los cambios en el

sistema político, caracterizado, entre otros elementos, por el reemplazo de los planteamientos ideológicos por la gestión tecnocrática de los recursos económicos en la actividad pública, los procesos de oligarquización de los partidos políticos y la profesionalización de la actividad política, etc. (Benedicto, J. y Reinares, F., 1992: 23-24).

De este modo, las transformaciones de fines de siglo, en las que se incluyen las alteraciones del sistema político y sus entornos, pueden efectivamente comprenderse como resultado de los procesos de complejización social. En el marco de este paradigma se suele sugerir que los procesos de modernización han respondido, y probablemente seguirán respondiendo, al mismo patrón que ya se conoce.

En otras palabras, el argumento es el que sigue: "uno se pregunta si alguna vez las sociedades han sido muy distintas; si no aparecen en todas las épocas –bajo distintas formas– miedos e inseguridades. Más al punto todavía, uno se pregunta cómo hemos venido a descubrir ahora, recién, que la modernidad capitalista es un sistema de desajustes y asincronías, de cambios y riesgos, de amenazas e incertidumbres, de inseguridades y desprotecciones. Y que todos esos síntomas se agudizan, precisamente, en épocas de acelerada modernización y desarrollo de las sociedades" (Brunner, en: t.2000@rdc.cl). Y en el caso de las transformaciones actuales, incluso la semántica de la modernidad se ve amenazada (Luhmann, 1997-1998).

Difícilmente se puede estar en desacuerdo con los planteamientos anteriores, pues constituyen proposiciones explicativas altamente recurridas y documentadas en la literatura sociológica de carácter empírico y teórico. Tan tentadora es la sugerencia explicativa de la transformación social. Una transformación social que es susceptible de analogar a desarrollos ya conocidos, que es posible encontrarlo también a propósito de los cambios en la cultura de los jóvenes de nuestras sociedades. Específicamente, situándolo en las coordenadas del debate modernidad, globalización y postmodernidad (Hopenhayn, 1997).

Como ya se ha planteado, todo proceso de modernización trae consigo, necesariamente, un quiebre de la vinculación entre los sistemas de personas y los sistemas

12 De esta manera se pueden sintetizar planteamientos como el que sigue: "no resulta extraño, ni puede sorprender, que el no voto y la votación nula respondan a un sentimiento de distancia respecto de la política tal como se practica, de los partidos y los parlamentarios. En efecto, hay abundante información proveniente de estudios cuantitativos y cualitativos que muestra lo siguiente: que una amplia mayoría de la gente no se interesa por la política, no participa en actividades relacionadas con la política, evalúa negativamente a los partidos y el desempeño de los parlamentarios y otorga un bajo grado de importancia y credibilidad a los partidos y el Parlamento". Brunner, José J. *Malestar en la sociedad chilena: ¿de qué, exactamente, estamos hablando?* En: t-2000@rdc.cl

sociales. Esto es lo que suele llamarse como el rezago de la subjetividad (PNUD, 1998) o como la agudización de la tensión entre subjetividad y racionalización, la que en la era de la globalización, provoca -o convoca- a hablar de la desidentidad, la deshabitación y la desingularización (Hopenhayn, 1997:11), o del repliegue de las personas a espacios cada vez más protegidos.

Desde ya, si la globalización comprende la difusión de un nuevo paradigma tecnológico al mismo tiempo que cambios en los procesos productivos y movimientos financieros, cambios en los mercados laborales, los diseños organizacionales, las formas de gestión, la educación y habilidades de la gente, los sistemas de información y de comunicaciones, las formas de vida urbana y familiar, las pautas de consumo, publicidad y mercadeo, los conocimientos, valores y preferencias de la ciudadanía y, por ende, las maneras de hacer política y las formas de vida de las sociedades y de las personas (Tomassini, 1997: 27), lo propio es afirmar que estamos en presencia de un profundo cambio cultural.

Ambas propuestas explicativas deben ser comprendidas como parte de la descripción del contexto en el que se sitúan dinámicas y procesos específicos a cada realidad social. Pero concordar con la caracterización del contexto no significa que debamos renunciar a analizar las especificidades de los procesos de nuestra sociedad. Debemos, al menos, suponer que el tipo de modernización social que vive nuestro país difiere en algún punto respecto de los modelos de carácter universal. En este sentido, lo característico de la observación social es posibilitar una reflexión de la sociedad sobre sí misma, que sin renunciar al análisis comparativo y la explicación teórica, permita reconocer y comprender sus propios productos.

Por cierto, la presentación de propuestas explicativas generales tiene la ventaja de situar en un plano abstracto las observaciones empíricas, sin embargo, no permite reconocer las particularidades de los procesos sociales y culturales de cada sociedad. Por otro lado, siempre constituye un buen recurso para relativizar o contra argumentar planteamientos críticos y/o deslindar eventuales

responsabilidades, en la medida en que frente a tendencias sociales de carácter universal, característicos de la modernización capitalista, los actores involucrados tienen muy poco margen de acción¹³.

Cuando se intentan presentar formulaciones explicativas de orientación académica desde un dominio ajeno a él, generalmente nos encontramos frente a la imposibilidad de visualizar los perfiles específicos del problema, renunciando a una reflexión que dé cuenta de las contingencias de nuestro presente. Ello debe ser necesariamente así, porque lo que se presenta es un argumento que permita descomprimir las eventuales responsabilidades de los actores.

En el caso de la temática que nos ocupa, se recurre entonces a rotulaciones que nos obligan a sostener que las expresiones juveniles son efectos propios de la modernidad, desarrollo que parece animar la transgresión, la impugnación, la desmesura y la emotividad sin formulación crítica, sino sólo contestataria (Hopenhayn, 1997: 14).

De este modo queda delineada una imagen de la cultura juvenil entendida como única respuesta posible a la nueva oleada modernizadora: "*en este contexto de exclusión se busca crear identidades grupales, fusionarse en intersticios y márgenes, revertir la naturaleza del sistema por los bordes, los huecos, las transgresiones cómplices y casi tribales*" (Hopenhayn, 1997: 14). De este modo se avanza en la distinción y configuración de una identidad específica en términos de lo que Castells denomina *identidad para la resistencia*, esto es una construcción que expresa *la exclusión de los excluidores por los excluidos*, marcando el carácter defensivo respecto de lo institucionalmente dominante (Castells, 1998: 31).

Frente a ello lo que queda es preguntar si todo comportamiento juvenil responde a este patrón cultural. Más aún, debemos preguntar si toda esa efusividad, todo aquello que se observa como transgresión e impugnación, no contiene en su interior otros elementos que permitan una segunda lectura que se aleje un tanto de la noción de exclusión, lo cual no implica su abandono, y nos evite la tentación de sostener que estamos frente a un fenómeno

13 Al menos ese tipo de argumentación se puede observar en afirmaciones como la que sigue: "en suma, la lectura política inicial que dio vuelo al diagnóstico de los malestares en la sociedad chilena consistente en interpretar el no voto y la votación nula como una manifestación de descontento y/o protesta contra el modelo de desarrollo y las políticas de Gobierno no se sostiene en pie. Es, sencillamente, una lectura errada. La interpretación anexa de que dicho voto negativo responde a un sentimiento de frustración democrática es implausible y contrario a los elementos de análisis disponibles". Brunner, José J. *Malestar en la sociedad chilena: ¿de qué, exactamente, estamos hablando?* En: t-2000@rdc.cl

de pérdida de sentido¹⁴. O que nos evite terminar formulando que la no inscripción en los registros electorales por parte de los jóvenes es un comportamiento natural e incluso saludable en el marco de una sociedad en cambio¹⁵.

Sobre los cambios sociales y las conversaciones que se suceden a partir de las observaciones de los jóvenes nos referiremos en el tercer capítulo de este texto. Sólo nos permitimos adelantar que el esfuerzo contenido en esas páginas no se orienta a retratar una particular identidad o cultura juvenil desde la pregunta por la exclusión o como comportamiento reactivo al tipo de modernidad en construcción.

A partir de los componentes que describen el contexto en el que se sitúa nuestro tema de análisis, podemos afirmar que más allá de la urgente conclusión de que el comportamiento político de los jóvenes es una consecuencia "natural" de la modernidad, lo que se abre es la oportunidad de indagar sobre una nueva versión que nos hable de la particularidad de los procesos de redemocratización y modernización social de los últimos años en Chile. Frente a la posibilidad de no entenderlos y asumirlo en estos términos, también existe la alternativa de recurrir a la politología para que nos entregue un conjunto de hipótesis explicativas. Hasta donde comprendemos, ellas por sí solas pueden darnos por satisfechos.

Las ofertas explicativas de la politología

La politología ha puesto especial atención al fenómeno de las fluctuaciones de la participación política. Como fue indicado, ello ha cobrado una relevancia crítica en el marco de la post-industrialización de las sociedades, debido a la tendencia a la baja que este indicador muestra, en términos generales, en el concierto de las sociedades desarrolladas. Este conjunto de transformaciones ha permitido iniciar una tematización dominante en torno a la crisis de la democracia, del estado-nación y del sistema político (Benedicto, J. y Reinares, 1992: 328 y Castells, 1998: 341 y Garretón, 1998: 551 y ss).

Frente a ellas se erige una propuesta explicativa que se concentra en la racionalidad individual. Partiendo de la afirmación de que los fenómenos de desafección política

tienen un carácter universal, se intenta identificar las principales razones para que una persona decida o no participar en política (Dahl, 1985: 112). Bajo este enfoque individualista y racionalista, se destaca un conjunto de hipótesis que enfatizan la capacidad evaluativa y decisional del ciudadano. Sin entrar en la discusión relativa a los supuestos racionales de cada jugador, nos permitimos observar en ellas, a modo de contraluz, algunas pistas que permiten avanzar en una caracterización del entorno político al que responde el elector. Nos aventuramos a reconocer en ellas algunas claves que posibilitan esbozar el tipo de transformaciones que se vienen materializando en el sistema político y que constituye el entorno de las viejas y nuevas generaciones de ciudadanos. En lo que sigue exponemos las principales hipótesis que se proponen al respecto, intentando indicar el ángulo de aplicación y reflexión que nos proponen.

En primer lugar, se advierte que existe una menor probabilidad de intervención en el dominio político si el tipo de recompensa que se espera obtener es de bajo valor respecto a las posibilidades existentes en otras esferas de la vida social.

La criticidad del planteamiento anterior surge desde el momento en que, desde una perspectiva temporal, consideramos que para el caso latinoamericano el sistema político y el Estado, en particular, constituyeron los ejes articuladores de la sociedad y los procesos de desarrollo.

En efecto, cuando el proceso de organización nacional así lo requirió, el Estado, junto con al sistema político y al sistema de partidos, se convirtió en un organizador y distribuidor de las condiciones de acumulación y estructurador del sistema de poder político (Blanco, 1995: 113 y Garretón, 1994: 63). Las consecuencias son múltiples. Desde la configuración de un modelo de representación jerárquico donde los temas y prioridades provienen desde el Estado y el sistema de partidos y fluyen hacia la periferia de la sociedad, hasta la reproducción del poder de los partidos que copan el sector público mediante una hibridación entre la burocracia de estas organizaciones y la administración estatal.

Lo que nos interesa subrayar, para el caso de Chile, es que dada esta deriva histórica no sólo se debilitaron

14 Al respecto se puede hacer referencia al interesante estudio. Hasta que el cuerpo aguante. La dinámica socio-cultural del consumo de drogas. Páginas 34-38, de Bernardo Guerrero J. *Crear*, Conace, Universidad Arturo Prat, Iquique 1998. Hopenhayn, M. 1997, si bien no utiliza la noción, tampoco entrega argumentos para no pensar en ello.
15 No compartimos la tesis de que la estabilidad y normalidad democrática cuenta entre sus beneficios la despreocupación por la política. Agurto, I. *El doble sentido del tránsito entre la polis y la selva. Primer Informe Nacional de Juventud*. Instituto Nacional de la Juventud, 1994. Página 360.

los cuerpos intermedios de la sociedad civil (Salazar, 1998: 167), sino que se facilitó la consolidación de una cultura política que en una de sus dimensiones se caracterizó por el establecimiento de relaciones sociales y políticas de orientación clientelar.

De este modo la política, a través del aparato público, constituyó el principal medio de integración, promoción, movilidad y acceso a niveles de vida superior (Urzúa, 1997-1998: 162 y ss ; Garretón y Villanueva, 1999: 59), lo cual alimentó una cultura política de carácter instrumental respecto de la institucionalidad política.

Sin duda, las transformaciones sociales y culturales que caracterizan el contexto al que ya hemos hecho alusión, tiene entre sus consecuencias más importantes la recomposición de las relaciones entre Estado, mercado y sociedad civil. En términos simplificados se puede afirmar que el proceso de modernización de las últimas décadas ha debilitado el modelo Estado céntrico. Las personas, y ello incluye a ciertos sectores de jóvenes, ya no encuentran en el sistema político el espacio para el acceso a las condiciones de vida a que aspiran.

En síntesis, se puede sostener que estamos en presencia de un cambio en la cultura política de las nuevas generaciones, una de cuyas dimensiones tiene relación con visualizar a través de los procesos de inclusión e integración social vía mercado y sociedad civil. Su resultado final puede expresarse incluso en los siguientes términos: la ciudadanía moderna sanciona la pertenencia selectiva de los individuos a la dimensión parcial y artificial de la política (Zolo, 1997: 124).

En segundo lugar, se afirma que la intervención en política disminuye si se evalúa que las diferencias entre las opciones no son significativas. Sin entrar en un análisis detallado sobre el punto, es interesante observar que los datos que existen sobre la materia indican que para un sector importante de la ciudadanía uno de los motivos que desincentiva su participación es la inexistencia de diferencias sustanciales entre las propuestas políticas ("en las elecciones no se juega nada"). Ello por lo demás, es coincidente con parte de los discursos que el sistema político estructura a propósito de los supuestos consensos alcanzados por la sociedad chilena.

En efecto, parafraseando se puede sostener que se ha alcanzado un crucial consenso nacional en torno a la democracia representativa y a la economía de mercado. A ello, debemos sumar el tipo de transición a la democracia

que hemos desarrollado en Chile, desde arriba y con fuertes elementos de continuidad, de modo tal que las diferencias tienden a disminuirse, desdramatizarse en aras de la política de consenso.

En tercer lugar se establece que la intervención en política tiende a disminuir cuando las percepciones sobre el sistema político refuerzan la idea de que la capacidad de injerencia en el sistema político y en el curso de los acontecimientos es débil por parte de los ciudadanos. Se señala que "un voto más o un voto menos da lo mismo".

En alguna medida ya hemos indicado que las transformaciones actuales tienen como consecuencia un debilitamiento de la relación entre el sistema político, particularmente el sistema de partidos, y la ciudadanía. Desde el ángulo de la ciudadanía ello se observa como la clausura autorreferencial del sistema político, algunos de cuyos síntomas tienen relación con que "el hecho político" pasa a responder a la lógica específica del sistema, distanciándose de la cotidianeidad de la ciudadanía, por lo tanto quebrando el concepto de representación; un creciente proceso de tecnificación, el que en la práctica supone la delegación de una importante cuota de poder decisonal en los profesionales de las leyes y la economía; la elaboración de una semántica propia, que articulándose en torno a un código, aumente la probabilidad de las relaciones internas, en este caso, el poder, entre otros (Béliz, 1995 y García Canclini, 1995).

A ello debemos sumar las consecuencias que el sistema electoral binominal impone al sistema político y la sociedad en general, ya que imposibilita, efectivamente, que se logren materializar cambios importantes a través del sufragio.

En cuarto lugar, se indica que las probabilidades de participación disminuyen cuando se considera que el resultado será relativamente satisfactorio sin la propia participación. En síntesis, se trata de un corolario de las proposiciones previas, fundamentalmente, en aquellas relativas a la inexistencia de diferencias sustanciales debido a los consensos alcanzados y a la escasa capacidad de influencia del voto ciudadano en el sistema político.

En quinto lugar, se indica que bajan las probabilidades de participación cuando se estima que los conocimientos son demasiado limitados para que ella sea eficaz. Desde nuestra perspectiva, esta proposición constituye un corolario de las proposiciones previas, fundamentalmente, respecto de la clausura autorreferencial del sistema, pues

ello implica la configuración de una lógica, una semántica y una pragmática que le son propias y poco accesibles al ciudadano común.

Finalmente, se señala que cuanto más grandes son los obstáculos existentes para participar es probable que disminuya la participación política. El estudio del Instituto de Ciencia Política de la Universidad de Chile demuestra un porcentaje levemente superior al 10% que señala que no se inscribe por la dificultad que consiste en desplazarse al registro electoral.

En síntesis, y más allá de los obstáculos y resistencias reales o virtuales, el conjunto de planteamientos que hemos comentado nos ha permitido describir el contexto que suponen las transformaciones que el proceso de modernización trae consigo y reconocer el instrumental metodológico que la politología ha desarrollado. Desde estas bases, y apoyado en tales distinciones, nuestra preocupación es entender las particularidades del proceso chileno. En este sentido, el tratamiento que buscamos desarrollar nos exige desplazar el foco de atención y seleccionar un ángulo de observación que nos facilite indicar las referencias y elementos latentes a propósito del comportamiento electoral y político de los jóvenes.

En lo que sigue intentaremos desarrollar los planteamientos centrales de nuestro enfoque de análisis.

Algunas distinciones conceptuales e hipótesis

Nuestro punto de partida es catalogar el tema que nos ocupa como un proceso de *incomunicabilidad entre el sistema político y la ciudadanía*. Como podrá entenderse, esta manera de formular la tensión presenta al menos la siguiente ventaja: nos permite predefinir que el "problema" no se le puede atribuir o endosar a la población juvenil de nuestra sociedad, como generalmente se hace; pues en toda situación de incomunicabilidad participan al menos dos involucrados. En este caso, también, el sistema político y sus actores (Cuevas, 1993: 65).

Tal como hemos sugerido, desde este enfoque se requiere visualizar el contexto en el que un proceso de incomunicabilidad se posibilita. El escenario que acompaña nuestras indagaciones es el de un país que se hace cada vez más complejo para sus ciudadanos. La experiencia de

la incertidumbre tiene como consecuencia personas más complejas en sus comportamientos y más selectivas en sus relaciones con la sociedad y más orientadas a asegurar su "sobrevivencia" y la de sus cercanos. Es lo que suele denominarse como el proceso de individualización (Beck, 1998). Por otro lado, por debajo de la heterogeneidad de expectativas y demandas que suponen los procesos de individualización y las distintas realidades de jóvenes que conviven en nuestro país, coexiste una uniformidad relativa a las condiciones que impone el mercado y el consecuente consumo, los desarrollos tecnológicos e informáticos que hace que el joven se atraiga por el compact, el comics, el cine y el video (Echeñique, 1990: 51).

En consecuencia, las explicaciones que pueden articularse a propósito de los datos que han gatillado nuestro estudio, que desde otras ópticas nos hablan de una creciente "apatía juvenil", deben ser enlazados en referencia a los cambios sociales que experimenta la población y, en consecuencia, a la construcción de nuevos universos culturales.

Por otra parte, y a modo de perspectiva, todo proceso cuyo resultado es una situación de incomunicabilidad debe preguntarse por la dinámica comprometida en tales consecuencias, al mismo tiempo que por sus eventuales efectos en el mediano y largo plazo. Inevitablemente el margen temporal que delimita la visión de perspectiva lo constituye el proceso de redemocratización de nuestro país. Sólo para situar, contexto y perspectiva, aluden al conjunto de indicaciones que nos hablan de un proceso particular de cambio social y cultural que, a estas alturas, parece haber tomado una dinámica propia de retroalimentación positiva.

Nuestra hipótesis más aventurada para perfilar nuestro esfuerzo se ha sostenido en la idea de asistir a un cambio cuyo producto en el mediano y largo plazo puede ser la configuración de una nueva cultura política, entendida como "... un sistema estructurado de valores y creencias básicas referidos fundamentalmente a las relaciones entre el poder y los ciudadanos...", es decir, define "... cómo piensa y siente la gente respecto a sus relaciones con el poder político; cómo perciben su papel en la política y cómo construyen y evalúan los procesos políticos" (Benedicto, 1995: 249; Lechner, 1987: 7-14; De Laire, 1990: 3; Salinas, 1990). Su simbólica y pragmática más nítida,

hoy día, estaría reflejada en el comportamiento político y electoral de la población juvenil¹⁶.

Al respecto vale la pena hacer dos precisiones teórico-metodológicas. En primer lugar, las distinciones propuestas en el marco de la noción de cultura política ya habían sido especificadas en la tradición politológica por Almond y Verba (1992), quienes subrayaron la dimensión psicológica del concepto al enfatizar la idea de que la cultura política constituye un conjunto de orientaciones referidas al sistema político. Específicamente, orientaciones cognitivas, afectivas y evaluativas que en conjunto especifican los comportamientos políticos de los ciudadanos (Almond y Verba, 1992: 178-182).

La formulación de los autores encuentra interesantes resonancias con la teoría cultural desarrollada desde la antropología cognitiva, en tanto ésta concibe la cultura como el conjunto de dispositivos cognitivos desde los cuales la experiencia y la realidad se configuran comportamientos pertinentes de participación en dominios sociales y culturales específicos¹⁷. Sin embargo, dados los énfasis aplicados por los autores parece oportuno y metodológicamente acertado incorporar distinciones que faciliten el tránsito de la noción de cultura a la realidad cognitiva de los individuos. Ello es posible a través de la noción de universos políticos individuales que comentamos unos párrafos más adelante.

En segundo lugar, nos interesa precisar que el énfasis constructivista del planteamiento guarda estrecha relación con lo ya señalado, en el sentido de que el proceso de democratización iniciado en la década del 90 constituye el horizonte temporal en el que se inscribe la dinámica de reconstrucción de la cultura política de nuestra

sociedad, particularmente de las nuevas generaciones y, por lo tanto, es en alguna medida responsable de sus resultados. Se trata de aquel proceso que sobre nuevas bases, aquellas heredadas del régimen militar, produce "... esa trama cultural sobre la cual descansan las instituciones políticas", lo cual involucra la otra cara de la moneda, aquella "... de la cultura política como producto de la acción política. Vale decir, las instituciones dependen de la cultura política, pero también la forman (...). en los procesos de democratización la construcción institucional está directamente asociada a la creación de una cultura política democrática" (Lechner, 1987: 9).

En consecuencia, nuestra estrategia de investigación buscó privilegiar una orientación que desbordará las aproximaciones destinadas a constatar y corroborar los datos que le dieron origen. En este sentido, como ya hemos indicado, la no inscripción en los registros electorales es un dato de carácter político, que sólo nos muestra un tipo de comportamiento específico. Este se sustenta "... sobre un conjunto de creencias, valores y percepciones de los individuos", es decir, en aquel conjunto de disposiciones que conforman sus "universos políticos". Desde ellos se percibe y evalúa la actividad política y la de sus actores y se construyen respuestas y preferencias¹⁸.

No es extraño, entonces, que a partir de los resultados que los estudios de opinión pública entregan, se pueda extrapolar una caracterización de los universos políticos de los jóvenes en términos -para decirlo de alguna manera- reprobatorios, cuya idea central es la indicación de un progresivo proceso de desvinculación y desafección de los jóvenes con el acontecer político contingente¹⁹. Este tipo de aproximación adolece de algunas insuficiencias.

16 A propósito el mundo juvenil constituye el sector de la población donde los cambios son más evidentes y acelerados: "La nueva clase adolescente aparece como un microcosmos de la sociedad entera y es portadora de los valores de la civilización en desarrollo: el consumo y el goce, y aporta a esta civilización su valor propio: la juventud". Morin, Edgar. *Sociología*. Ed. Tecnos. Madrid 1995. Página. 360. Con relación al tema que nos ocupa: "por lo demás cuando tiene lugar un cambio cultural básico éste se dará con mayor facilidad entre los grupos más jóvenes, donde no es necesario vencer la resistencia de un aprendizaje primario inconsistente que entre lo más viejos, creando diferencias intergeneracionales". Inglehart, Ronald. *El cambio cultural en las sociedades industriales avanzadas*. Ed. Siglo Veintiuno- Centro de Investigaciones Sociológicas CIS. España, 1991. Página 6.

17 Una formulación en estos términos requiere comprender que la cultura es el ambiente de sistemas sociales e individuales y opera sistémicamente en ambos niveles de emergencia organizando formas de operar comprensibles y efectivas para los sistemas involucrados. Goodenough, W. *Cultura, Lenguaje y sociedad*. En: Kahn, J.S. (comp.) *El concepto de cultura: textos fundamentales*. Ed. Anagrama, Barcelona, 1975.

18 Se trata de un "conjunto interrelacionado de disposiciones básicas que constituye la matriz fundamental a partir de la cual los sujetos perciben y reaccionan ante los estímulos políticos" Benedicto, J. (1995). Páginas 227-228. Demás está decir que la cultura política de una sociedad, incluso de un segmento de la sociedad, constituye el entramado básico que sostiene los universos políticos de los individuos. Estos, como sostienen los autores, son dinámicos por lo que están en constantes procesos de reelaboración. Tres son las dimensiones fundamentales de los universos políticos de los individuos: identificación con el sistema político, preferencias político-ideológicas y percepciones sobre la actividad política. Este trabajo se concentra en la primera y última dimensión. Estas dimensiones guardan relación con las propuestas de Almond y Verba (1992), cognitivo, afectivo y evaluativo.

19 Este tipo de afirmaciones se sostiene en datos tales como que un 57,7% de la juventud está muy desinteresada o desinteresada de la política; un 72,7% señala que ningún partido se encuentra cercano a sus ideas, o que un 38% nunca habla de temas políticos con sus padres. Fuente: Instituto Nacional de la Juventud- Instituto de Ciencia Política, Universidad de Chile. *Encuesta de Opinión Juventud y Política*. Septiembre de 1996.

En primer lugar, no está en condiciones de observar el problema en términos sistémicos y dinámicos, es decir, de vincular el comportamiento político que se observa a través de los datos con los universos políticos que los sustentan, entendiendo que su configuración se corresponde con procesos socio-políticos y culturales específicos en el cual están involucrados el sistema político, su institucionalidad y sus actores²⁰.

En segundo lugar, en el mejor de los casos, estas indagaciones se perfilan a establecer sólo las evaluaciones que la población juvenil ha construido en torno al sistema político y sus actores, es decir, se concentran en una dimensión y en un objeto de los universos políticos de los individuos. Ello, sin embargo, no permite sostener que los jóvenes le han dado la espalda a la convivencia democrática, lo cual exige adentrarse en los elementos de carácter cognitivo de los universos políticos²¹.

Finalmente, se añade a modo de punto ciego, la imposibilidad de calibrar potenciales perturbaciones y procesos de remodelamiento de la cultura política. Desde nuestra perspectiva la caracterización y, por lo tanto, el perfil que muestren los universos políticos de los individuos deben ser comprendidos, al menos, como síntomas de tendencias más latentes y profundas, al mismo tiempo que como factores claves de esos procesos. Desde este ángulo es posible iniciar una caracterización de la cultura política emergente.

En cualquier caso, lo gravitante en el ángulo de observación seleccionado es el hecho que los universos políticos de los individuos son básicamente dinámicos, es decir, se encuentran en permanentes procesos de construcción y reconstrucción, por lo tanto son sensibles al efecto que las comunicaciones y señales del mundo político tienen en las personas. En este punto, visualizamos que la actual situación de incomunicabilidad se vincula con el horizonte temporal del proceso de redemocratización que ha vivido nuestro país, pues constituye el ambiente en el cual las generaciones jóvenes han iniciado sus procesos de socialización política.

Los universos políticos comportan una dimensión evaluativa -percepciones- del acontecer político contin-

gente que influye directamente en la estructuración de *disposiciones, comportamientos y/o actitudes* hacia la actividad política, su diseño, mecanismos y actores. Pero al mismo tiempo, incluye elementos más estables que juegan una función integrativa y están relacionadas con el conjunto de *concepciones y valoraciones* que los individuos tienen del sistema político como dominio de organización y conducción de la convivencia social.

Para enfrentar el problema de la participación política desde el concepto de universos políticos individuales se debe manejar la distinción clave entre el grado de involucramiento, compromiso y/o participación efectiva en los mecanismos socialmente diseñados para tales efectos y las matrices valorativas básicas que definen los grados de integración con el orden institucional y el sistema democrático como forma de convivencia social.

Si atendemos a esta distinción y consideramos que la participación política se entiende, en términos generales, como el "... conjunto de actos y actitudes dirigidos a *influir* de manera más o menos directa y más o menos legal sobre las decisiones de los detentores del poder en el sistema político o en cada una de las organizaciones políticas, así como en una misma selección, con vistas a conservar o modificar la estructura (y por lo tanto los valores) del sistema de intereses dominantes" (Pasquino, 1998), es posible trabajar con el siguiente conjunto de hipótesis.

Es probable que el resentimiento de la participación política tenga una relación más directa y primaria con un cuestionamiento respecto de la efectividad real de los dispositivos establecidos para influir en el dominio político antes que con una desvalorización del sistema democrático como mecanismo de convivencia social. La estructuración de un cierto tipo de expectativas inhibitorias de la participación en relación con este punto puede ser alimentada desde cauces complementarios:

- por un cuestionamiento de la efectividad de los mecanismos diseñados para influir en las decisiones políticas (sistema electoral, partidos políticos, organizaciones),

20 Entendemos que este es el sentido de la afirmación de Cortés (1993), cuando formula que "... adjudicar a los jóvenes desinterés y apatía refuerza a la institución política en tanto coloca el cuestionamiento en los jóvenes y no en la misma actividad política". La relación entre jóvenes y política: cuando no hay que confundir lejanía con desinterés. En: *Políticas Nacionales de Juventud en Chile*. Informe del Taller de análisis sobre políticas de Juventud. ICHEH, 1993, Página 63.

21 En efecto, la democracia constituiría uno de los elementos críticos de la relación individuo sistema político y el mantenimiento del orden sociopolítico en general. Por el contrario, los juicios que sobre la actividad política se formulan provienen también de una de las dimensiones críticas de los universos políticos elaborados a partir de los procesos de socialización: de acuerdo a los autores ello corresponde al ámbito de *las percepciones* sobre la actividad política. Benedicto, J. 1995. Página 237.

- por el convencimiento de que las decisiones políticas responden exclusivamente a la lógica de sus actores y, en este sentido, se reforzaría la creencia de que el dominio político es muy poco sensible a las comunicaciones de la ciudadanía, o

- por una evaluación crítica del papel de los actores políticos en relación con las expectativas generadas tras el inicio del proceso de redemocratización²².

La acción de estos factores de manera combinada constituye, sin duda, un complejo cuya sinergia permite explicar, en gran medida, el tipo de comportamiento político de la ciudadanía joven. Lo crítico es que nos presenta un perfil de los universos políticos que se disponen sobre la base de las percepciones y evaluaciones de su experiencia democrática, la de los últimos diez años.

En este sentido, si las fluctuaciones de la participación política están, de algún modo, determinadas por las evaluaciones y respuestas que los individuos elaboran del funcionamiento del sistema político y sus actores, y es posible observar un punto de inflexión en el comportamiento político de la ciudadanía, cuya tendencia es de progresión, no es aventurado afirmar que en los universos políticos individuales está cristalizando una nueva estructura de expectativas que no sólo desborda el flujo de los acontecimientos coyunturales, sino que socialmente comienza a ser ampliamente compartida.

Desde nuestra perspectiva, lo que se puede empezar a observar en este vértice, es un remodelamiento de la cultura política de la población, en la cual se plasma una nueva forma de relacionamiento con el ámbito del poder. Se trata, entonces, de un proceso de largo plazo que opera en una dinámica de retroalimentación positiva, donde las respuestas de una cultura política en transformación expresadas en el comportamiento ciudadano se ven reforzadas por las respuestas y señales que el mundo político ofrece a la ciudadanía, las cuales se ajustan al patrón de expectativas sobre las que esta cultura política se viene configurando. Los universos políticos individuales y su caracterización son la punta del iceberg

a partir del cual nos es posible reflexionar y discutir sobre procesos más complejos y latentes.

En consecuencia, las nociones de universos políticos individuales y cultura política son constructos que deben comprenderse en una dinámica de afectación mutua. El primero alude al *conjunto de disposiciones individuales* a partir del cual los sujetos distinguen, perciben y estructuran respuestas en su relación con el dominio político. Se configuran en ambientes culturales y socio-históricos particulares, por lo que su vértice crítico es el permanente proceso de reestructuración en el que se encuentran comprometidos.

El segundo, alude al conjunto de *pautas, patrones y expectativas colectivas* referente a lo político y constituye el ambiente en el que los grupos humanos pueden elaborar, entender y aceptar los comportamientos y actitudes individuales.

Sobre ambos conceptos nos permitimos modelar la imagen de una dinámica de cambios. No sólo es posible observar una tendencia cuya expresión más nítida son universos políticos individuales distintos —susceptibles de bosquejar a partir de los comportamientos políticos de la ciudadanía— que no corresponde con los comportamientos cívicos tradicionales de nuestra sociedad, sino también con la conformación de una cultura política también distinta que es importante empezar a caracterizar y comprender.

Ahora bien, se podrá indicar que ello es parte de un proceso más global vinculado a las transformaciones sociales y culturales que configuran el cambio de época. En este sentido, se puede argumentar que las presentes generaciones de jóvenes son distintas a las del pasado. En este marco, lo esperable es que su relación con los sistemas sociales se realice desde otras coordenadas. Efectivamente, constituyen el otro actor del proceso de incomunicabilidad que intentamos describir.

La orientación metodológica aplicada nos permite aproximarnos a los elementos más sustanciales que dan cuenta del cambio que se cristaliza en los jóvenes de los noventa. Sin embargo, parece oportuno intentar desarrollar una vertiente complementaria de aproximación a los procesos de transformación que suelen incluirse en la temática de la discusión sobre los procesos de modernización que está viviendo nuestro país.

22 Los trabajos en torno al tema suelen incluir una serie de otros factores, tales como el debilitamiento de las grandes utopías, un cambio en la cultura política y el advenimiento una sociedad y cultura centrada en el mercado, el consumo y el individualismo.; Echeñique, P. 1990 a propósito de la experiencia española; Cuevas, H, 1993, "como consecuencia de un cambio en la cultura política mundial, las sociedades se despolitizan tras el triunfo de la democracia, el mercado y el individualismo", inhibiendo la participación.

De este modo, ya no sólo indicamos cambios en el sistema político desde el ángulo de los jóvenes y su impacto en la relación que los compromete, sino que intentamos observar también, lo que hemos denominado en las páginas precedentes, el contexto en el cual se inscriben tales transformaciones. En esta orientación presentamos los resultados de un estudio orientado a reconocer las descripciones que las generaciones jóvenes realizan respecto del tipo de "modernidad" que nuestra sociedad ha venido modelando. Hemos insistido que el mundo juvenil es la selección de un ángulo de observación de la sociedad, y en tanto tal, nos entrega información respecto del tipo de vinculación y/o inclusión que se actualiza, como respuesta a las exigencias sociales que se observan.

Lo anterior exige establecer las coordenadas mínimas que justifican y validan el mundo juvenil como un ángulo de observación social.

A propósito de jóvenes y su validación como ángulo de observación de la sociedad chilena

Como punto de partida observamos que en la tensa relación entre jóvenes y sistema político se encuentra, desde múltiples versiones, una voz crítica al proceso de redemocratización y cierta incomodidad con el proceso de modernización social. El debate que suele desarrollarse a propósito de esta temática nos sugiere reflexionar, entre otras opciones, en torno a la cultura juvenil como resultado de la tensión modernidad-posmodernidad.

Como hemos adelantado, el producto de dicha reflexión es describir las modalidades juveniles como una de las tantas expresiones de quiebre y transgresión frente a la modernidad. Desde allí se modela una imagen de la expresión juvenil que se puede rotular, por ejemplo, como neotribalismo, facilitando representar la heterogeneidad juvenil en una reducción identitaria y/o generacional.

Este tipo de aproximación responde a la tradición sociológica iniciada en los sesenta, cuya función, en retrospectiva, fue dar las bases para articular un paradigma que permitió la elaboración de discursos sociales dominantes en torno al tema por los siguientes 40 años. Lo que debemos observar en ello, en síntesis, es el esfuerzo por convertir lo juvenil en objeto, permitiendo articular discursos que logren configurar una identidad desde la

diferencia, es decir, desde observadores externos. Dichas descripciones hablan más de quienes la distinguen que de los distinguidos.

Entendemos que cualquier esfuerzo en este sentido constituye un recurso social orientado a procesar ciertas diferencias y disponerlas en un determinado ordenamiento (INJUV, 1997). En estricto rigor su resultado es una relación de subordinación: "en la división lógica entre jóvenes y viejos está la cuestión del poder, de la división de los poderes. Las clasificaciones por edad vienen a ser siempre una forma de imponer límites, de producir un orden en el que cada cual debe mantenerse, donde cada quien debe ocupar su lugar" (Bourdieu, 1990: 164). En efecto, "la juventud", en sus definiciones más clásicas, se articula en torno a los conceptos de *socialización o moratoria*, es decir, como una etapa de preparación para la completa inserción social: "como el particular proceso de incorporación al orden social, asegurando su reproducción institucional" (INJUV, 1997).

Esta misma lógica de subordinación ha estado presente en el discurso social académico y político de las últimas 4 décadas. La identidad de lo juvenil ha sido prefigurada desde el orden social como "joven universitario de la reforma" en los sesenta y setenta; como "joven poblador de la protesta", en los ochenta; y como "jóvenes genéricos problema", en los noventa (Cottet, 1994). Se sugiere a sí mismo que ello ha posibilitado que la juventud se observara como sujeto, como un hito que marca una época, permitiendo ser nombrada como generación. Al menos a un sector de ella.

Por lo tanto, y más allá de estas eventuales paradojas, lo que nos interesa subrayar aquí es la imposibilidad lógica de iniciar una investigación social a través de conceptos que subordinan y/o estigmatizan y, que por lo tanto, en algún punto invalidan a los observadores. Frente a la estrategia de preconcebir una identidad del joven de los noventa, preferimos que sea el propio discurso juvenil el que nos entregue elementos para identificar los límites desde los cuales observan la sociedad. Por ello no partimos sosteniendo la existencia de un sujeto social nombrado como juventud. Frente a la tematización que la erige como sujeto social o como identidad generacional, optamos por cuestionar la postulación de una realidad ontológica en materia de juventud²³. De este modo, obviamos la objetualización de

los jóvenes en alguna categoría como aquella. Nuestro esfuerzo no está orientado a definir juventudes, sino que a validar un punto de referencia para la observación social.

Hoy día, además, a esta particular conceptualización donde la noción de tránsito/preparación sustenta su diseño, se agrega un contenido comunicativo cargado de significaciones negativas. A la suspensión de ciertos derechos, inhabilidad e incluso permiso para ciertos equívocos, se agrega el estereotipo de un joven en riesgo social o carente de oportunidades. En el intertanto, la sociedad olvida su estrategia de seducción para la plena incorporación del consumidor en la lógica de la libre y responsable elección.

Desde nuestra perspectiva, las caracterizaciones del comportamiento juvenil, aquellas que hablan de impugnaciones y neotribalismo, buscando caracterizar las consecuencias sociales y culturales de la modernidad globalizada mediante la comprensión de los comportamientos transgresores, propician la galvanización de *identidades de resistencia*. Es decir, aquellas que se encuentran en posiciones/condiciones devaluadas o estigmatizadas por la lógica de la dominación (Castells, 1998: 30). Como ya lo hemos indicado, el discurso social estigmatizador, aquel que se construye a partir de las indicaciones académicas, aun cuando no se encuentre dentro de sus propósitos, constituye un factor que retroalimenta positivamente las dinámicas de autoexclusión en la exclusión.

A pesar de lo anterior, concordamos que el eje de la discusión se encuentra en el problema de la inclusión social²⁴. Vale la pena recordar que el problema de la inclusión social ha estado regulada por la noción de ciudadanía y, por lo tanto, mediada por el sistema político.

Primero, como un reconocimiento de la pertenencia igualitaria del individuo al sistema social y, por lo tanto, a su autonomía como individuo y a gozar de los beneficios de la ley, segundo como una inclusión al ejercicio del poder y, finalmente, como una inclusión en los beneficios del desarrollo económico y social (López, 1997: 29-53-54), lo que permitió, por ejemplo, la consolidación del

Estado de Bienestar en Europa y la continuidad del Estado asistencial en América Latina.

Visto desde el ángulo del sistema político "el concepto de inclusión significa la incorporación de la población global a las prestaciones de los distintos sistemas funcionales de la sociedad" (Luhmann, 1997: 47-48). El otro lado de la distinción es la exclusión. Históricamente se ha entendido que el Estado tiene por responsabilidad ampliar los mecanismos de acceso a tales prestaciones, es decir, garantizar la materialización de los derechos sociales. Sin embargo, hoy menos que ayer, el sistema político y el Estado están en condiciones de asegurar la inclusión de las personas a las prestaciones de los distintos sistemas de funciones.

En efecto, en el marco de una sociedad que ya no puede ser comprendida en términos unidimensionales o monocontextuales, sino que policéntrica (Luhmann, 1998), el eje articulador e integrador de los procesos sociales ya no es el sistema político o el Estado, sino que el acoplamiento de los diversos sistemas a partir de sus particulares lógicas de operación.

Visto desde el ángulo de los individuos, la complejidad de la sociedad funcionalmente diferenciada puede ser captada como un mundo de ofertas y restricciones. La inserción social deviene en problema porque exige desarrollar comportamientos que se atengan a las restricciones y que tengan efectividad para capturar las ofertas. Todas ellas diferenciadas de acuerdo al sistema de funciones en que nos concentremos.

Entre otros términos ello supone que los comportamientos sociales de las personas responden a las condiciones sociales que viven y las percepciones que de ellas tienen. Ello se traduce en el imperativo de desarrollar todos aquellos comportamientos mínimamente eficaces para poder adecuarse a las exigencias sociales imperantes. Sin embargo, en ningún caso esto constituye un proceso sin tensiones. Por el contrario, si bien el desacople entre subjetividad y sistemas sociales abre las puertas de los beneficios de la racionalización y la autonomía, abre también las brechas donde pueden

23 De alguna manera nos hacemos parte de la discusión propuesta en los resultados del Estudio *Identidad Generacional de los 90*, encargado por el Instituto Nacional de la Juventud y realizado por un equipo del Departamento de Sociología de la Universidad de Chile, en el sentido de encontrarnos frente a un proceso de agotamiento del objeto teórico (juventud) y frente a un suspenso de la categoría "generación juvenil". Nuestra aproximación tiene un punto de partida teórico. Las identidades no se pueden afirmar si no es sobre la base de la diferencia.

24 O, el problema de la integración-desintegración ("la ruptura de la imagen clásica de integración social"), Hopenhayn, M. *Pefil finisecular: juventud, globalizada, juventud desintegrada*. Documento sin edición. O el problema del vínculo social o ingreso al orden social, INJUV, Jóvenes de los 90. 1997. O la pregunta por el modo de incorporación social y política cruzada por el problema de la lógica de los derechos o la lógica de las oportunidades. Agurto, I. 1994.

desarrollarse las contradicciones entre ambos dominios. "Esto es una creciente individuación de la subjetividad y una creciente diferenciación de los sistemas, si bien pueden facilitar el despliegue de sus libertades y creatividades respectivas, pueden también impedir la necesaria complementariedad entre ambos" (PNUD, 1998: 62).

Es en este tipo de fisuras donde el fantasma de la exclusión hace su aparición. La exclusión social, en tanto proceso y no condición, es una definición social que alude al impedimento sistemático para que ciertos individuos y grupos accedan a ciertas posiciones que les permitan una subsistencia autónoma dentro de determinados niveles de vida (Castells, 1998: 98). Cuando los distintos discursos oficiales, provenientes de los diferentes sistemas de funciones, insisten en que las posibilidades futuras de cada una de las personas están directamente relacionadas con el desarrollo de capacidades de competencia, en su doble sentido: como siendo competente (educación, capacitación laboral, etc.) y como compitiendo (competitividad empresarial, de país, etc.), el desafío de la inclusión se traslada a los límites de las capacidades individuales. La exclusión deja de ser una injusticia y pasa a ser un castigo, para terminar siendo una opción²⁵.

Se puede pensar, entonces, que al otro lado de la distinción –la inclusión– incluye el premio. Si de eso se trata, pareciera ser que éste no guarda relación con las expectativas y los imaginarios que fluyen en los discursos institucionales. Y esto ya se sabe. El camino de la inserción se vuelve un camino de renuncia. Aquello de los refugios transgresores, que suelen confundirse con la impugnación violenta, la resistencia excluyente es el medio camino del manejo de las claves de la inclusión. De ahí que en nuestra propuesta de investigación se haya definido como punto de partida, entonces, el hecho de que en las expresiones juveniles también se distinguen las vinculaciones y las aceptaciones.

Como hemos propuesto, ambas, impugnaciones y aceptaciones son las caras de una forma de vincularse con lo social. Una extraña manera de estar y no estar que preferimos caracterizar con la *metáfora de los márgenes*. Hemos utilizado el recurso de la metáfora para producir

desplazamientos de sentido que responda a las varias modulaciones por las que está constituido (Mons, 1994: 15). Intentamos a través de este recurso introducir en nuestra comunicación lo característico de la comunicación contemporánea que cristaliza en las versiones juveniles. Esto es, la creación metáforica como prácticas singulares, difusas, repentinas, cuya función es adelgazar y robustecer las orientaciones de sentido que fluyen vertiginosamente en el entorno social.

Al respecto, frente a la tentación de sostener la existencia de una pérdida de sentido hemos preferido validar las particulares orientaciones de sentido entre los jóvenes. Ello, porque desde un punto de vista estrictamente sociológico no es concebible lo social sin procesamiento de sentido.

En efecto, lo social se hace posible a través del sentido, el cual debe ser entendido como un conector, es decir, como una estrategia selectiva mediante la cual los sistemas sociales y personales eligen una entre las diversas posibilidades que tienen, permitiendo su relacionamiento y comunicación²⁶. En este escenario el desafío es ampliar la mirada para distinguir el conjunto de orientaciones de sentido que operan en las transgresiones, pero no sólo en ellas.

El recurso de la metáfora se vuelve pertinente pues en el marco de las coordenadas culturales que se vienen estructurando lo propio es atender a las oscilaciones de sentido que el lenguaje de los medios de difusión social, de la publicidad, de los graffitis, del tecno, y, por cierto, de los propios jóvenes nos proponen. En este sentido, nos esforzamos por reintroducir en el texto los usos elípticos que hemos debido conocer en la comunicación juvenil que se ve potenciada por un entorno que favorece y potencia el flujo y circulación de sentido.

De este modo hemos escogido la segunda manera que se nos presenta para entender aquello de la marginación, para preguntarnos menos por la exclusión y algo más sobre el *locus* de los márgenes. Como recurso metáforico, su propósito es informar sobre esa especial condición de estar y no estar, al mismo tiempo que de esa

25 Es la tensión entre la lógica de los derechos y la lógica de las oportunidades. Su resultado ha sido el debilitamiento de los primeros, frente a las exigencias de los segundos. Agurto, I. 1994.

26 No nos es posible hacer un tratamiento extenso en torno al tema del sentido, aun cuando su uso recorre todo el presente texto. Al respecto, podemos señalar que "tener sentido significa que una de las siguientes posibilidades puede y debe ser escogida como actualidad de sucesión –para la continuidad del sistema–, tan pronto como la respectivamente actual palidece, se adelgaza y pierde actualidad debido a su propia inestabilidad". Luhmann, N. (1998). Página 82. Por otra parte: "en el uso cotidiano el sentido acompaña a todo lo que hacemos. Puede ser que se haga referencia al sentido precisamente por su carencia: la civilización actual, en especial, padece la pérdida de sentido. Entonces se puede acudir a la religión para que aporte el sentido que hace falta". Luhmann, (1996). Página 170.

particular posición que permite entrar y salir al juego que disponen los sistemas de funciones y la "modernidad" que se construye.

Ello supone el manejo de los códigos y programas que permiten tener la competencia necesaria para participar de las reglas que han sido diseñadas. Pero al mismo tiempo, informa de los recodos que se disponen a modo de refugio, de paréntesis, de entretiempo o, incluso, desliz y transgresión.

En síntesis, ha sido necesario realizar una opción metodológica que nos permitiera ser coherentes con los propósitos de nuestras observaciones. En el marco de una investigación social de segundo orden, el requerimiento básico que se impuso fue la selección de un ángulo de observación que tuviera la potencialidad de aplicar distinciones que refirieran a ambos lados de los contornos de los márgenes sobre los que transitan. Nos pareció en este caso que los jóvenes universitarios de distintas ciudades del país podían encarnar con algo más de propiedad esta condición, toda vez que se encuentran en una suerte de paréntesis social que desde el entorno es nombrada como preparación.

Desde estas coordenadas que buscan, fundamentalmente, propiciar una operación de apertura que potencie la indagación validando el ángulo de observación que hemos descrito, como una posición social que aporta una perspectiva diferenciadora, intentamos responder la pregunta por el sentido que puede tener esto de andar en los márgenes. Mejor aún, ¿qué puede significar en el Chile de fines del siglo XX, que sus generaciones jóvenes transiten por los márgenes, entrando y saliendo? Su respuesta o parte de ella nos permite recorrer algunas transitadas y otras menos transitadas imágenes del país que no terminamos de conocer.

JÓVENES, DEMOCRACIA Y PARTICIPACIÓN POLÍTICA: ¿UNA NUEVA CULTURA POLÍTICA?

¿Podemos, por ejemplo, decir si la juventud está satisfecha o descontenta? ¿El esquematismo de la pregunta no la falsea? ¿Podemos decir que está satisfecha en algunos aspectos y descontenta en otros? O bien, ¿quizá sea incapaz de saber si está satisfecha o descontenta? Vayamos más lejos: ¿Esta incertidumbre no estará basada en la realidad? ¿No traduce el sentimiento profundo de la fracción de la humanidad que penetra la civilización del

bienestar, del *comfort*, del consumo y de la racionalización, que se regocija y se maravilla pero que, al mismo tiempo, presiente un malestar en el bienestar, una sensación inconfortable del alma en el *comfort*, una pobreza afectiva en la abundancia, una irracionalidad fundamental bajo la racionalización? ¿Sabemos si hay que estar satisfecho o insatisfecho en esta sociedad? o, más bien, ¿no estamos a la vez muy satisfechos y muy insatisfechos? (Morin, 1995: 361)

Frente a las altas y generalizadas expectativas respecto de las posibilidades del régimen democrático (...), este tipo de desempeño político motivó que se desarrollara en la sociedad, y muy particularmente en la juventud popular, un generalizado sentimiento de escepticismo y frustración en relación al carácter "formal" de la democracia y al sistema político en general (Cotler, 1987: 142).

Una aproximación a los universos políticos de los jóvenes

Matriz conceptual básica: Valoración de la democracia

Como fue indicado, los universos políticos de los individuos organizan un amplio espectro de respuestas y disposiciones que responden a las percepciones y evaluaciones que los sujetos actualizan respecto de la actividad política, su diseño, su operar y sus actores. Sin embargo, sus comportamientos no están referidos, exclusivamente, a las expectativas que desarrollan respecto de esta dimensión. Nos interesa recordar que los universos políticos de los individuos se componen de tres dimensiones: identificación con el sistema político, preferencias político-ideológicas, evaluaciones de la actividad política, es decir comprende el conjunto de conocimientos y creencias referidas al tipo de sistema político en el que participan como fundamento del compromiso y la participación política, de la eventual opción por determinadas orientaciones político ideológicas y la evaluación del acontecer político.

Desde nuestra perspectiva una posición central ocupan el conjunto de creencias y conocimientos que definen el grado de identificación que los sujetos presentan hacia el sistema político, es decir, el grado de consistencia, aceptación y, eventualmente, compromiso que los individuos exhiben respecto de los valores y componentes que cada sociedad define como vitales para el funcionamiento de su ordenamiento político institucional. En el caso de las

sociedades occidentales, la democracia y el ordenamiento socio-político son dos de los elementos claves para la viabilidad del sistema en su conjunto (Benedicto, 1995: 237-238).

Bajo este esquema, sostenemos que la baja inscripción en los Registros Electorales no constituye una orientación antisistémica de la población juvenil, en el sentido de una opción deliberada orientada a debilitar el sistema democrático y/o la institucionalidad de nuestra sociedad. Por el contrario, en el núcleo de los universos políticos de la población juvenil coexisten, en grado importante, una valoración de la democracia como sistema de convivencia social y una aceptación y adecuación a las reglas del juego básicas de la institucionalidad política de nuestra sociedad²⁷.

Desde nuestra perspectiva esta valoración del sistema democrático se sostiene, fundamentalmente, en lo que hemos denominado la *matriz conceptual básica* de los universos políticos de los jóvenes. Con ello queremos subrayar su carácter cognitivo antes que de la experiencia y los afectos, es decir, el manejo de un con-

junto de distinciones, conocimientos y creencias básicas referidas, particularmente, a la noción de democracia, resultantes, probablemente, de procesos de socialización discontinuos, poco consistentes y con escasas experiencias cotidianas²⁸.

En términos generales esta matriz conceptual, a pesar de las discontinuidades que podemos intuir a propósito de su proceso de estructuración, mantiene una fuerte asociación entre la noción de democracia y algunos de sus contenidos más tradicionales y universales. Entre ellos podemos destacar el respeto y la tolerancia a las opiniones, la libertad de expresión, la participación en la elección de las autoridades, el respeto de las leyes, etc.

Por lo tanto, desde una perspectiva cognitiva, es posible afirmar que existen grados mínimos de consistencia respecto del régimen político que la institucionalidad política busca construir en el país, lo cual permitiría, por ejemplo, sostener la formalidad de la democracia y sus procedimientos. El cuadro que sigue permite tener una imagen más precisa de lo que señalamos²⁹:

Cuadro N° 2

Nivel de acuerdo y desacuerdo con aspectos de la democracia

La democracia:	Muy de acuerdo	De acuerdo	En desacuerdo	Muy en desacuerdo
Es respetar a los demás, aunque no esté de acuerdo con sus opiniones	63.4%	22.2%	9.0%	5.4%
Es actuar de acuerdo a las leyes y reglas establecidas; respetarlas y no transgredirlas	35.6%	40.2%	16.8%	7.5%
Opinar sin miedo a la censura	70.9%	17.5%	7.0%	4.6%
Las autoridades son elegidas por el pueblo	68.3%	18.2%	10.6%	2.9%

27 Nos referimos básicamente a la separación de los poderes del Estado y a la elección de las autoridades. En ningún caso al diseño de estas instituciones, tales como senadores designados.

28 El estudio que realizamos y que constituye el insumo del texto que presentamos nos entregó importante material referido a la temática de la socialización que no hemos incluido. Podemos destacar la ausencia de la familia y el colegio, en términos generales, como referentes de socialización y la fuerte presencia de la televisión cumpliendo dicha función.

29 Queremos hacer notar que en las valoraciones positivas –muy de acuerdo, de acuerdo– los porcentajes superan el 75%, siendo prácticamente en todas las alternativas la opción muy de acuerdo la que presenta el mayor porcentaje de opciones, lo cual nos permite suponer que tras ese tipo de respuestas hay una definición clara y taxativa al respecto. Al mismo tiempo, queremos hacer notar que las valoraciones negativas no se acercan al 30%.

Del mismo modo, y como una manera de delinear los contornos de la matriz conceptual que describimos, ésta incluye, dentro de márgenes aceptables, las distinciones necesarias de lo que podemos llamar las formas contrarias -"democracia no es dictadura"-, o incluso de las concepciones restringidas -"sirve sólo a los partidos políticos"- del sistema democrático:

de lo mínimamente esperable en el marco de un sistema democrático, pero debido a esta característica se incuban altas cargas de contingencia, pues no permiten establecer los máximos de las expectativas que se estructuran sobre el régimen político y su institucionalidad. Ello queda abierto incluso para la oferta político/demagógica y populista.

Cuadro Nº 3

Nivel de acuerdo y desacuerdo con aspectos de la democracia

La democracia:	Muy de acuerdo	De acuerdo	En desacuerdo	Muy en desacuerdo
Es lo mismo que dictadura	5.5%	10.8%	34.4%	49.3%
Sirve sólo a los partidos políticos	14.4%	19.5%	39.3%	26.7%
Es inscribirse en los registros electorales y votar	14.3%	24.7%	32.7%	28.3%
Es participar en partidos políticos	5.7%	14.8%	35.3%	44.2%
Es que sólo una persona o grupo limitado debe tomar las decisiones del país	9.1%	12.3%	14.9%	63.7%

A nuestro modo de ver este conjunto de datos puede expresar conocimientos antes que actitudes, eventualmente deseabilidad social antes que compromiso, sin embargo insistimos, informan sobre una matriz conceptual de carácter cognitivo en la cual se encuentran contenidas las distinciones críticas desde las cuales modelar un comportamiento cívico y político mínimo.

Dado estos rangos de consistencia, nos permitimos afirmar que el comportamiento político de las nuevas generaciones no constituye una orientación anti-sistémica, como podremos subrayar a propósito de la noción de orden, como patrón de la cultura política.

Incluso, nos permitimos afirmar que constituyen elementos que en mayor o menor medida intervienen en la estructuración de los comportamientos político/electorales que observamos. Pero ello exige comprenderlos desde otro ángulo. Esto es, como referencias basales que disponiéndose a modo de parámetros, conforman parte de las evaluaciones que se realizan sobre el mundo político y sus actuaciones³⁰. Es decir, constituyen indicadores

La criticidad de la matriz conceptual que hemos descrito se encuentra en su incapacidad para contener y encauzar el abanico de orientaciones y comportamientos políticos susceptibles de actualizar entre las nuevas generaciones. Su debilidad puede ser observada en el momento en que el discurso político apela a argumentos de tipo normativo para influir en su entorno ciudadano y los efectos son mínimos respecto de las exigencias que el sistema político debe cumplir para dar continuidad a su operar³¹.

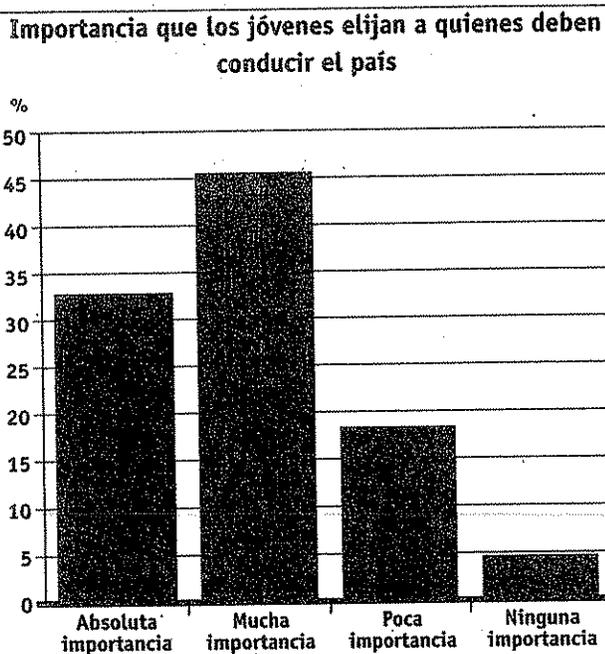
Lo anterior no impide reconocer su eventual potencialidad para proyectar y modelar un comportamiento cívico y político mínimo con una orientación más participativa, comprometida y responsable con el sistema democrático. Al fin y al cabo, sobre un 75% de los jóvenes encuestados en nuestro estudio indicó que vale la pena esforzarse por mantener la democracia y aproximadamente un 60% considera que el éxito de la democracia depende de la acción de las personas antes que de la acción de sus dirigentes. El gráfico que sigue expresa de manera contundente esta orientación sistémica, no sólo

30 En efecto, en tanto parámetros de evaluación pueden tomar formas lingüísticas como las siguientes: "la democracia sirve sólo a los partidos políticos", o "la democracia no me da oportunidades", etc. Volveremos sobre este punto a propósito de las evaluaciones que se estructuran respecto de la actividad política en la actualidad.

31 Este es el típico racionamiento del republicanismo cívico, el cual se estructura en presupuestos tales como: el que cada ciudadano se identifica y se compromete con el bien común, el que la sociedad sea entendida bajo nociones de simplicidad y unidad, etc. Desde nuestra perspectiva, tales presupuestos en el mejor de los casos puede ser entendidos como un problema a resolver. El papel del análisis sociológico es justamente indicar su improbabilidad. Miller, D. 1997. Página 83-84.

completando la matriz que hemos venido delineando, sino que informándonos sobre la gravitación que el voto juvenil debiera tener en los procesos electorales. En efecto, sobre un 78% de los estudiantes encuestados considera que es muy importante o absolutamente importante que los jóvenes elijan a quienes deben conducir el país:

Gráfico N° 5



Los datos que hemos presentado expresan esa orientación básica de vinculación con el sistema democrático, sin embargo, al mismo tiempo dan cuenta de una evidente tensión con los comportamientos sociopolíticos que observamos, por ejemplo, a través de indicadores como la baja tasa de inscripción en los Registros Electorales. Sin duda, esta tensión se agudiza cuando contrastamos la tendencia evidente de desvinculación de la institucionalidad político electoral con los datos de nuestro propio trabajo que nos indican, como vemos en páginas siguientes, que el 71% de los jóvenes encuestados considera que para estar representado en el sistema democrático las personas

deben inscribirse en los Registros Electorales. Sin embargo, menos de un 45% de ellos declaraba la intención de acudir a inscribirse³².

Esta realidad observada desde los márgenes del sistema político y su institucionalidad no puede ser procesada sino en términos paradójales. Frente a los dos niveles de mensajes que se encuentran integrados en el complejo que destacamos, el sistema político y su institucionalidad tiende a reaccionar de manera notoriamente pública frente a todos aquellos comportamientos que en algún punto pueden ser descritos como desafección, apatía e incluso, exclusión y anarquía. Al menos así pueden ser interpretados sus esfuerzos por comprender y contener la realidad que se mantiene latente en expresiones como la baja inscripción electoral, las barras bravas, las pandillas juveniles y los desórdenes estudiantiles³³.

En todos estos casos las respuestas que se ensayan de manera más notoria y con mayor amplificación pública, lo que no significa que sean las únicas, se inscriben en el mismo patrón de conducta en el que ya están insertas. En otras palabras, una permanente intensificación de las soluciones que ya se han probado: "más llamados y nuevas campañas a la inscripción", "más represión y privación de libertad".

Este tipo de soluciones responden no sólo a las expectativas que han estructurado los involucrados, sino también a las del entorno social y mediático, teniendo como efecto neto la intensificación de los comportamientos que se busca revertir. En otras palabras, los cambios que se actualizan dentro del sistema se orientan en la perspectiva de mantener inalterable la dinámica del mismo³⁴.

La dinámica paradójal que se observa en la relación descrita requiere asumir, entre otros desafíos, la necesidad de observar la totalidad desde otras premisas conceptuales. Requiere que frente a la posible interpretación de deseabilidad social como criterio que especifica la respuesta de los estudiantes en los diferentes instrumentos de investigación, se haga plausible la interpretación contraria. Es decir, el tipo de respuestas que muestran los

32 A ello podemos agregar los datos recientes de un Estudio realizado por el Instituto de Estudios Avanzados de la Universidad de Santiago de Chile, en las ciudades de Santiago y Concepción que indica que el 92% de los jóvenes integra algún tipo de organización social (sobre la base de una muestra de 643 estudiantes).

33 Sin embargo, incluso en dichas expresiones es posible observar expresiones, comportamientos y valoraciones cuya orientación es la vinculación, integración y participación social en función de los intereses específicos de los jóvenes involucrados. Al respecto, cuando terminábamos de redactar este texto, en un programa de televisión ("El Mirador" de Televisión Nacional de Chile) se realizaba una investigación periodística que relevaba el otro lado de las preocupaciones institucionales.

34 "Un sistema que pase por todos sus posibles cambios internos sin que se verifique en él un cambio sistémico, es decir: un cambio 2, puede considerarse como enzarzado en un juego sin fin. No puede generar desde su propio interior las condiciones para su propio cambio; no puede producir las normas para el cambio a partir de sus propias normas". Watzlawick, P. et. al. *Cambio*. Ed. Herder. Barcelona 1989. Página 42.

datos que hemos entregado pueden reflejar, efectivamente, un grado importante de identificación con la democracia y una orientación básica de involucramiento y compromiso con la sociedad y los grupos sociales que se abren espacios en el marco de nuestra transformación cultural. Ellas traslucen el convencimiento de la importancia de la participación de los ciudadanos en el éxito de la democracia y la conducción de la sociedad.

Cambiar las premisas de observación supone partir de la hipótesis de que existe un grado mínimo de identificación con el núcleo básico del sistema político. Desde tales presupuestos, la pregunta que nos hemos venido formulando se reintroduce con mayor criticidad: ¿cuáles son, entonces, los factores que intervienen en la desvinculación de los jóvenes con los mecanismos institucionales diseñados para posibilitar la participación ciudadana en la toma de decisiones vinculantes de nuestra sociedad? (Valenzuela, 1992 y Cortés, 1993: 61).

La rotación del ángulo de observación exige formular otro tipo de preguntas con el objeto de avanzar en la comprensión del proceso de incomunicabilidad que hemos descrito en páginas previas, a través de la caracterización de los universos políticos de los jóvenes. El punto de partida que hemos escogido se orienta en la perspectiva de indagar con mayor amplitud y profundidad el espectro de orientaciones de sentido y distinciones que la noción de democracia cubre.

Desde esta caracterización se despliega un conjunto de preguntas adicionales que guían, en la medida en que se avanza en sus respuestas, una comprensión más global del fenómeno. En efecto, se trata de responder preguntas tales como: ¿Cuál es el sentido que la población juvenil le asigna a la noción de democracia?; ¿Dónde se encuentra la diferencia que el concepto actualiza cada vez que estos ciudadanos la utilizan para, por ejemplo, percibir y evaluar los comportamientos políticos?; ¿Cuáles son las expectativas que se movilizan en torno a ella?. Finalmente ¿Cuáles son las experiencias democráticas que han vivido las nuevas generaciones y que constituyen el marco referencial desde el cual se estructuran sus opciones políticas en el amplio sentido del término?

En lo que sigue intentaremos responder estas cuestiones con el objeto de avanzar en la comprensión del comportamiento político de las generaciones jóvenes en el marco de la caracterización de sus universos políticos que llevamos adelante. Para ello, y en coherencia con el esfuerzo de ampliar el ángulo de observación, las descripciones que siguen se articulan en torno a las comunicaciones que el trabajo cualitativo de investigación produjo.

Democracia: ¿de qué estamos hablando?. Promesas, códigos y expectativas

Para establecer el marco en el cual se inscriben las principales distinciones que se actualizan en torno a la noción de democracia, debemos señalar que, de acuerdo a la información cualitativa que disponemos, las coordenadas básicas que establecen sus límites, en tanto orientación de sentido, la perfilan como un amplio *horizonte de posibilidades, oportunidades y expectativas*. Dicho en términos muy simples, la democracia se ha significado en el transcurso de estos años, desde múltiples sectores de la sociedad, como el espacio donde es posible concretar y hacer realidad una serie de anhelos y esperanzas, probablemente, primero individuales y después sociales.

En efecto, para los jóvenes la democracia constituye, en un primer plano y estrechamente asociada a la matriz conceptual que ya hemos descrito, un espacio que abre *posibilidades para concretar las libertades, las igualdades y las oportunidades para el conjunto de la población*:

*"... es tener más libertad, que todos tengan las mismas oportunidades... ojalá que la juventud tuviera los mismos derechos y las mismas oportunidades..."*³⁵.

"... es que todos estemos bien, económicamente, que todos podamos expresarnos de la manera que mejor nos parezca sin molestar al otro, que todos tengamos la misma libertad en todos lados, que todos seamos iguales, que las leyes se cumplan, que aquí no valga tanto lo del pituto... que todos tengamos igual oportunidad".

35 El tema de la libertad, que implica una forma de vida, es parte del núcleo duro de los universos políticos de los jóvenes en relación con la noción de democracia. Así lo apunta Valenzuela (1992), como el concepto más reiterado en su estudio de casos. Al respecto también, Cortés F. "la principal ventaja de la transición es la libertad (88.4%)". La relación entre jóvenes y política: cuando no hay que confundir lejanía con desinterés. En: *Políticas Nacionales de Juventud en Chile*. Informe del Taller de análisis sobre políticas de Juventud. ICHEH. 1993. Página 60.

Es la "lógica de las oportunidades" la que se abre camino en esta sociedad en tránsito y se instala para, de alguna manera, oponerse a "la lógica de los deberes y derechos" propia del dominio político³⁶. La sociedad de las oportunidades está, por cierto, en construcción y parece delinearse como un horizonte siempre cargado con mayores oportunidades. La promesa democrática probablemente haya sido y siga siendo la posibilidad de cambiar una sociedad de las restricciones (económicas), las discriminaciones (sociales) y las imposibilidades (culturales) por una de las oportunidades para concretar los proyectos personales.

De ahí que, en un segundo plano, y a modo de núcleo que condensa mayor contenido simbólico, no extraña que la noción de democracia se perfile como un instrumento para el cambio social, la renovación cultural y el surgimiento y expresión de nuevas ideas y estilos. En este sentido no es aventurado señalar que la *función de la democracia*, en los códigos juveniles, es abrir oportunidades y posibilidades para llevar adelante *cambios* en distintos ámbitos y esferas de la sociedad cuyas consecuencias se materialicen de manera directa en los proyectos personales. Se trata de la oportunidad de la transformación del entorno y de la historia personal. Aunque innumerales y silenciosas, las expectativas empiezan y se agotan en la ilusión que la voz cambio porta sobre sí, sin referentes explícitos y sin proyectos es, al menos, lo distinto de hoy:

"...es que ahora se pueden empezar a cambiar las cosas, que se puede empezar a generar algo nuevo, algo diferente a lo que está..."

En una primera lectura se puede especular que la conformación de dicha estructura proviene de la experiencia de la dictadura. Sin embargo, si bien el imaginario juvenil ha articulado una idea de democracia vinculada a la noción de cambio, desde nuestra perspectiva ésta no pro-

viene de la experiencia directa del paso de dictadura a democracia³⁷. En efecto, la valoración de la democracia en la significación que estamos describiendo e incluso como sistema de convivencia social y de organización política no proviene de la experiencia de la dictadura. En el mejor de los casos, la dictadura, como un referente conceptual opuesto, sólo constituye una imagen difusa moldeada como parte de la escasa socialización política recibida desde la familia, los amigos, la televisión o el colegio. Puede, eso sí, constituir el mito fundante de la promesa democrática:

"...yo por lo menos le tengo mala a Pinochet por lo que he escuchado, por lo que me han dicho, pero realmente no sé lo que hizo..."

"... el presidente -Pinochet- se aprovechó mucho, pensaba que iba ser un dios, existió matanza, la pobreza; pero igual gracias a él pudimos tirar para arriba ..." ³⁸.

La dictadura se dibuja en el pasado como un horizonte temporal que provee de referencias contradictorias que alimentan justificaciones sobre el advenimiento de la democracia, argumentos normativos para adherir a la democracia, explicaciones sobre el presente de la sociedad e incluso para reconocer la opacidad de su inexperiencia. Dada esta característica es que sostenemos que no provee de referencias para sostener una orientación de sentido como la que identificamos.

Desde nuestra perspectiva sus bases se encuentran en una socialización política que en el caso de estas generaciones se ha desarrollado en un ambiente democrático, cuyo discurso más recurrente y mejor estructurado ha sido: la "promesa" de cambio³⁹.

Nuestra hipótesis, entonces, es que dado que la valoración de la democracia no se sustenta en la experiencia,

36 La lógica de las oportunidades descansa mucho más en el individuo y su capacidad de desplegar una autonomía en las decisiones (libertad) y autogestión de los proyectos personales. Agurto (1994). Página 362.

37 Al momento del advenimiento de la democracia en 1990, los jóvenes de la muestra tenían entre 8 y 11 años aproximadamente.

38 Esta suerte de admiración a Pinochet ya era señalada por Valenzuela (1992), en palabras de los propios jóvenes entrevistados en su trabajo: "yo lo admiro (a Pinochet) por su inteligencia; a pesar de lo viejo que es, es inteligente, a pesar de todos esos condoros que se pitó, es inteligente... claro, que debiera pagar por esos condoros, y a fin de cuentas, no va a pagar"; "sabes que Pinochet me cae bien loco, la forma de ser que tiene, es para reirse el viejo ese, porque como que se las da de magnífico, y está todo cagado; perdió, e igual, pero tienen autoridad el viejo ese, y es duro, por eso, porque es obstinado, es duro, por eso es que un restoco de respeto le tengo, pero nada más". Valenzuela (1992) Página. 16. Destacamos la vinculación con el tema de la autoridad que trataremos páginas más adelante.

39 Esta promesa ha sido expresada, por ejemplo, de la siguiente manera: "La democracia que se inicia está en deuda con los jóvenes; ella debe posibilitar que esta nueva generación despliegue sus potencialidades, dándole verdaderas oportunidades de desarrollo personal y colectivo". Generación Compiladores. *Los jóvenes en Chile hoy*. CIDE, CIEPLAN, INCH, PSI PIRQUE, SUR, Santiago 1990. Página 11.

"en carne y hueso", del cambio de régimen (dictadura-democracia), ésta se ha venido construyendo y alimentando a partir de *un discurso social que ha hecho del cambio uno de sus ejes temáticos catalizadores*.

Este discurso, hasta el día de hoy ha mantenido cierto éxito político, en función de las expectativas que ha logrado y logra articular. Esto queda muy bien expresado por Echeñique (1990), "... para muchos, las expectativas de cambio responden al *mito de la democracia*, enunciado por el lema "*la alegría ya viene*", y los cambios institucionales no abren todas las oportunidades prometidas e imaginadas" (Echeñique, 1990: 43).

Sin embargo, nuestro propósito no busca agotar la discusión sobre los orígenes y/o las causas históricas sobre las que se estructura la nomenclatura democracia-cambio. Nos interesa su modo de operar en el presente⁴⁰.

En función de lo anterior, entendemos que más allá de una valoración normativa y abstracta⁴¹, el sentido más concreto de la democracia ha tomado un perfil instrumental, es decir, se la ha entendido como aquel mecanismo que puede asegurar avanzar en los cambios que el propio sistema ha delineado y proyectado: desde la libertad, el mejoramiento de las oportunidades, las igualdades, hasta la superación de la pobreza. Pero por sobre ello se juegan los proyectos personales, que pueden coincidir o no con proyectos sociales. Probablemente, sobre la base de un amplio abanico de significaciones se prefigure un estereotipo de sociedad verdaderamente democrática.

Para Valenzuela (1992) este tipo de valoración ya era evidente en un estudio sobre cultura escolar realizado recién iniciado el proceso de transición, "la valoración de la democracia esconde muchos motivos, la libertad de expresión suele ser la más frecuente (*que todos puedan hablar y decir lo que piensan*), (...), la democracia es algo natural y plenamente comprensible en el mundo *participativo, igualitario y antidisciplinario* en que habitan ordinariamente los jóvenes" (Valenzuela, 1992: 15-16).

Los jóvenes no buscan en la democracia un cambio institucional (Echeñique, 1990: 50). Como señala Micco (1993), esto parece no ser de otra manera, porque "en las transiciones a la democracia, la política deja de ser cercana a lo cotidiano. Los pactos y negociaciones se dan entre muy pocos" (Micco, 1993: 50). Es probable, entonces, que uno de los efectos, por lo demás no esperado, de la transición y del proceso de redemocratización haya sido potenciar aquella orientación de sentido que Rayo y de la Maza (1998) llaman la "... revolución de lo social materializada a comienzo de los años ochenta, en virtud de la cual el vínculo entre Estado y sociedad civil que prevaleciera en gran parte de este siglo fue radicalmente alterado", cuyos productos esperados fueron generar una despolitización de la sociedad civil y una desocialización de la política, modificar las orientaciones económico culturales de las personas y grupos sociales, generar adhesión al sistema de economía de mercado y una redefinición de las prioridades atribuidas a la acción social del Estado (Rayo y de la Maza, 1998: 428-429).

La democracia, en el marco de estas nuevas orientaciones de sentido, no puede ser comprendida como un legítimo juego político, ni legitimada en la confianza del accionar de su institucionalidad, ni en la presencia de líderes carismáticos, como tampoco en la adhesión a valores ampliamente compartidos. Al parecer sólo puede ser valorada, y con ello legitimada en términos "específicos" y/o "particularistas", es decir, en función del grado de satisfacción de demandas que logra materializar a través del accionar del sistema político y particularmente del gobierno⁴².

La exigencia es enorme, pues la institucionalidad sobre la que opera la democracia sólo logra legitimarse bajo códigos de carácter instrumental y funcional y no desde fuentes estrictamente políticas. Es decir, desde los esquemas de distinción juvenil la actividad política, su diseño, su operar y sus actores serán bien evaluados en la medida en que respondan con rendimientos positivos en

40 "... hemos de admitir que el pasado ejerce influencia sobre el presente tan sólo a través de la interpretación presente de las experiencias pasadas. Si así es, la significación del pasado no es cuestión de *verdad y de realidad*, sino de considerarla aquí y ahora de un modo más bien que de otro..." Watzlawick, P. (1989), n.p.p. Página. 110.

41 Aquello que Echeñique nombra como la política institucional, la que deja afuera a los jóvenes. La transición ha corrido por este espacio público formal, que se puede aceptar como dato externo positivo, pero que no afecta la vida cotidiana. Echeñique, P (1990) Página 43. En: De Laire (1990). Para la autora en este punto surgen una serie de interrogantes que tienen relación con lo que tratamos en el texto. Es decir: "...los jóvenes en Chile, ¿no están ni ahí con esta transición institucional o valorizan positivamente estos cambios?, (...), ¿para qué estar informados de la política si no se cree que lo que hacen los políticos tiene algo que ver con los asuntos privados de cada uno?". Op. cit. Página 43.

42 Una revisión del concepto de legitimidad y sus fuentes en Micco, S. y Saffirio, E. *Tipo de gobierno presidencial y régimen político democrático: quiebre y redemocratización en Chile*, 1993. Al respecto los autores señalan que las sociedades como la chilena deben tener presente que "en los países en vías de desarrollo, la movilización social ha hecho crecer rápidamente las necesidades sin que el sistema político haya tenido tiempo y posibilidad de adecuar sus estructuras a una mayor eficacia decisoria". Página 46.

el marco de las coordenadas y códigos que definen los límites de sentido de la democracia.

En efecto, la relación democracia cambio, opera como un código de distinción que especifica el vértice y los márgenes de lo que se espera y en este sentido determina el procesamiento de las comunicaciones si se quiere, acciones, comportamientos, señales, provenientes del mundo político. Estas, para ser verdaderamente democráticas, deben responder a tal orientación de sentido. Probablemente hasta los valores más centrales de la democracia se terminen debilitando ante tal presión funcional.

Por tratarse de un código, su función se encuentra en reducir la enorme complejidad del mundo para posibilitar enlaces posteriores. Con ello probabiliza las comunicaciones subsiguientes sin especificar, necesariamente, de lo que se está hablando. En este sentido, por ejemplo, el discurso político al utilizar su codificación no requiere de argumentaciones y/o sustentaciones programáticas para provocar los empalmes necesarios con su propuesta comunicativa. Las candidaturas con más opciones para la Presidencia de la República hoy día compiten por encarnar el "cambio de verdad". Esta aparente paradoja se sostiene en la potencia del código que venimos describiendo. Al no requerir especificaciones ulteriores para echar andar la comunicación, ambas propuestas pueden referir a la idea de cambio ya que para preservar requieren introducir cambios y para introducirlos se debe partir del mantenimiento de las estructuras actuales (Luhmann, 1997: 84 y Jocelyn Holt, 1999).

Desde esta estabilidad básica se abre y conecta un amplio espectro de orientaciones de sentido más particularizados. Permite que las diferentes sensibilidades e intereses llenen de contenidos específicos esa relación, por lo que dependiendo de las coordenadas estructurales en las que se encuentre cada sujeto -religiosas, ideológicas o de posición social-, sus expectativas de cambio tomarán distintos valores y parámetros: *cambios económicos*: más oportunidades, más empleo, mejores remuneraciones, superación de la pobreza, etc.; *cambios culturales*: más libertad de expresión, más libertad de elección, mayor autonomía para la toma de

decisiones personales, mayor tolerancia a las nuevas expresiones culturales, etc.; *cambios sociales*: más igualdad, menos discriminación, mejor educación, más calidad en la atención de salud, mayor calidad en las viviendas, etc.

La emergencia de este tipo de demandas y comunicaciones, por lo demás altamente inestructuradas, formuladas al sistema político sin una consiguiente acción de vinculación y compromiso, responde al perfil de lo que Ovejero (1997) denomina el "ciudadano liberal". Al ciudadano liberal lo que le interesa es la satisfacción de sus deseos, por lo que la función de los servicios públicos es agregar medios para satisfacer las necesidades y cada vez con mayor calidad. "El ciudadano se comporta como un *ciudadano consumidor* de bienes públicos. La actividad de consumo se interesa por el resultado, no por la forma de obtenerlo. La actividad, de hecho, es un coste y se trata de abreviarlo lo más posible" (Ovejero, 1997: 94-99). Lo que nos importa subrayar, como veremos más adelante, es que el ciudadano liberal considera que la actividad cívica es un mal necesario.

Desde nuestra perspectiva, el eje de la modernización de la gestión pública en el momento en que se asiente sobre el "paradigma empresarial"⁴³ como una respuesta a la revolución social, no sólo enfatiza su orientación contractual y tecnocrática, sino que retroalimeta el perfil liberal. Dicho en otros términos, cuando las políticas públicas y la modernización de los servicios públicos trabajan con la idea de cliente nos encontramos con un perfil de ciudadano entendido como "consumidor racional de bienes públicos" que modela su comportamiento de acuerdo a los patrones del "mercado económico" y el "paradigma de la racionalidad" (Miller, 1997: 79-83).

Lo anterior no sólo atenta contra la configuración de un ciudadano activo y responsable como lo espera el sistema político sino que, también, debilita la conformación de un tejido social y un capital social denso. Desde nuestra perspectiva, sin embargo, su resultado final afecta directamente al propio sistema político. Ello se expresa en desvinculación y/o debilitamiento de las relaciones entre los ciudadanos y el sistema político,

43 Una integración de los enfoques eficientistas y contractualistas: el primero orientado por la racionalidad económica, su objetivo es elevar la eficiencia en el uso de los recursos públicos; el segundo entiende que la eficiencia es un resultado del contrato (de la interacción y la negociación) que realizan sistemas particulares bajo una lógica de mercado. Marcel, M. y Tohá, C. *Reforma del Estado y de la Gestión Pública*. En: Cortázar, R. y Vial, J. (Eds.) *Construyendo Opciones*. Cieplan- Dolmen, 1998.

agudizando aquello que se indica como crisis de legitimidad y de representatividad⁴⁴.

Como se observará, la manipulación que la comunicación política realiza sobre el código del cambio en su esfuerzo por actualizar sincronizaciones de corto plazo, sólo está en condiciones de referir al futuro. Esta estrategia puede tener efectos positivos, en lo inmediato, porque el horizonte futuro es lo suficientemente amplio para cargar con enormes grados de contingencia. De este modo, los diferentes ámbitos desde donde se especifican expectativas de cambio encuentran insumos suficientes para delinear escenarios posibles y deseables. Algo deberá ocurrir.

Sin embargo, este tipo de dinámicas comunicativas imponen, en el largo plazo, altos grados de contingencia para el operar del sistema político. No sólo para las políticas públicas en tanto están orientadas a satisfacer algún tipo de necesidad, sino también para la comunicación pública —lo cual afecta con mayor notoriedad al actor político que no tiene mecanismos de satisfacción de necesidades—, pues nunca están dadas las condiciones para el cumplimiento de todas y cada una de las expectativas alimentadas.

Tampoco sirve para que las propuestas programáticas de largo plazo operen en los entornos del sistema político como criterios para orientar la comprensión del flujo decisional. Estos no cuentan con contenidos previamente instalados para ser procesados, por ejemplo, en el marco de proyectos de sociedad ideológicamente fundados.

Dado que no es posible reconocer una clara tematización que permita identificar un proyecto de sociedad, entendemos que éste constituye el punto de fuga del imaginario democrático de las nuevas generaciones. Su ausencia dice relación con una carencia que compromete a la conducción política y evidencia, por lo tanto, la falta de mecanismos que faciliten configurar propuestas programáticas que actúen, de modo efectivo, como límite a las potenciales espirales de expectativas o como referente que regule las aspiraciones democráticas contenidas en el discurso del cambio.

Más aún, la democracia entendida desde la semántica del cambio como la posibilidad de un futuro distinto, queda

abierta a la incertidumbre de los procesos de transformación, queda expuesta a la perturbación de las certidumbres que gobiernan el presente, queda comprometida al fantasma de las incontables expectativas incubadas⁴⁵. No sólo carga de contingencias al sistema político, el cual siempre podrá echar mano a los mecanismos institucionales de coerción, sino que también son los propios ciudadanos los que experimentan la presión latente de la inestabilidad.

En este borde se bifurcan dos vectores de exploración. Por una parte, la pregunta por la tensión entre el sistema político y la población joven se re-introduce cuestionando su desenlace e interrogando por sus consecuencias. Ello es así porque sólo se han definido los límites basales desde los cuales comprender el proceso: se ha caracterizado el núcleo central desde el cual se despliegan parámetros con los que se observa el dominio político, se definen expectativas y se despliegan evaluaciones. Resta caracterizar tales observaciones, expectativas y evaluaciones.

En una dirección diferente se perfila la pregunta por los referentes que regulan las aspiraciones democráticas. Las comunicaciones juveniles no nos refieren a la integración de los dispositivos institucionales como mecanismos formales de coerción y regulación para contener las eventuales explosiones sociales germinadas en las expectativas de transformación. En este punto se impone la exigencia de caracterizar equivalentes funcionales que actúan a modo de autorreguladores. Nos refieren de manera contundente a patrones culturales que operan de manera oblicua, a modo de contrapeso frente al riesgo del desborde, los temores y la desconfianza en la fortaleza de nuestras estructuras políticas institucionales. Desde nuestra perspectiva, la simbólica del cambio se regula en el *paradigma del orden social*.

Patrones de cultura política: El paradigma del orden

Del mismo modo como sostuvimos que los comportamientos político-electorales no constituyen conductas antisistémicas respecto de la democracia, tampoco constituyen comportamientos anómicos, alimentados por una

44 El predominio de la dimensión contractual sobre la comunitaria, "... con la consiguiente focalización de la atención sobre la diferenciación y especificidad de su espacio y el predominio de la racionalidad instrumental" tienen como efecto neto una crisis de representación, es decir, una desconexión del vivir social. Martín-Barbero, Jesús. "Notas sobre el tejido comunicativo de la democracia". En: García Canclini, N. *Comp. Cultura y pospolítica. El debate sobre la modernidad en América Latina*. Consejo Nacional para la Cultura y las Artes. México. 1995. Página 329.

45 Por cierto su contención no pasa por la inexistencia de expectativas. Como muy bien señala Auth: "Muchos han expresado su temor a que se desaten las expectativas juveniles y con ello la violencia ante la imposibilidad de su plena satisfacción. Nuestro temor es el inverso: que no haya expectativas". Auth, J. *Afirmaciones, hipótesis, preguntas e invitaciones a un actor virtual*. En *Generación compiladores* (1990). Página 228.

desvalorización del orden social e institucional del cual se participa. Ello se debe a que en el núcleo de los universos políticos de los jóvenes es posible identificar un *patrón cultural* orientado a la valoración de la estabilidad, el orden y la conducción social.

Si bien, a través de este estudio, no nos ha sido posible comprender y caracterizar en todas sus consecuencias y variedad lo que este modelo implica, es probable que en torno a este patrón estén asociados un conjunto nada despreciable de otros significados que den cuenta de un paradigma cultural altamente complejo. Desde nuestra perspectiva, el paradigma del orden social constituye un patrón de cultura política con profundas raíces en nuestra sociedad, cuya función simbólica -y su apariencia fantasmagórica- está orientada a alimentar el temor y el repudio al desborde, el descontrol y el caos, evitar su expresión y materialización y, a través de ello, justificar cualquier tipo de estrategia destinada a controlar su más mínima manifestación.

Desde diferentes ángulos disciplinarios y con distintos énfasis teóricos se ha subrayado la orientación hacia la estabilidad de los procesos político-institucionales en nuestra historia. Debido a la presencia de este perfil histórico, no se ha dudado en catalogar a nuestro país como un modelo de orden político y republicano. Revisiones históricas más recientes nos advierten que el proyecto de "orden y unidad nacional", ha constituido una propuesta materializada por las élites político económicas de nuestra sociedad.

Por lo tanto, tras esta aparente matriz de estabilidad y armonía republicana se esconde una estrategia autoritaria que no ha dudado utilizar la violencia para imponer su proyecto de sociedad, escudándose en la necesidad de restablecer el orden amenazado (Salazar y Pinto, 1999). La historia de Chile, particularmente su historia política, ha estado marcada por el trastorno violento (Jocelyn-Holt, 1999).

Más allá de la interpretación histórica con la que concordamos, nos interesa observar y destacar el efecto de los procesos institucionales como factor modelador de la cultura política de la ciudadanía. Existe relativo consenso en caracterizar la cultura cívica del país en términos oligárquicos, tradicionales, de integración desde arriba, de clientelismo y

autoritarismo (Urzúa, 1997-1998: 153-169). Todas esas expresiones pueden ser catalogadas como distintas tácticas de la estrategia de la élite nacional para imponer su proyecto de sociedad⁴⁶. Sin embargo, nos es imposible negar la presencia de un patrón cultural y cognitivo orientado a la volarización de la estabilidad social.

Desde nuestra perspectiva no se trata del triunfo de un discurso nacionalista y menos del compromiso con un proyecto de sociedad claramente presentado a las nuevas generaciones, sino que se trata de la internalización del temor: el temor a la crisis, que gatillada por la inestabilidad, el desborde y el desorden, precipite en un quiebre violento. Efectivamente, el paradigma del orden es la contracara latente de la violencia incubada históricamente como represalia, por lo tanto, es el temor al colapso producto del desborde social (Jocelyn-Holt, 1999: 198-199). Este hecho puede constituir excusa y justificación para la represión.

Tales condiciones se materializan en un complejo cultural de carácter altamente inestable. Las pautas de interacción comprometidas incuban de modo latente y larvario las condiciones para el despliegue de relaciones cada vez más degenerativas, o en caso contrario, también regenerativas (Bateson, 1991: 92-96; 134-137; 151). Desde nuestro punto de vista, este tipo de interacciones es posible de observar, también, en las dinámicas político-institucionales de nuestra sociedad. Su modo de operar se sostiene en el carácter latente del conocimiento que actualizan los participantes en relaciones que adquieren un carácter complementario.

En efecto, el temor a la crisis impele a su contención mediante todas las estrategias posibles de implementar en el corto plazo. Evitar el conflicto, la búsqueda de consensos, el esfuerzo destinado a bajar el perfil de los acontecimientos, la aceptación de desbordes y represión circunscritas a hechos específicos⁴⁷ son mecanismos previos que se soportan en este conocimiento mutuo. Los actos agresivos que metacomunican la crisis potencial en el corto plazo se responden con aceptaciones, legitimaciones, negociaciones y la satisfacción de las demandas económicas. Estas dinámicas interactivas propician el uso de la agresividad y la violencia como el mecanismo más rentable, por su carácter amenazador y subliminan para alcanzar el "empate". La

46 "Recursos como el cohecho, el clientelismo, el reparto de prebendas, la demagogia electoral y la exhibición de imponentes obras públicas lograron hacerse parte de un modo de democracia restringida, pero funcional y legitimada políticamente, que reforzaba la dominación propiamente social". Salazar, G. y Pinto, J. (1999). Página 20.

47 Por ejemplo, en esos términos se han "resuelto" los fenómenos de las pandillas en los barrios pobres de la capital o las relaciones entre la "autoridad" y las barras bravas.

cultura política en su dimensión institucional sólo está en condiciones de empatar, entendido como *status quo* ⁴⁸.

En cualquier caso, por sobre la hipótesis que podamos desarrollar en torno a las causas históricas en las que se sostiene este patrón cultural y sus consecuencias en las decisiones y comportamientos de los actores políticos institucionales, nos interesa relevar los efectos concretos de su operar en las relaciones de las nuevas generaciones con el dominio político. Específicamente, nos interesa identificar el conjunto de expectativas que se despliegan sobre el sistema político y sus actores. El punto de partida, como ya lo hemos insinuado, lo constituye la proyección de una imagen de convivencia social regulada por la estabilidad política e institucional que se reintroduce presionando a ciudadanos y actores político institucionales a guardar un comportamiento coherente con el imaginario trazado. Desde tales bases se especifica una función social que se deposita y/o delega a las élites políticas para que asuman la responsabilidad de asegurar los equilibrios y estabilidades sociales mínimas que regulen la convivencia social del país:

"... en un país tiene que haber gente que sepa dirigirlo y mantenerlo a un nivel más o menos equilibrado, o si no quedaría la escoba, se desordenaría el país".

"no estoy de acuerdo ni en desacuerdo -refiriéndose a Pinochet- con eso tampoco porque no tengo idea de lo que pasó ni nada, pero igual algo sé y por lo menos existía un orden" ⁴⁹.

En este esquema, sin embargo, es posible delimitar que aquello que definimos como el paradigma del orden social no tiene una correspondencia necesaria con un ordenamiento institucional. Hasta donde entendemos en los universos políticos de las nuevas generaciones no existe una clara distinción y una equivalente valoración del papel que juegan cada una de las instituciones políticas y sociales en el funcionamiento de la sociedad. En el paradigma del orden no se correlaciona la conducción y la estabilidad social a la interrelación

funcional que las distintas instituciones sociales y políticas deben mantener. Desde una perspectiva comparativa es posible observar esta aseveración en el cuadro que sigue, toda vez que refleja el grado de importancia que se le asigna a la función que cumplen diferentes instituciones para el funcionamiento y desarrollo del país.

Cuadro N° 4

¿Cuáles de las siguientes instituciones son imprescindibles para el país?

Instituciones	% respuestas sí
Gobierno	85.9 %
Empresa	48.8 %
Municipalidades	38.8 %
Parlamento	38.0 %
Fuerzas Armadas	32.6 %
Iglesia	25.7 %
Sindicatos	24.4 %
Partidos Políticos	16.5 %

En otras palabras, asegurar ciertos márgenes de orden y estabilidad que permitan que la sociedad se desarrolle y que su población tenga acceso a las posibilidades y oportunidades que ésta ofrece no es una función que se asocie al conjunto de instituciones políticas y sociales, sino que fundamentalmente a las máximas estructuras que condensan la imagen de autoridad en nuestro país. No debe extrañar entonces, que fuertemente vinculado a la noción de orden social aparezcan referencias a las nociones de conducción y autoridad. Valenzuela (1992) ya observó la importancia que tienen las nociones de "mantención del orden, la custodia de la integración social y la garantía de gobernabilidad (de una manera muy similar, por lo demás, a la demanda por autoridad escolar que es frecuente sobre todo en los liceos)" en lo que denominar la cultura política de los jóvenes escolares. De este modo, "la democracia es un modo de vivir fuera de las instituciones: ello mismo hace más ambigua la valoración de la democracia como mecanismo de participación institucional".

⁴⁸ Al menos así se pueden entender gran parte de las premisas y comportamientos políticos que han caracterizado los 10 años de transición.

⁴⁹ Dentro del esfuerzo por comprender el dominio político y su institucionalidad, otros actores, tales como el Congreso o los políticos, son incorporados dentro de la noción que comentamos. A modo de ejemplo: "Se supone que el Congreso es como la organización del país"; (La política sirve para) "... poner orden, orden en las cosas que hay en el país, ¿o no?, pienso que tiene que ser así"; (si no hubiesen políticos) "...habría una guerra civil, todos, todos irían a robar, todos saquearían las tiendas, los bancos y quedaría la pura embarrada no más...". Por ello es que por el otro lado, como veremos más adelante, la relación político-conflicto es altamente reprobada.

Es decir, la democracia viene a configurarse como el espacio para la transformación social en el que es posible la participación y el ejercicio de los derechos ciudadanos, con el objeto de materializar las expectativas y los proyectos personales que la lógica de las oportunidades ha predicado. La democracia como futuro mejor se abre a la contingencia de los procesos sociales y políticos. Frente a la posibilidad del desborde y el descontrol, emerge la cultura autoritaria cristalizada en las figuras que concentran simbólicamente el poder y la capacidad de dominación⁵⁰.

Desde nuestra perspectiva, estas referencias nos muestran un modelo de sociedad donde las nociones de autorregulación y autodesarrollo, por ejemplo, quedan fuera o muy débilmente condensadas en las imágenes de sus ciudadanos. Lo que estas referencias nos muestran es una cultura cívica que requiere de instancias, si se quiere figuras, que concentren las funciones y responsabilidades de orden y conducción, y probablemente, definan los proyectos sociales en torno a los cuales su población debe alinearse. En última instancia, se trata de la potencia del modelo autoritario⁵¹ o integración desde arriba (Urzúa, 1997-1998: 161-162) que ha regulado el devenir histórico de nuestra sociedad:

"es que estamos acostumbrados a que alguien nos tenga que mandar para que nosotros podamos hacer las cosas..."

"guiar al país en general, o sea dentro de las leyes, todo ese tipo de cosas, es el Gobierno el que tiene que responder a ese tipo de responsabilidades..."

El valor negativo de este proceso de retroalimentación, con carácter complementario, en el que el comportamiento autoritario de las élites políticas encuentra un comportamiento funcional en la ciudadanía, ha tenido como efecto la imposibilidad de densificar una base social capaz de dar conducción a sus propios procesos históricos (Salazar y Pinto, 1999: 21-23). No debe extrañar entonces, que las responsabilidades y exigencias de conducción del país y de mantención del orden social se vinculen a las funciones de Gobierno y probablemente se condensan simbólicamente en la figura del Presidente.

En todo caso, es importante tener presente que el espacio que se forma en la intersección entre la valoración de la democracia como sistema de convivencia social, el paradigma del orden y la necesidad de una autoridad con capacidad de conducción, un amplio espectro de orientaciones u opciones políticas encuentren refugio⁵².

Finalmente, si bien las exigencias de orden y estabilidad pueden terminar concentrándose y fundiéndose en las figuras de la autoridad y el caudillismo, también es cierto que su desborde inunda de exigencias, por mínimas que sean, a la clase política y sus actores. En efecto, como coordinadas críticas que se enlazan, un nudo clave de la cultura política de nuestra sociedad –los liderazgos sociales y políticos– también deben responder a las exigencias de colaborar con la mantención de la "estabilidad", la "paz social" y la "unidad nacional". Como nociones impresas que la historia y el tiempo se encargan de reimprimir, sus selecciones de sentido más inmediatas se orientan a valorar los esfuerzos destinados a evitar el conflicto y la tensión producida por el disenso:

"...si tienen ideas distintas, la idea no es ponerse a pelear, porque cuando se generan las otras cosas, como que se genera este clima de debate que de repente muchas veces se acalora mucho el aire"

Ello en el marco de una democracia que interpela a la búsqueda de acuerdos, que posibilite alcanzar los consensos y armonías que el paradigma del orden imponen como imagen y proyecto de sociedad:

"...la democracia debe servir para que todos estén de acuerdo entre sí, para poder lograr un entendimiento en todas las partes"

"para mí, democracia parte de cómo, de un concepto de hacer consenso entre la gente, de lo que esta parte de acá piensa igual a lo que esta parte piensa..."

Por cierto, en el vértice de esta representación social emerge una demanda que guarda estrecha coherencia con lo que hemos venido desarrollando. Su ausencia no

50 Coyuntura cultural que permite la emergencia del caudillo. Salazar, G. y Pinto, J. (1999).

51 En otros términos, se trata de la "... matriz autoritario rural que ha pervivido en nuestra sociedad...: una sociedad poco ciudadana, donde la voz del patrón y la creencia en la autoridad vertical y legitimada por la estirpe han sido siempre poderosas". Bengoa, J., citado por Salazar y Pinto, (1999). Página. 20.

52 De ahí que figuras como Balmaceda, Alesandri Palma, Allende y Pinochet adquieran el aura de caudillos nacionales.

sólo debilita los contenidos más próximos del paradigma del orden, sino también las expectativas de cambio que la democracia vino a alimentar. Como describiremos más acabadamente en el apartado siguiente, se trata del bosquejo de un proyecto país que propicie la unidad de la sociedad y comprometa a todos los actores sociales:

"a Chile le falta una meta que nos una, que les interese a todos..."

Paradójicamente estas demandas que se cristalizan en función del vacío que se experimenta en esta materia no invalidan el cuestionamiento que se comunica a propósito de las afirmaciones y propuestas de identidad nacional provenientes de los más diversos sectores. Probablemente, tanto la demanda como la duda irónica encuentren sus raíces en percepciones negativas del actual funcionamiento del sistema. Si esto es así, dichas percepciones debieran hablarnos de un grado de conflictividad poco soportable entre los actores políticos, de incapacidad para lograr consensos y de falta de un proyecto país que aglutine al conjunto de la población. En el largo plazo, debiéramos preguntarnos si ello sólo refuerza una evaluación negativa del actor político o si también provoca una pérdida de confianza y credibilidad en las ventajas, capacidades y eficiencias del sistema democrático.

En este punto, parece pertinente recordar que la democracia, tal como lo hemos observado, se percibe como un espacio que abre la posibilidad del cambio. Una lectura superficial e incluso demagógica promueve la participación política aumentando la expectativa de las transformaciones.

Sin embargo, la complejidad que aporta lo que hemos descrito como el paradigma del orden requiere incorporar en la lectura de la conducción política los componentes de la estabilidad social, así como el diseño de un proyecto de país. En virtud de lo anterior, la ecuación se expresaría de la siguiente manera: la participación política, dadas las expectativas juveniles en el Chile de los noventa, se dinamiza en la medida en que la expectativa del cambio, sobre la base de un proyecto de sociedad y dentro de los márgenes del orden y la estabilidad, aumenta⁵³.

Como se podrá entender, este cuadro es altamente exigente al actor político, pues implica el manejo y administración de un discurso y comportamiento político

que debe responder satisfactoriamente a la paradoja "estabilidad cambio" si se quiere "continuidad cambio" para alcanzar grados de receptividad y legitimidad mínimos en la ciudadanía. Por lo pronto, desde nuestro punto de vista, pareciera ser que el mantenimiento del orden y la estabilidad social —a lo que debemos sumar la ausencia de un proyecto de sociedad—, sin embargo, no constituye un perceptor lo suficientemente potente para sostener una dinámica participativa en el ámbito político. Desde otro ángulo, lo anterior puede significar que la participación e involucramiento de las personas no se verían propiciados por las exigencias que el funcionamiento del sistema impone. Por el contrario, constituiría una rutina institucional sin mayores efectos sociales y personales frente a la cual la opción de marginarse conformaría una opción válida.

En la orientación de entregar elementos más sustantivos sobre el problema que discutimos, entendemos que en este borde nuevamente se reintroduce la pregunta por la tensión entre el sistema político y la población joven de nuestra sociedad, pues la caracterización de los patrones de cultura política que hemos esbozado no permiten identificar el punto de quiebre que alimenta el estado de incomunicabilidad que hemos propuesto como directriz de observación. Sólo entrega elementos que deben ser debidamente considerados en una perspectiva de caracterización como la que hemos venido realizando.

Si lo formulado hasta aquí es correcto, el problema que anima este estudio encontraría en este punto uno de sus núcleos críticos, en tanto el distanciamiento político que se nombra como apatía o anomia no tendría sólidos sustentos empíricos. De aquí en adelante proponemos llamarlo *desencanto*.

El desencanto: Entre la promesa no cumplida y el sistema político

Así como la binariedad *cambio/no cambio*, en la cual entendemos se sustenta la noción de democracia para la población joven, constituye una fuente de expectativas, también debe constituir la matriz sobre la cual se estructura un conjunto de criterios desde los cuales se realizan las evaluaciones al sistema político. El punto constituye, sin duda, una de las zonas grises en el conocimiento actual.

53 Por lo demás, estas cuestiones no son nada de nuevas para la ciencia política, en el sentido de que la participación política es vulnerable a las expectativas de cambio existente, o a las necesidades de conservación de un régimen. De lo contrario constituiría sólo una rutina de carácter institucional. Ver, por ejemplo, Pasquino, G. (1994).

En efecto, en tanto código de observación y evaluación, el par cambio/no cambio debe alimentarse de parámetros específicos que permitan establecer los puntos de inflexión que indiquen el paso de un lado al otro del par⁵⁴.

Si bien no es posible identificar y mensurar a través de este trabajo los valores que toman esos parámetros, nos es posible describir algunos referentes que pueden ser entendidos como marcas difusas que ponen dudas sobre lo que la democracia ha significado de novedoso para los jóvenes de los noventa.

Avanzar en esta perspectiva implica aproximarse, en un primer plano, a un cuestionamiento que ironiza en torno a las promesas que la democracia aseguró garantizar. No se trata de una evaluación definitiva, por lo que no es posible afirmar que desde estas distinciones se disponen los elementos claves que permiten explicar el comportamiento de desvinculación de los jóvenes. Por el contrario, pensamos que el tono irónico del discurso revela un efecto de desconfianza e incredulidad que puede estar empezando a contagiar la valoración de la democracia como sistema de organización política. Lo cierto es que estas formas del discurso nos revelan una creciente sensación de desencanto.

De este modo, aquello que podemos señalar como el producto terminal del desencanto lo podemos observar en los siguientes planos. El primer vector lo constituye la dicotomía dictadura-democracia, como referente conceptual de la promesa del cambio. En efecto, ya hemos indicado que la dictadura no ha constituido una experiencia de vida para estos jóvenes, en el mejor de los casos se trata de un relato que funda una promesa. Probablemente, debido a esta característica aparece como uno de los referentes desde los cuales se aquilatan las diferencias y se realizan las evaluaciones más espontáneas:

"...como que entre el cambio que ha habido entre dictadura y democracia no ha sido muy grande. Las cosas yo las siento como que han estado igual y creo que por ahí parte el problema".

"...todavía no estamos en democracia total y tampoco la gente sabe manejar bien las herramientas que este sistema les da..."

Otro ángulo desde donde es posible observar referentes de evaluación lo constituye el conjunto de derechos que la democracia asegura resguardar y fomentar. Pareciera ser que en torno a las libertades individuales, las expectativas de los jóvenes superan la experiencia que les toca vivir. Cada vez más el sistema democrático deja en evidencia sus deficiencias y debilidades en aquello que parecía su promesa más inmediata:

"...la democracia es entre comillas porque no hay verdadera libertad. La misma policía no te lo permite..."⁵⁵.

"...deberían cambiar ellos los políticos, ellos dicen que hay libertad, y no hay libertad, pura mula la libertad, no existe".

La emergencia de la duda, la incorporación de la incertidumbre, el surgimiento de la frustración pueden ser distintas formas de expresar una idea central: la democracia no ha logrado cumplir con las promesas contenidas en la idea del cambio, no es la igualdad, ni la libertad, ni tampoco oportunidades para todos. El amplio espectro de expectativas queda contenido en esta pequeña fórmula que nos reitera la importancia de diseñar mecanismos de vinculación y participación efectivos que permitan avanzar en la incorporación responsable de los ciudadanos en la construcción social ello puede ser incluso un dispositivo de adecuación de expectativas.

"...yo no he visto ningún cambio, por ejemplo, cuando entró Aylwin se puso a puro viajar. Hacen su cambio al gusto de ellos, no le preguntan a uno, oye ¿cómo te gustaría que fuera Chile?"

Desde nuestra perspectiva, entonces, y tal como lo hemos sugerido a lo largo de este documento, una de las consecuencias que refuerza el comportamiento de desvinculación juvenil con la operatoria del sistema democrático se encuentra sostenida en las deficientes evaluaciones que la experiencia de la democracia ha implicado. Cada vez más, el sistema político democrático, como régimen de organización y conducción social, muestra su incapacidad para cumplir con la expectativa de cambio.

54 Desde nuestra perspectiva, el problema de identificar y caracterizar los márgenes sobre los cuales se establece la presencia de un cambio en la perspectiva de los ciudadanos, constituye un desafío para la investigación social aplicada.

55 Este estudio se realizó antes de la derogación del recurso de detención por sospecha.

"...qué sacamos con vivir en un país si nunca se ha hecho nada, siempre está igual Chile..."

Sin embargo, ello no nos permite entender el proceso en toda su complejidad, pues, como hemos indicado, esta pérdida de confianza y credibilidad debe ser comprendida como un efecto que tiene relación con una decepción en materia de expectativas. Por lo tanto, es necesario inquirir nuevamente sobre la tensión entre la población joven de nuestro país y los actores políticos.

Pero, antes de entrar de lleno sobre el punto, nos parece importante realizar una descripción en torno a un factor clave en la comprensión del problema que nos ocupa. En aquella zona donde la sensación de expectativas no cumplidas, es decir, donde el desencanto y la frustración muestran sus índices más altos, se cruza el vector de la desconfianza en las posibilidades y capacidades reales de influencia en los destinos del país y en el funcionamiento del sistema.

Sobre estas percepciones y creencias se inicia un proceso exponencial de "autoconvencimiento" social, donde la disyuntiva se mueve entre el polo de la integración y la participación y el polo de la no integración y la no participación. El ámbito donde se expresan de mejor manera las opciones que la ciudadanía empieza a tomar es el sistema electoral, pues constituye el mecanismo institucional diseñado para tales efectos -el de influir-. Al parecer, la solución de la disyuntiva se inclina hacia la no integración y la no participación.

La disyuntiva juvenil: El sistema electoral (no) es (necesariamente) la opción

Tal como hemos indicado, el reconocimiento, desde un ángulo cognitivo, de que el funcionamiento del sistema democrático depende del involucramiento de las personas, sólo expresa la dramática paradoja ante la cual los ciudadanos deben optar.

Vamos por partes: sobre un 71% de los jóvenes considera que para estar representados dentro del sistema democrático las personas deben inscribirse en los Registros Electorales. A pesar de esta definición, el porcentaje de jóvenes que no se inscribirá al cumplir los 18 años en los registros electorales supera el 55%.

Gráfico N° 6

Interés de los jóvenes por inscribirse en los Registros Electorales

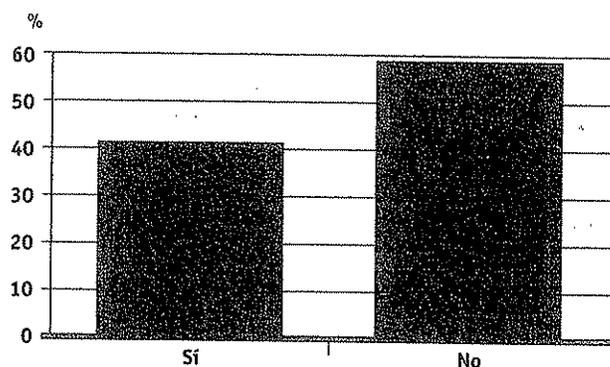
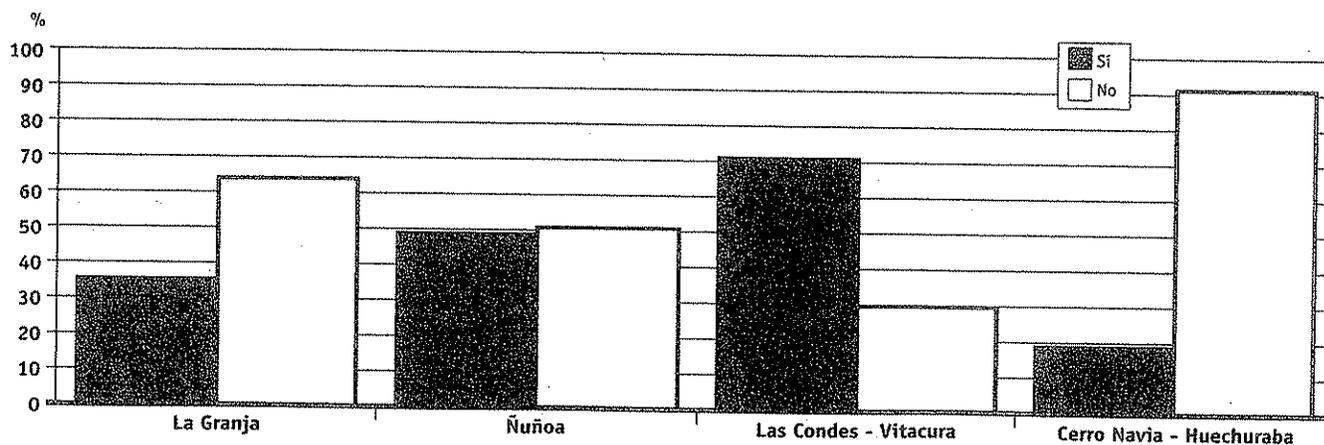


Gráfico N° 7

Interés de los jóvenes por inscribirse en los Registros Electorales según comunas



Los totales anteriores, sin embargo, esconden interesantes matices. En efecto, una desagregación por comunas permite observar que la intención de inscripción aumenta en los colegios pertenecientes a las comunas de mayores ingresos, sobrepasando el 70%; en cambio la menor intención de inscripción la encontramos en los colegios pertenecientes a las comunas de menores ingresos -Cerro Navia y Huechuraba-, superando el 80%.

Del mismo modo, si se observa el cuadro que sigue, se puede identificar una relación similar a la anterior. La alternativa que expresa una mayor orientación a la participación -proactividad: "yo busco participar en mi país"-

encuentra mayores porcentajes de respuesta en los colegios de las comunas de Las Condes y Ñuñoa, mientras que la alternativa que expresa menor integración a la sociedad -"no me interesa lo que pasa en mi país-, presenta mayores porcentajes de respuesta en las comunas de Huechuraba y Cerro Navia⁵⁶.

Intentando caracterizar las orientaciones a la integración y la participación de los jóvenes en el sistema político-electoral del país, se realizó un cruce entre la intención de inscripción y la valoración del involucramiento de las personas para el éxito de la democracia⁵⁷. De este modo, se identificaron los siguientes tipos de orientaciones:

Cuadro N° 5

Opiniones sobre orientaciones a la participación

Comuna	Yo busco participar en mi país	Me siento dejado de lado de lo que pasa en el país	Me siento integrado a mi país	No me interesa lo que pasa en mi país
La Granja	18,9%	33,7%	33,7%	13,7%
Ñuñoa	31,8%	25,5%	32,7%	10,0%
Las Condes-Vitacura	33,3%	30,8%	23,1%	12,8%
Cerro Navia-Huechuraba	17,5%	37,9%	21,4%	23,3%

Cuadro N° 6

Tipo de orientaciones a la participación

• <i>Orientación a la integración y la participación</i> (intención de inscripción y valoración del involucramiento ciudadano):	37,3%
• <i>Ambivalencia</i> (todos aquellos que presentan repuestas cruzadas en ambas preguntas):	45,1%
• <i>Orientación a la no integración y no participación</i> (sin intención de inscripción e inexistencia de valoración del involucramiento ciudadano):	17,6%

Sobre la base de estas distinciones, se desagregó la variable por comunas. Los resultados son los que se

destacan en el cuadro que sigue:

56 En cualquier caso, nos interesa subrayar de los datos que exponemos los altísimos porcentajes que alcanza la alternativa: "me siento dejado de lado de lo que pasa en el país", pues, tal como indicaremos al final del texto, esto constituye, quizás, el producto social más crítico en una convivencia democrática.

57 Estas opciones corresponden a la Pregunta N° 1 de la encuesta: al cumplir los 18 años tu intención es inscribirte en los registros electorales; y la Pregunta N° 15: el éxito de la democracia depende de la acción de las personas o de la de sus dirigentes.

Tipo de orientaciones a la participación según comuna

Comuna	Orientación a la integración/participación	Ambivalencia (en el margen)	Orientación a la no integración/no participación
La Granja	30,5%	51,6%	17,9%
Nuñoa	44,8%	48,6%	6,7%
Las Condes-Vitacura	63,5%	32,4%	4,1%
Cerro Navía-Huechuraba	16,8%	44,6%	38,8%

Por cierto, no sólo llama la atención el 17.6% que presenta una orientación a la desvinculación absoluta, sino fundamentalmente los altos porcentajes que estas tendencias muestran en las comunas de los jóvenes populares. En este sentido, el cuadro anterior puede permitir levantar una serie de conjeturas respecto de los factores o variables que inciden en que comunas como Las Condes y Vitacura muestren una alta orientación a la integración y la participación (63,5%) y comunas como Cerro Navía y Huechuraba muestren una orientación contraria no integración y no participación, bordeando el 40%⁵⁸. Desde la ciencia política esta situación puede que no constituya nada novedoso. Como lo afirma Micco (1993), "todas las investigaciones empíricas demuestran que las personas que se encuentran en la escala socioeconómica más alta, son las que votan y participan más" (Micco, 1993: 56 y Cuevas, 1993: 74).

Sin embargo, este tipo de datos debe hacernos reflexionar, además, en torno a otro tipo de variables relacionadas con la condición de joven popular para el caso de los estudiantes de estas comunas. Exigidos por una lógica de las oportunidades, se encuentran de lleno con las dificultades objetivas para lograr gestionarlas y alcanzar la meta social básica de la inserción. Utilizando conceptos algo mercantilizados, se puede decir que lo objetivo es que no cuentan con capital humano y social, debido a una socialización evidentemente deficitaria, para operar en un mundo también mercantilizado y aprovechar las oportunidades que éste presenta (Agurto, 1994: 362).

En función de estas condiciones, nos es posible subrayar que allí donde las expectativas han sido y siguen siendo muy altas, fundamentalmente en materia de oportu-

nidades que se visualizan como la posibilidad de inserción o éxito social, la frustración muestra sus índices más elocuentes. Al parecer, esto no puede ser de otra manera, pues las condiciones no han cambiado lo suficiente como para indicar que la promesa democrática de las oportunidades sea una realidad para todos y cada uno de los jóvenes. Marginados, la respuesta ineluctable es marginarse.

Por lo que en coherencia con lo expuesto en las páginas precedentes, la base que sustenta la tendencia de desvinculación y distanciamiento tiene estrecha relación con el desencanto que el *operar* del sistema democrático está provocando. En este borde, se abren los dos vectores claves para desarrollar el problema: en primer lugar, como ya lo señalamos, un cuestionamiento a los mecanismos institucionales diseñados para influir en el sistema y, por otra parte, un cuestionamiento a la actividad política y sus actores.

Nuestro primer planteamiento, entonces, se puede sintetizar en la idea de que el resentimiento de la participación política tiene una relación directa con un cuestionamiento de la efectividad real de los dispositivos establecidos para influir en el dominio político, es decir, *con el entramado desde el cual opera el sistema*.

En efecto, el primer factor que refuerza la tendencia de desencanto es el cuestionamiento que se ha conformado en torno a los mecanismos y dispositivos diseñados para influir en las decisiones políticas. Básicamente, este cuestionamiento tiene relación con la escasa efectividad que los procesos electorales tienen para cambiar el rumbo de los acontecimientos. La inscripción, así como la votación, debe permitir aportar en la perspectiva de provocar cambios que faciliten el desarrollo del país y su

58 Aquello que hemos denominado ambivalencia constituye, a juicio nuestro, el punto de inflexión donde la tendencia a la no integración y la no participación puede empezar a aumentar.

población, sin embargo, cada vez más se las entiende como una rutina para elegir autoridades:

"inscribirse en los registros electorales debiera servir para arreglar la situación del país, para plantear problemas que arreglen el desarrollo del país y no sólo para elegir a nuestros representantes" ⁵⁹.

"las votaciones se hacen siempre, siempre hay votaciones, diputados, gua, gua, gua, entonces ya se hizo monótona...".

Esta desvalorización del proceso electoral, y junto con ello del proceso de inscripción en los registros, que se expresa en el sarcasmo de catalogar como rutina y monotonía eso de elegir autoridades, es otra forma de declarar la pérdida de confianza y credibilidad en el sistema como mecanismo para influir en las decisiones vinculantes de nuestra sociedad. Pero al mismo tiempo, esconde una sensación de agotamiento, podríamos decir de aburrimiento, con el proceso de normalización institucional del régimen.

Por cierto, esto de la rutinización y formalización de la actividad política no es nada nuevo. Valenzuela (1992) lo trae a colación señalando, a propósito de las palabras de una joven entrevistada, la fatalidad de la democracia representativa y su ineluctable tendencia hacia la institucionalización⁶⁰. O, en palabras de Echeñique (1990), "la política se normaliza, ya no es lugar de las pasiones y de las utopías. La política pasa a ser de los políticos y esto afecta la participación juvenil"⁶¹. Para Micco (1993) "... los jóvenes (...) no se sienten incorporados a esta democracia que se institucionaliza como representativa, a la política que se profesionaliza, (...) dejando al poder cada vez más desnudo" (Prieto, 1985: 46).

Entonces, frente a la pregunta de *por qué los jóvenes no se inscriben en los Registros Electorales*, las explicaciones que dan los jóvenes se corresponden, en primer

lugar, con aquello de que un voto no hace diferencia y la política no tiene encanto:

Cuadro N° 8

Razones de la no inscripción electoral de los jóvenes

Alternativas de respuesta	Porcentaje
Sienten que su voto no cambiará nada	31,4%
La política es un lata y no les interesa	24,5%
No les gustan los dirigentes políticos que hay	11,2%
Sienten que no se benefician en nada	10,6%
No hay políticos jóvenes	8,5%

Como es posible observar, la opción que caracteriza al voto como una herramienta de poca efectividad para el cambio constituye el factor clave de la tendencia que hemos caracterizado. Ello no sólo se refleja en el frío dato estadístico, sino que queda expresado de múltiples maneras en el discurso juvenil:

"un voto más, qué hace un voto más o un voto menos... nada, si son millones de votos..."

"uno piensa que no va a cambiar nada."

"... te dicen que no sacas nada con inscribirte, "yo estoy inscrito hace cincuenta años y crees que sirve de algo".

En síntesis, un factor clave del desvinculamiento de la población juvenil con el sistema político lo constituye la escasa confianza que genera el sistema electoral, pues se lo considera un mecanismo de baja efectividad para influir en las decisiones políticas de nuestra sociedad⁶².

Sin embargo, en la declinante participación político electoral la variable anterior no es el factor determinante y definitorio. Como señalamos, estrechamente asociado a lo anterior se encuentra la idea que las decisiones

59 Un 33.2% de la muestra consideró que las elecciones eran un mecanismo para elegir autoridades. Siendo esta la alternativa más optada, vale la pena especificar las opciones que la siguieron: 23.2% consideró que se trata de una forma de expresar las opiniones y un 20.4% que es la única forma de participación ciudadana que conoce. 60 Catalina lo expresa de esta manera: "de repente me gustaría que no existieran los políticos, que las cosas salieran de todos, pero eso es difícil porque cómo vas a lograr que todo el mundo hable, igual tienen que haber algunos representantes y tienen que ser los políticos". En síntesis, se trata de una desilusión frente a la rutina de la democracia común entre los jóvenes estudiantes.

61 Comparando con la experiencia internacional, la autora cita "no parece razonable atribuir la pérdida de interés de los jóvenes por la política a un cambio en el modo de ser de los propios jóvenes, sino más bien a un cambio en el mundo de la política", citando a Prieto, L. (1985). Página 46.

62 Al respecto nos parece importante recordar los planteamientos que formulamos en páginas anteriores frente al tema de la estabilidad del sistema como un inhibidor de la participación, por tanto lo que haría fluctuar positivamente los grados de participación serían las expectativas de cambio real y la confianza en los sistemas diseñados para influir efectivamente.

políticas responden exclusivamente a la lógica de sus actores y, en este sentido, se refuerza la creencia de que el dominio político es muy poco sensible a las comunicaciones de la ciudadanía. *Es decir, se trata también de un cuestionamiento de los "operadores" del sistema.*

La pérdida de sentido emerge de una evaluación crítica y negativa del sistema político. Son sus actores los que no han logrado materializar la promesa democrática. El desencanto que ello provoca regula lo que al inicio de este documento hemos denominado el proceso de *incomunicabilidad entre el mundo político y la población juvenil.*

El desencanto y la incomunicabilidad: El papel del sistema político y sus actores

El telón de fondo del proceso que venimos describiendo lo constituye aquello que en los códigos juveniles se debe entender como la *función de la democracia*, es decir, abrir oportunidades y posibilidades para llevar adelante cambios en distintos ámbitos y esferas de la sociedad que se orienten en la perspectiva de mejorar las condiciones de vida de la población y en el mejoramiento de las oportunidades de los proyectos personales. Es en este sentido que la democracia ha articulado y alimentado, hasta ahora, un amplio conjunto de expectativas.

Hemos señalado también que a partir de las expectativas estructuradas, de su cumplimiento o incumplimiento, la ciudadanía joven evalúa, no sólo el comportamiento de la democracia como sistema de organización social para alcanzar los anhelos que se le endosan, sino fundamentalmente el de los actores políticos encargados de dirigir y operar el sistema y, por lo tanto, de materializar las esperanzas abrigadas y depositadas.

Del mismo modo, hemos puntualizado una serie de exigencias que se enlazan con profundos componentes culturales. Bajo la noción de paradigma del orden social y las exigencias de conducción visualizamos un modelo de comportamiento y accionar político esperado: en términos generales se puede resumir como la necesidad de que éste se articule en torno a un proyecto país, donde el acuerdo y la unidad social se perfilan como requisitos para asegurar el desarrollo de la sociedad y el mejoramiento de las condiciones de vida de su población (Micco, 1993: 55).

Desde nuestra perspectiva, las definiciones expuestas conforman la plataforma desde donde los universos

políticos de los jóvenes estructuran sus evaluaciones. Manejamos la hipótesis de que la tendencia a la generalización del comportamiento político juvenil constituye la respuesta más coherente que se puede diseñar a partir de las evaluaciones que formulan desde las características que presentan sus universos políticos.

Nos atrevemos a formular también que ello en el largo plazo viene cristalizando un remodelamiento de la cultura política de la población, en la cual se plasma una nueva forma de relacionamiento con el ámbito del poder, impactada por aquello de la "revolución social" y caracterizada por la emergencia del "ciudadano liberal". El proceso se caracteriza por una dinámica de retroalimentación positiva donde las repuestas de una cultura política en transformación expresadas en el comportamiento ciudadano se ven reforzadas por las respuestas y señales que el mundo político ofrece a la ciudadanía, dado que se ajustan al patrón de expectativas sobre las que esta cultura política se viene configurando.

Momentáneamente, esto que proyectamos como una transformación de la cultura política lo hemos caracterizado como un proceso de incomunicabilidad. Desde nuestra perspectiva, los quiebres de la comunicación se expresan en dos entramados de percepciones y expectativas:

- la política y los políticos han dejado de estar al servicio de la comunidad
- el convencimiento de que las decisiones políticas responden exclusivamente a la lógica de sus actores y, en este sentido, se reforzaría la creencia de que el dominio político es muy poco sensible a las comunicaciones de la ciudadanía.

En torno al primer punto, identificamos una importante incidencia de todo aquel conjunto de percepciones que describen la actividad política como un medio a través del cual se accede a privilegios sociales y económicos. Dado que este es el papel central que juega la actividad política para quienes la practican, estos últimos dejan de estar al servicio de quienes los han elegido:

"esa gente está gozando de un buen puesto y un buen sueldo... y no ven a la gente que está más abajo, que gracias a ellos son elegidos".

"...ellos todavía como que no entienden que son servidores públicos, ellos se comprometen a servir a cierto grupo de personas, pero no lo están sirviendo, sino que están sirviéndose a sí mismos".

"... los políticos tratan de hacer el bien común para su propio bien..."

Es quizás esta última proposición la que resume drásticamente lo que venimos señalando⁶³. En efecto, el que los políticos estén orientados en función de sus propios intereses constituye un factor crítico que incide de manera notable en la percepción de desprestigio de los actores y la actividad política. ¿Cuáles son esos intereses que la ciudadanía atribuye como prioritarios en la agenda política? No podemos responder de manera certera la pregunta, pero probablemente se refiere al tema del privilegio social y el beneficio económico. Sin duda el tema del poder también constituye un referente para sostener estas opiniones negativas, como lo expresa el siguiente dato: los partidos políticos sólo se interesan en ganar votos y no en las personas, lo que es una creencia compartida por el 55.5% de los jóvenes al año 91 (Cortés, 1993: 60).

Sin embargo, más allá de las respuestas específicas que se puedan dar al respecto, lo que debe preocupar es el peso porcentual y la expresión que puede tomar esta creencia. En la percepción de los jóvenes, de acuerdo a los resultados de la encuesta aplicada, un 66% considera que el bien común es un valor que nuestras autoridades desconocen (Cortés, 1993: 60). Desagregado por comunas se expresa del siguiente modo:

A partir del razonamiento juvenil que expresan los datos anteriores no debe extrañar que la valoración de la política como aporte al funcionamiento y desarrollo

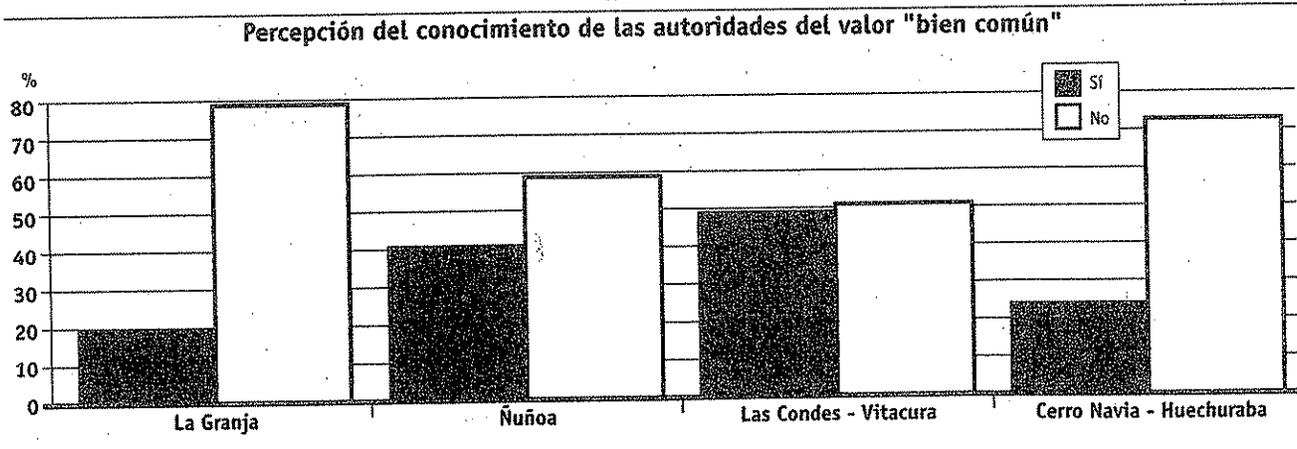
del país muestre una progresiva tendencia a la disminución. Sin embargo, esta valoración aún encuentra resistencias provenientes, básicamente, de una matriz conceptual que entiende que la actividad política es necesaria en la organización de una sociedad, cuestión que es coherente con el perfil de "ciudadano liberal" que hemos formulado a propósito de los universos políticos de los jóvenes.

Entonces nos es posible observar una paradoja cuyos planos contrapuestos dicen relación con una valoración conceptual de la actividad política y la presencia de estereotipos acerca de los partidos políticos y los "políticos". El cuadro que sigue, compara la valoración que los jóvenes expresan respecto del aporte que realizan los políticos en el funcionamiento y desarrollo del país en relación con otras instituciones y actores sociales.

Si bien la evaluación es negativa y se comparte un rango similar con los artistas, los propios jóvenes⁶⁴, los militares y los sacerdotes, es importante hacer notar que lo esperado es mucho, pues, entendemos, hay cierto grado de valoración de la actividad política en el funcionamiento y desarrollo de la sociedad -cuestión que no pueden decir ni de los militares, ni de los sacerdotes.

La ambivalencia de los datos anteriores se ve respaldada con los datos que siguen. Frente a la pregunta del aporte que los políticos realizan al desarrollo del país, los resultados muestran prácticamente un equilibrio entre las valoraciones positivas y negativas:

Gráfico Nº 8



63 Por lo demás, este complejo de percepciones, y a estas alturas creencias, está bastante bien documentado en una serie de estudios. Podemos citar, por ejemplo, "Mientras en 1989 los jóvenes estaban de acuerdo con la proposición los políticos no se preocupan de lo que piensa la gente común, sólo en un 54.8% y distanciados siete puntos porcentuales por debajo de los adultos, en marzo del 92 se sitúan por encima de estos en un 1.3% totalizando un 72.5% que está de acuerdo con la mencionada afirmación". Cortés, F. (1993), Página 60-61.

64 Este dato nos parece sumamente importante en función de las reflexiones que desarrollaremos al finalizar el texto.

• Los políticos colaboran con el desarrollo del país en la actualidad (grado de importancia de la colaboración)

Cuadro N° 9

Importancia de la colaboración de los políticos con el desarrollo del país

Muy importante	21.0 %
Importante	27.1 %
Poco importante	25.8 %
Nada importante	26.1 %

Al mismo tiempo, frente a la pregunta si los partidos políticos pueden faltar para el funcionamiento y desarrollo del país, y su pregunta control, si se considera que es imprescindible para ello, los resultados muestran una valoración de orientación negativa:

Cuadro N° 10

Importancia para el funcionamiento y desarrollo del país de los partidos políticos

Son imprescindibles		Pueden faltar	
Sí	No	Sí	No
16.5%	83.5%	56.4%	43.6%

Para despejar las aparentes contradicciones que los datos anteriores nos presentan, parece importante sugerir la distinción entre actividad política, partidos políticos y "políticos". Las percepciones y evaluaciones negativas que se manejan en relación con el "político" –las cuales aún pueden mostrar grados de ambivalencia– poco a poco se han trasladado a los partidos políticos y a la actividad política en general.

Desde nuestra perspectiva, sin embargo, la idea de que la actividad política siga siendo considerada una actividad necesaria, no por ello importante, para el funcionamiento y desarrollo del país (no así a sus actores, que es donde se concentra la evaluación negativa) constituye un elemento central que debe ser subrayado en nuestro análisis. La política empezaría a ser entendida como un mal necesario, lo que en el marco de lo que se ha denominado el "ciudadano liberal" significa una actividad que debe aceptarse con desconfianza y resignación.

Aquí surge, en la perspectiva de Ovejero (1997), uno de los riesgos propios de las actuales democracias, pues si la "... política es un costo, debe ser retribuida. Frente al ciudadano consumidor está el político- oferente, el profesional de la política, y los dos constituyen el mercado político: el votante expresa sus demandas y el político compite por satisfacerlas" (Cortés, 1993: 97). En el siguiente cuadro se observan los datos que permiten sostener lo que hemos expresado:

Cuadro N° 11

Importancia de la actividad política en el desarrollo de los países

Molesta, pero necesaria	42.2%
De vital importancia para el desarrollo de un país	29.0%
Actividad que compete sólo a los políticos	10.6%
No sirve para nada	9.1%
Es un servicio público	9.1%

Como podrá entenderse, la continuidad que existe entre actividad política como dominio social, partidos políticos como organizaciones que participan en el sistema político y "políticos" como actores, supone un alto grado de contaminación. Nuestro planteamiento trasluce el flujo de este proceso: la evaluación negativa que sobre el papel de los dirigentes políticos existe, poco a poco se traslada a la actividad política.

Por cierto, se trata de procesos complejos en torno a los cuales aventurar una explicación siempre puede constituir un riesgo. Sin embargo, un complejo de percepciones y evaluaciones negativas en torno al dominio político no explica del todo la desvinculación que se observa, por el contrario, pueden ser entendidas como elementos, si se quiere síntomas, de un quiebre sociológicamente más relevante. Desde otro ángulo, el distanciamiento que se empieza a observar entre el dominio político y la población joven lo hemos expresado como incomunicabilidad para tematizar otra dimensión del problema.

Esta dimensión tiene relación con la sensación creciente en la población juvenil de que el mundo político se clausura en su propia lógica, su propio lenguaje y sus propios intereses. A partir de ahí, la idea de que las decisiones políticas responden exclusivamente a la lógica de sus actores implica el convencimiento de que los

dirigentes políticos son poco sensibles a las comunicaciones de la ciudadanía. Dicho de otra manera, se trata de una racionalidad política, expresada en sus acciones y comunicaciones, cada vez más autorreferente.

Se trata de la tendencia que otros autores denominan como la "profesionalización de la actividad política", entendida también como un factor del fenómeno que se analiza, cuyas expresiones más importantes dicen relación con la elitización de la toma de decisiones, la oligarquización de los partidos políticos (Micco, 1993: 51-55 y 54) o la complicación, de su lenguaje "por medio de la tecnificación, la científicidad y la ideologización, alejándolo del lenguaje de la gente y su sentido común" (Cuevas, 1993: 72). En nuestro caso, preferimos entenderlo como un proceso social de autoprobabilización sistémica (Luhmann, 1991: 435 y ss; 1993: 49-58; 1997: 13-48).

En cualquier caso, esta experiencia en las formulaciones de los ciudadanos jóvenes se formula a través de expresiones tales como: "no entender la política", que los "políticos son los únicos que tienen participación", que los "políticos se enfrascan en peleas que nadie entiende", en que todos los "políticos son lo mismo". Y en la experiencia internacional constituye también un factor que explica el distanciamiento juvenil, "los jóvenes perciben la política como una cosa exclusiva de los partidos y estos no los motivan especialmente" (Echeñique, 1990: 46). Desde nuestro punto de vista, dos son los sentidos que se pueden relacionar con la idea de intransparencia del dominio político.

• En un primer sentido, la intransparencia del dominio político provoca una opacidad que impide establecer diferencias sustanciales entre las alternativas existentes. Por ello es que sobre la certeza de que el sistema democrático puede seguir funcionando, poco importa quién conduzca el país, ya que "todo va a seguir igual" un 53% está de acuerdo o muy de acuerdo con que no tiene mayor importancia y diferencia quién conduzca el país. El sistema político y sus actores constituyen, en este sentido, un dominio opaco en el cual es muy difícil trazar diferencias: "son todos iguales" (Valenzuela, 1992: 17).

"...yo creo que los diputados y senadores de ahora no van a traer ninguna diferencia por los que van a ser elegidos, porque se supone que tienen que cumplir el mismo papel..."

• En un segundo sentido, la idea de que el mundo político está clausurado en su propia lógica, la cual sólo es sensible a los planteamientos que en ese mundo se formulan. Esto implica la idea de que la participación efectiva de la población es sólo una ilusión, pues los únicos con el privilegio de participar e influir en las decisiones que afectan a la sociedad son los miembros de la propia clase política:

"en el país los que tienen más participación son los políticos que están encargados del gobierno, toda esa gente arregla el país como ellos quieren".

"no se está utilizando en un 100% porque de por sí el Presidente se basa en los que tienen más poder".

"él se deja llevar por los que están más arriba, por los adultos, todos piensan que los jóvenes no sabemos pensar, jamás se van a acerca a ti a preguntarte qué es lo que te gustaría que fuera el país".

Ambas caracterizaciones expresan el distanciamiento que la población experimenta de la lógica y accionar político. Este es el vértice de la incomunicabilidad entre la civilidad y la dirigencia política. La población ha empezado a manejar la idea de que el sistema político "se manda solo" y las posibilidades de influencia y regulación por parte de la población son mínimas.

A partir de ahí, el cuadro de evaluaciones que ya hemos comentado del mundo político no puede ser sino altamente negativo. El cuadro que sigue expresa y resume las valoraciones que los jóvenes tienen de la política:

Cuadro N° 12

Valoraciones que los jóvenes tienen de la política

Alternativas de respuesta	% de respuestas muy de acuerdo + de acuerdo
Es pura pelea	68,1%
Es fome	75,5%
Es corrupta	84,2%
No se preocupa de los problemas de los jóvenes	76,5%
No se entiende	75,1%
No me da espacios	76,0%

Este conjunto de percepciones y/o evaluaciones⁶⁵, que deben ser entendidas como parte de la dinámica de incomunicabilidad, cuya lectura sociológica nos remite al encuentro de dos racionalidades distintas, tiene como consecuencia central el potenciamiento de una dinámica de distanciamiento o desvinculación que se expresa en la baja inscripción de los jóvenes en los registros electorales y que se interpreta como baja participación política. Desde nuestra perspectiva, frente a una disyuntiva entre lo malo y lo menos malo, la respuesta es la retirada. Sin embargo, esta retirada, hasta donde entendemos, no está exenta de rabia porque lo que se juega es la propia diferencia/identidad en una sociedad que valora y desecha con demasiada prisa.

Los jóvenes se retiran de la escena:

La participación política y el aporte juvenil no son valorados, tampoco cambiará mucho

La experiencia de vivir una democracia que no alcanza a cumplir con sus promesas básicas y con las expectativas que se han articulado en torno y gracias a ella, debido a la inoperancia de un sistema político autorreferente parece ser la conclusión final de los jóvenes de los noventa. Tal diagnóstico alimenta su desvinculación y distancia de la institucionalidad político democrática de nuestra sociedad. Sin embargo, ésta no puede ser nuestra conclusión final, pues en el margen de esta formulación observamos la cristalización de otra estructura de expectativas cuyos efectos constituyen, a juicio nuestro, un desafío más importante para la sociedad en su conjunto. Sobre la base de la dinámica de incomunicabilidad que hemos venido caracterizando, una de las lecturas juveniles es que *su aporte al funcionamiento y direccionalidad del sistema es marginal, tampoco es valorado por el sistema político y, podríamos atrevernos a decir, por la sociedad en su conjunto, incluyéndose a ellos mismos en esa descripción*⁶⁶.

Esta fórmula contiene un complejo entramado de autopercepciones inhibitoras –nosotros no importamos– atribuciones y percepciones sobre el sistema y las generaciones adultas –ellos consideran que no servimos–. Lo anterior termina reforzando una estructura de expectativas

nociva –a modo de círculo vicioso–, que finalmente se expresa como una marginación del operar del sistema por parte de los jóvenes. Por cierto, como hemos indicado, un papel clave y basal juegan en este punto las nociones descritas en la sección anterior: esto de la *distancia y abstracción* del sistema político y sus actores, las cuales son interpretadas desde el ángulo juvenil como la apatía, la anomia y/o el desinterés de lo político respecto de sus capacidades y aportes al desarrollo de nuestra sociedad.

En efecto, parte importante de la cristalización de esta estructura de expectativas se sustenta en las atribuciones que los jóvenes elaboran respecto de la valoración que el sistema político hace de sus aportes y planteamientos: si se trata de un dominio autorreferente, difícilmente estará permeable a las propuestas e indicaciones que se le formulen.

Este problema ya lo intuía Cuevas (1993) como un factor de inhibición de la participación de los jóvenes en el sistema político. En la perspectiva del autor se trata de dos problemas básicos, prejuicio y desconfianza, en tanto "los prejuicios y los estereotipos negativos que se tienen del mundo juvenil en general, y del marginal en particular, crean las bases para una relación de negación y la marginación de los jóvenes en las distintas instancias" (Luhmann, 1991: 142-143).

Este juego parte de la premisa de que el mundo político atribuye a los jóvenes un "no estar ni ahí", lo cual en la perspectiva juvenil, por cierto, no es tan correcto, pero que en la práctica significa reforzar la idea de que el mundo político no espera nada importante de los jóvenes:

"no sé si seguirá así por mucho tiempo si siguen tratando a la juventud como ellos creen que no participa en nada y que no están ni ahí".

El círculo vicioso es evidente, a partir de la idea de que al otro no le interesan los planteamientos de su interlocutor, éste, finalmente actúa en consecuencia. De este modo, surge un flujo inhibitor que imposibilita que los planteamientos juveniles sean considerados, desde la propia valoración, como importantes y vitales para quienes tienen la responsabilidad de tomar las decisiones:

65 Estas percepciones y evaluaciones no son, por lo demás, nada nuevo. En Valenzuela (1992), un joven entrevistado dice que le "... gustan los partidos políticos, pero cuando se meten mucho y arman cagüines, eso a mí no me gusta, es que hay partidos políticos que son muy políticos". Página 17.

66 Probablemente, en ello jueguen un papel importante las tasas de desocupación que muestra este sector de la sociedad: 10% según encuesta CASEN 1996, por mencionar algún dato "objetivo" al respecto.

"si yo te digo lo que pienso no voy a cambiar el país, si yo digo lo que pienso tú crees que el Presidente va a venir y me va a decir está muy buena tu respuesta..".

"si el Presidente llega y empieza a comunicarse más con los jóvenes, pienso que tendrá otro pensar, pero jamás llegaríamos a plantar nuestras ideas al Presidente... sería imposible pedirle algo al Presidente".

Esto termina adquiriendo la dramática expresión de que los propios jóvenes consideren que no colaboran con el desarrollo del país (57% de respuestas en este sentido), o que las propias opiniones sólo tendrán valor cuando sean un "profesional-adulto" (65% de las respuestas en este sentido), o que un tercio de los jóvenes considere que el país los ha dejado de lado. Todo ello queda, finalmente, sintetizado en la dramática opinión de que las propias opiniones no sirven.

"...los jóvenes consideran que su opinión no sirve, no la van a tomar en cuenta".

Por lo tanto, la retirada de la escena es también el autoexilio, es la automarginación, aquella que surge del desencanto, del agotamiento, de la desesperanza aprendida. Aquella que es producto de todo proceso de incomunicabilidad.

Es en este extremo donde se expresa el problema más agudo y profundo: el de la consolidación de un círculo vicioso cuyos efectos no nos es posible adelantar del todo, pero del cual ya hemos identificado algunos de sus elementos más críticos. Lo que sí podemos adelantar es que de no revertirse el proceso, éste tenderá a incrementar su dinámica sobre la base del juego recursivo de los componentes comprometidos en él, cuya característica principal es la radicalización de la lógica autorreferente.

OBSERVACIONES JUVENILES SOBRE UNA SOCIEDAD QUE LOS OBSERVA

P: *¿Qué clase de orden tendríamos que conservar para no volvernos locos cuando nos metemos en un lío? Me*

parece que las "reglas" de los juegos son sólo otro nombre para este tipo de orden.

H: *Sí, y el trampear es lo que nos mete en los líos.*

P: *En cierto sentido, sí. Es verdad. Salvo que toda la razón de nuestro juego es que entremos en un lío y logremos salir del otro lado, y si no hubiera líos nuestro "juego" sería como la canasta o el ajedrez... y no es así como queremos que sea.*

H: *¿Pero no eres tú el que hace las reglas, papá? ¿Te parece justo?*

P: *Eso que acabas de decir, hija mía, es juego sucio. Y probablemente desleal. Pero lo tomaré como suena. Sí, soy yo quien hace las reglas... después de todo, no quiero que nos volvamos locos.*

H: *Está bien. Pero, papá, ¿también cambias las reglas? Digo, a veces.*

P: *Humm. Otra jugada sucia. Sí, hija mía, las cambio constantemente. No todas, pero sí algunas de ellas.*

H: *¿Me gustaría que me avisases cuando vas a cambiarlas!*

Bateson, G. (1991) *Metálogo: Sobre el juego y el ser serios.*

Los puntos de apoyo de la mirada juvenil

En coherencia con nuestro planteamiento metodológico, nuestra primera tarea consiste en reconstruir las claves que los jóvenes definen como básicas para indicar y manipular los límites que los diferencian de sus entornos. Constituye un recurso metodológico orientado a establecer los códigos basales sobre los cuales se articula la comunicación juvenil. Desde allí es posible distinguir también algunas de las señas que pueden permitir delinear el dominio cultural de los jóvenes.

Como hemos indicado, nuestro punto de partida se sostiene en una problematización de las construcciones ex ante por parte de observadores externos de la identidad juvenil. Nuestra problematización tiene un sustento teórico: la construcción de cualquier tipo de identidad se sustenta desde cierta diferencia⁶⁷.

Lo interesante de este proceso, formulado de una manera abstracta, consiste en que los límites y contenidos

67 Al principio no se encuentra la identidad, sino la diferencia. Todas las posiciones constituyen referencias de sentido que otorgan contenidos específicos para la construcción de la identidad. Por ello, nuestra estrategia persigue identificar, en primer lugar, las distinciones —en el orden del lenguaje— con las cuales se manejan las diferencias y se prefiguran eventuales identidades. Vid. Luhmann, N. (1998). Página. 90. Es parte de la propia investigación la identificación de los puntos de apoyo con los cuales los jóvenes manejan la diferencia entre identidad y diferencia: "en el nivel de la reflexión, el sistema determina su propia identidad mediante la diferencia respecto de todo lo demás". Ibid. Página 178.

de la identidad siempre están inconclusos. Se trata de productos en permanente construcción, los cuales se ven incrementados en su complejidad por la coexistencia de múltiples posiciones desde las cuales se formulan. Particularmente, desde la misma heterogeneidad que presentan los jóvenes –diversidad de género, diversidad sociocultural y económica, diversidad religiosa– como desde sus límites, es decir, el mundo adulto o cuando éstos eran jóvenes (otras generaciones).

Por cierto, uno de los referentes básicos desde los cuales se estructuran las diferencias lo constituye lo adulto. Hemos seguido una estrategia similar a la utilizada en un estudio anterior (MIDEPLAN, INJ, Departamento de Planificación y Estudios, 1996), donde identificábamos como códigos claves en la tematización adulta las nociones de responsabilización y experiencia como los delimitadores de la diferencia entre adulto y joven. "Los límites de la adultez, es decir lo que se gana/pierde cuando se deja de ser joven, tienen que ver con la adhesión a las rutinas sociales y a lo establecido, su conexión se establece a través del concepto de responsabilidad: la adultez es percibida como la introducción a una corriente incremental, sin retorno, de responsabilización" (MIDEPLAN, INJ, Departamento de Planificación y Estudios, 1996: 25).

Al mismo tiempo, se distinguía que "la malla reticular desde la cual se observa el mundo juvenil, por parte de los adultos, surge en la emergencia de un potente procesador cognitivo: el código experiencia/inexperiencia. (...) Su eficacia se impone como argumento de valor práctico a la gama más amplia de comunicaciones y acciones adultas dirigidas y orientadas hacia los jóvenes: *"hay que echarles una ayudadita, a veces ellos han estudiado, han visto, pero la experiencia la tenemos nosotros..."* (MIDEPLAN, INJ, Departamento de Planificación y Estudios, 1996: 29).

En dicho estudio explicitábamos a modo de hipótesis general que ello se podía comprender en el marco de lo que se caracterizó como el "paradigma adulto". Este debe comprenderse como un producto de la lógica de la modernidad que dispone al sistema familiar como un proyecto trans-generacional orientado al "progreso", entendido como superación de las actuales condiciones sociales, culturales y económicas de vida.

Paradójicamente, son estas mismas nuevas condiciones, las producidas por la complejidad social, las que socavan las premisas que lo sostienen. Efectivamente, se indicó que ambos códigos estaban sufriendo importantes resquebrajamientos que debilitaban las bases de autoridad para dar direccionalidad a los proyectos de las nuevas generaciones (MIDEPLAN, INJ, Departamento de Planificación y Estudios, 1996: 73-80).

De ahí que no extrañe que en la conversación juvenil sea posible identificar una tematización que proviene de dicha vertiente discursiva. La noción de responsabilidad, como parte del paradigma adulto⁶⁸, provee de nociones para especificar la diferencia adulto-joven:

"... ser joven está relacionado con estudiar y no tener responsabilidades..."

"... tenemos menos responsabilidades, no tenemos ingresos, somos menos independientes ..."

Sus bases no sólo son débiles debido a las transformaciones que acompañan los procesos de complejización de nuestra sociedad que pueden ser caracterizados en el marco del debate modernidad/posmodernidad. Por otra parte, constituyen fronteras difusas que progresivamente se van estrechando y agotando en sí mismas. Cada decisión implica un paso orientado a asumir mayores responsabilidades. Se trata de *"un proceso en ascenso"* donde las posibilidades de administración son escasas, por lo que el límite se vuelve problemático. Con cada nueva decisión cada joven se convierte un poco más en adulto. En este escalonamiento progresivo, establecer el punto exacto entre dejar de ser joven y volverse adulto constituye un ejercicio impracticable porque siempre va a ser o muy temprano o muy tarde.

A lo anterior debemos agregar que se trata de una versión tensa que define una cierta identidad a partir de la negación. En efecto, en ella emerge toda la negación que para la sociedad supone la condición de joven. Se es joven, porque no se tienen responsabilidades y porque se es inexperto, dependiente, en tránsito, de modo tal que todas las afirmaciones –por ejemplo, yo estudio– quedan subordinadas en un discurso que se estructura a

68 El paradigma adulto no sólo permite observar y delimitar el mundo del joven, sino también permite estructurar un conjunto de expectativas y ofertas de futuro coherentes con los proyectos familiares de carácter transgeneracional. La aceptación del proyecto propuesto, es decir, el cumplimiento de las expectativas por parte de los jóvenes implica ser parte del buen camino: el estudio es uno de ellos.

partir de negaciones. Por cierto, en estas distinciones no identificamos a los jóvenes, sólo identificamos lo que no es un joven⁶⁹.

Tener pocas responsabilidades es un referente de sentido que se entronca de manera casi natural con las definiciones tradicionales para comprender lo juvenil provenientes de las ciencias sociales –socialización y moratoria– como desde las premisas del paradigma adulto. Sin embargo, desde nuestra perspectiva y dado su carácter radicalmente suspensivo, no permite identificar los conectores que actualizan la mirada y la conversión de los jóvenes en el presente.

De acuerdo a los resultados de nuestro trabajo, la diferencia entre ambos dominios sociales se sostiene en una estructura cognitiva, que por su obviedad, tiene un carácter más profundo y latente. En la perspectiva de las observaciones juveniles lo que marca la *actual* distancia entre el mundo adulto y el mundo juvenil se sostiene en las coordenadas del cuestionamiento –la pregunta por el sentido– y la renovación –la manipulación del sentido–. Ambos se disponen como los códigos básicos que marcan una cierta diferencia y permiten desarrollar una particular observación del entorno y articular discursos con un sello propiamente juvenil:

"eso determina la diferencia entre la juventud y la adultez, en el fondo en el momento que yo decida funcionar sin mayores preguntas, sin mayores rebeldías, sin mayores cuestionamientos y negaciones, en ese momento yo voy a ser un adulto."

"...ser joven es renovación. Yo pretendo cambiar las cosas pero siempre usando conductos regulares, no me interesa revolucionar nada."

En ellas están contenidas nociones propias del sentido común: "es un período de búsqueda, de ojos abiertos", de hacerse preguntas. Como lo indica el estudio ya citado –"Jóvenes de los 90"–, lo que caracteriza a la generación de los noventa es la *búsqueda* "del" *sentido siempre insatisfecha*⁷⁰. Sin embargo, en ellas no identificamos los ele-

mentos centrales de una directriz ontológica para especificar lo juvenil. Por el momento y en un primer nivel, lo que nos interesa subrayar es que ambas nociones constituyen en el presente los códigos basales para reconocer la posición de los otros dentro de la distinción. Específicamente, en el otro lado de la frontera quedan los adultos –o la sociedad–, los que, por cierto, "pueden hacerse otro tipo de preguntas"⁷¹. Dicho de otro modo, la comunicación propiamente juvenil debe traer las marcas del cuestionamiento –la crítica, incluso, la impugnación– y una orientación a la transformación, la alteración y la innovación, pues de lo contrario nos enfrentamos al mundo aceptando sus indicaciones.

Es notorio que en los tests de diferencial semántico aplicados, los atributos que muestran importantes distancias entre el mundo adulto y el mundo juvenil, están asociados con los pares conservador/liberal, dinámico/estático, tolerante/discriminador, lo que en una perspectiva de contexto nos habla de un esfuerzo por configurar un modo de estar en el mundo que se distancia a la propuestas o modelos pre-existentes.

Por ello es que en un segundo nivel cuestionamiento y renovación nos posibilitan distinguir la versión más nítida y contundente de un conjunto de contenidos comunicativos que se condensan en una pregunta siempre presente como signo característico de las generaciones jóvenes. Dicha pregunta se vincula a cierta imposibilidad de especificar una identidad generacional:

"... que somos de generación de los noventa, que no tenemos como una identidad definida, no tanto como en décadas pasadas (...) ahora nos falta algo que nos identifique..."

"... ahora ni siquiera hay algo que identifique por lo menos a un grupo amplio, es que así son los jóvenes de los noventa (...) hay que buscar como mucho..."

De este modo, ambas coordenadas no sólo permiten delimitar la frontera con el otro generacional, sino también

69 Es posible que también se pueda utilizar la noción de identidad negativa, propuesta por E. Erikson y utilizada por A. Hays, (1997), es decir, aquella que se construye a partir de la internalización de la subordinación. En relación con el estudio citado: "la identidad *under* es una identidad negativa, es decir, que ha internalizado la discriminación y el prejuicio del que ha sido objeto". A. Hays, "La sociedad no vale nada", *Representaciones sociales de la participación e identidad en jóvenes*. Tesis para optar al grado de Magister en Psicología. Pontificia Universidad Católica de Chile, 1997. Página 19.

70 "... la búsqueda constituye el signo de unas identidades abiertas, es que la incertidumbre, la pregunta por las preguntas, se hace carne en la práctica juvenil". *Ibid.*, Página 16-17.

71 La Segunda Encuesta Nacional de Juventud del Instituto Nacional de la Juventud confirma que el 87.8% de los jóvenes considera que piensan distinto a los adultos. Fuente: Instituto Nacional de la Juventud- Adimark, 1997.

con las otras generaciones, las de ayer, permitiendo delinear difusamente algo que puede ser nombrado como identidad. Esta forma de indicar una posición momentánea, que al segundo debe ser cambiada por otra para dar cuenta de la incesante búsqueda, aparece a los ojos de un observador externo como un espejismo. En el momento que parece configurarse una identidad ésta se desvanece porque no puede ser nombrada. En el momento que parece articular las conversaciones impresiona dispersando a los congregados. No sólo impide que el habla de los jóvenes sea incapaz de nombrarse como generación, sino que al parecer provoca el agotamiento del concepto (Sociología de la Universidad de Chile, 1994).

Esto, paradójicamente, no puede ser de otra manera, si no, cómo hacer coherentes el cuestionamiento y la renovación como un modo de estar en el mundo. El cuestionamiento, como tono crítico, es una orientación de sentido que perfila la conversación y el habla de los jóvenes. Es el conector privilegiado entre lo dicho y lo que se puede seguir diciendo. Orienta a reintroducir la pregunta, la crítica, la duda, en la presente afirmación. La propuesta actual se enfrenta necesariamente a la objeción como eslabón que facilita la reproducción del discurso. El sentido sólo puede ser actualizado mediante la pregunta. En síntesis, es un mecanismo de apertura a nuevas posibilidades, a nuevos rumbos y posiciones, a nuevas lecturas y nuevas propuestas comunicativas orientaciones de sentido.

La renovación, por otra parte, es una orientación de sentido que perfila la actuación y el comportamiento de los jóvenes como propuesta comunicativa. Es la materialización del cuestionamiento en transformación de estilos, posturas, las presentaciones personales, tonos de hablar, jergas, pero también puede ser en las condiciones sociales y culturales de vida. Como expresión que desborda el discurso verbal, se trata también de una manipulación del sentido en su dimensión objetiva que se orienta en la perspectiva del cambio, la innovación, el rediseño como estrategia que patentiza "la pregunta". En síntesis, es el modo en que cristalizan los rumbos, las nuevas lecturas y las nuevas orientaciones de sentido.

Nuestro interés por hacer distintiva esta delimitación se debe a que ello nos permite especificar los códigos basales sobre los cuales se sustenta la actual comunicación de los jóvenes. Especificar dichos códigos no implica comprender en su globalidad la heterogeneidad

del discurso juvenil. Sólo nos permite establecer los dispositivos que actúan como conectores en las modulaciones juveniles. Su función es actuar como filtros, y en este sentido, improbabilizan la comprensión y aceptación de las comunicaciones que no cuentan con los registros adecuados, pero al mismo tiempo abren las condiciones de receptividad básica para la reproducción de la comunicación juvenil.

En tanto códigos, basales, no especifican los contenidos particulares de cada propuesta comunicativa. Estos tendrán relación con los ambientes sociales y las coordenadas estructurales en las que se inscriban los hablantes. A partir del código del cuestionamiento se puede articular la crítica ideológica, política, la impugnación social y cultural, pero también puede aparecer la pregunta por la identidad individual y generacional. En torno al código de la renovación se puede cristalizar la innovación musical, el rediseño de estilos, pero también la transformación política y la rebeldía social y cultural.

Ambas coordenadas conforman un núcleo que define el lugar desde el cual los jóvenes se posicionan como observadores de sus entornos y de sus propias dinámicas y prácticas. En síntesis, el cuestionamiento se dispone como una orientación que *hace cuestión*, es decir, problematiza el entorno, y cuestiona, formula preguntas. Desde tales bases se proponen y practican transformaciones. Lo que resta es especificar lo que se cuestiona y cómo se cuestiona el imaginario del cambio.

En efecto, sobre la bases de estas coordenadas es posible comprender la particular visión que los jóvenes estructuran respecto de la realidad de nuestra sociedad y de la particular situación de los jóvenes en ella. Como fue indicado en la presentación de este documento, este último problema lo hemos caracterizado a través de la metáfora de los márgenes. En la perspectiva de realizar una caracterización que permita una aproximación comprensiva en torno a dicha descripción parece oportuno iniciar un recorrido que nos muestre el contexto en el que dicha metáfora y las orientaciones de sentido ya descritas adquieren toda su significación.

Retrato de un país: La imagen de un mosaico

En coherencia con nuestras opciones teórico-metodológicas, partimos de la base de que los sistemas personales, en tanto observadores de sus entornos, procesan

información y generan aquel conocimiento que les permite relacionarse cotidianamente de manera pertinente en los diversos dominios sociales y culturales de la vida social (Santibáñez, 1997). Las comunicaciones juveniles que nos refieren al Chile de los noventa están cargadas de sentido, no sólo porque provienen de distinciones socialmente compartidas —y en este sentido provocan y reproducen conversaciones cada vez más recurrentes en todos los ámbitos de nuestra sociedad—, sino porque dan cuenta de imágenes que cuestionan los relatos simbólicos más arraigados de nuestra cultura. A partir de ahí se tensionan las certezas y confianzas que estructuran los proyectos y opciones personales.

Por ello es que no sólo se trata de un resguardo teórico metodológico, sino que de un esfuerzo por transmitir lo que, a juicio nuestro, constituye el significado último de unas percepciones e imágenes que nos hablan de un país desmembrado. Tales retratos esconden un profundo conocimiento respecto de lo que se puede esperar de una sociedad que aparece en la mente de sus nuevas generaciones en dinámicas de dispersión. Lo crucial es que sobre este tipo de conocimiento se trazan proyectos, se diseñan estrategias y se disponen comportamientos de inclusión y también de exclusión social.

Hemos recurrido a la imagen de un mosaico para intentar condensar la heterogeneidad de distinciones que se actualizan al momento de describir el modo en que se proyecta la imagen país. A través de ella buscamos concentrar las observaciones juveniles más recurrentes que nos hablan de una sociedad que no es reductible a una nomenclatura capaz de sintetizar su complejidad histórica y presente. El país no cuenta con una cultura integrada que provea de referentes de sentido al conjunto de sus miembros o facilite la cristalización de una identidad nacional nítida y definitiva.

"nuestra identidad es no tener una identidad muy clara..."

"...qué es lo que es Chile, es un híbrido, un pastiche... es algo muy extraño, es un híbrido, tiene mezclas de

todo, y no es nada a fin de cuentas, nada, si tuviera que definir en una palabra el país, híbrido no más..."

Si bien el planteamiento del joven universitario nos puede traer a la memoria el concepto desarrollado por García Canclini (1990) a propósito de la cultura latinoamericana, no podemos olvidar que la noción de hibridación propuesta por el autor intenta expresar la particular forma de resolver el encuentro de lógicas diversas a partir de los procesos de modernización: "hoy concebimos a América Latina como una articulación más compleja de tradiciones y modernidades (diversas, desiguales), un continente heterogéneo formado por países donde, en cada uno, coexisten múltiples lógicas de desarrollo" (García, 1990:14-15 y 23).

Si esto se aplica a nuestra sociedad, debiéramos convenir que bajo las manifiestas diferencias sociales y económicas se observa la coexistencia de distintas opciones de vincularse a la lógica de las oportunidades que el mercado impone. En cualquier caso, en la conversación juvenil la reflexión en torno a la diversidad se alimenta de una visión crítica respecto de los relatos que nos hablan de unidad e identidad nacional. En estricto rigor, lo que caracteriza a nuestra sociedad en esta materia es una identidad nacional no resuelta⁷², es decir, que no ha sido construida y que, por lo tanto, constituye aún una promesa por alcanzar también entra en la dinámica de la búsqueda:

"...el mito chileno es la idiosincrasia creada, como tú decías del ladrón, del pesimista, del flojo, no sé qué más,... el flojo pero vivo al ojo, esos son mitos, yo creo que la gracia es buscar esa identidad..."

"yo me siento chileno cuando me pongo a criticar, esto pasa en Chile no más, la pata coja, lo típico, los hoyos en la calle, el dieciocho de septiembre. Yo no me siento muy distinto a un argentino, salvo por el acento..."

No está entre los propósitos de este trabajo desarrollar una reflexión en torno a la identidad de nuestro

72 Parece conveniente referirse a las conclusiones que me fue posible observar en una serie de trabajos realizados por alumnos del Programa de Bachillerato de la Universidad de Chile. Entre sus planteamientos cabe destacar: "así llegamos a la generación actual, donde la palabra Chile tiene un significado tan ambiguo que no desata pasiones a menos que sea dentro de una cancha de fútbol". "Chile enfrenta la ruptura de su identidad nacional y la pérdida de la opinión pública". "Todos estos cambios han llevado a modelar nuestra Identidad Nacional, pero ¿nuestra identidad?". "Nos encontramos frente a un país, dicen que se llama Chile. En él encuentras una multitud que camina por un angosto sendero, sin embargo ninguno parece reconocerse, por lo que le queda camino por recorrer para encontrar y crear su propia identidad".

país; sin embargo, parece importante indicar que esta forma de enfrentar el tema ya es parte de la discusión académica. Alfredo Jocelyn-Holt (1994), citando a Roberto Matta: "... me parece que para la mayoría de los chilenos la solución es que no son conscientes de ser chilenos (se ríe)... Todo son palabras. Chileno quiere decir que tienes un pasaporte... En Perú y otras partes de América está la verdadera cultura americana... En Chile no había mucho, ahora están descubriendo hasta la Isla de Pascua para identificarse", nos recuerda la debilidad de la identidad nacional y problematiza el actual esfuerzo por refundarla: "la idea de nación se tiende a banalizar (debido a la proliferación de la simbología nacionalista) y reificar, con el consecuente efecto de desacralizar la nación" (Jocelyn-Holt, 1994: 358-366).

El efecto que nos importa también lo observa el autor al señalar que "se hace así tremendamente difícil para un chileno común y corriente llegar a componer en su propia mente una imagen relativamente coherente de lo que es y a dónde se pretende hacer llegar a este país en el futuro ..." (Jocelyn-Holt, 1994: 363-364). Desde nuestra perspectiva, ello constituye una matriz cognitiva que cuestiona permanentemente el sentido de país, su unidad y su proyección, cuestión que ya pudimos adelantar en el capítulo anterior a propósito de la carencia de un proyecto país.

De este modo, la identidad no resuelta retroalimenta un código clave de la mirada juvenil: la noción de *fragmentación*, en la que queda inscrita la idea de diversidad. Se trata de un código de distinción con el cual se observa el propio territorio y se distinguen las fronteras interiores del país. En él no sólo identificamos el operar de un dispositivo cuya función es la observación social: *aquella que obliga a aplicar una distinción sobre la sociedad en términos fragmentados y plurireferenciales*. Probablemente, al mismo tiempo, constituya un mecanismo que genera una dinámica de diferenciación permanente y progresiva al interior del país, es decir, posibilita la reproducción del mosaico.

"no existe el chileno, existen concepciones de chilenos..."

"...se dice "los chilenos", y hay distintos tipos de gente, no todos piensan igual, existe un poco, pero hay mucha diversidad de pensamiento, entonces lo que para uno es bueno, para otros es malo, entonces hay diversi-

dad, existe la diversidad, no se pueden clasificar a todos como "los chilenos", genéricamente claro..."

Nos interesa formular a modo de hipótesis, entonces, que tras el código de la fragmentación no sólo se esconde una particular manera de observar el entorno interno de nuestra sociedad, sino también un dispositivo que presiona la cristalización de ciertas prácticas y dinámicas sociales. En síntesis, debemos entenderla en dos dimensiones complementarias:

- Por una parte, se trata de un dispositivo con el cual los jóvenes observan al país: Chile *aparece en la "retina" de sus jóvenes de manera fragmentada*, lo que muestra que las diversidades existentes y la configuración de un mosaico por lo tanto, es capaz de distinguir las fronteras internas y las distancias entre los distintos países que coexisten en el mismo territorio.

- Y, en segundo lugar, desde una perspectiva de dinámica social, *implica la dificultad de articular consensos y construir orientaciones de sentido para el conjunto del país*. Es decir, en este segundo nivel, obliga a diferenciarse, a elaborar discursos parciales, a delimitar posiciones y a tomar partido.

En su doble sentido, entonces, el código de la fragmentación actúa imposibilitando la cristalización de referencias de sentido que cohesionen al conjunto de la sociedad. Obliga, por lo tanto, a observar la heterogeneidad social, a reforzar la imagen del mosaico, provocando una dinámica de diferenciación permanente que socava la posibilidad de construir una identidad definida para el país.

Esta referencia de sentido, que conecta de manera natural las conversaciones sobre el país, probablemente se encuentra instalada de manera profunda en el sentido común del chileno. Esta obvia constatación obliga a preguntarse por los contenidos específicos que pueden permitir tener un bosquejo más claro del mosaico, es decir, interpela a revelar las junturas internas del retrato. En todo caso, más allá del esfuerzo descriptivo que supone el compromiso anterior, buscamos evaluar desde la perspectiva de los jóvenes hasta qué punto los procesos sociales que ha venido viviendo el país se orientan en la perspectiva de resolver esta deuda histórica.

Hablemos de diversidades

Como indicamos, el propósito de este subtítulo es contar con referencias específicas que permitan tener una visión panorámica del mosaico como retrato actual de nuestra sociedad y que, al mismo tiempo, caracterice el modo en que opera el código de la fragmentación. En lo que sigue, indicaremos algunas de las referencias más recurrentes surgidas tanto en los grupos focales como en los tests proyectivos utilizados en el trabajo de investigación.

La primera referencia que da cuenta de la noción de diversidad, como una particular forma del operar del código de la fragmentación, es de carácter objetivo⁷³ y se tematiza como la "variedad geográfica" de nuestro país. En efecto, las alusiones a la diversidad en nuestra geografía, los contrastes naturales y la diversidad de paisajes, constituyen referencias propias del sentido común nacional. Sobre ellas, sin duda, se soportan diferencias sociales y culturales que siguen siendo minimizadas en función de la homogeneidad cultural que se ha buscado imponer a lo largo de nuestra historia⁷⁴.

En una segunda dimensión es posible identificar todas aquellas referencias de sentido de carácter social⁷⁵, donde la diversidad se nombra como desigualdad económica y, por cierto, acceso diferenciado a las oportunidades y a los beneficios de la sociedad de mercado. No sólo constituyen dos de los contenidos comunicativos más recurrentes, sino también expresan de manera contundente la distancia existente entre las realidades que viven sociedades distintas y opuestas en un territorio común.

"... los dos Chiles. El de Las Condes, todos felices por la protección ciudadana porque eso se puede llegar a hacer, pero anda a otra comuna..."

"están las señoras cuicas que te dan plata para que los pobrecitos estén bien, pero no comprenden realmente qué pasa ahí".

Si nos detenemos en esta última indicación podemos observar que la distancia se puede volver incomunicabilidad. La incomunicabilidad surge, entre otras cosas, de la incompreensión o de la atribución de la incompreensión. La incompreensión es propia del encuentro de lógicas distintas, de la experiencia de realidades distintas. Por ello es que el impacto del código de la fragmentación y la experiencia de la diversidad en sus distintas formas termina configurando un perfil social donde el concepto de identidad es rápidamente permutado por división.

"... creo que no tenemos que sentirnos tan privilegiados, porque en ellos generamos esa ambición, o esa necesidad, que de repente no tendrían por qué tener, no tienen por qué ser como nosotros".

"un país de gente heterogénea, grandes diferencias sociales. Un país diverso y dividido: norte gente abierta y amable; sur, introvertidos; centro, desconfiados y neuróticos..."

La división viene a constituirse en una simbólica que desborda las nociones de diversidad geográfica, heterogeneidad cultural y desigualdad social. En ella, no sólo se distinguen las polaridades ricos/pobres, sino también capital/provincia, urbano/rural, institucionalidad/cotidianeidad y todas las concatenaciones que el lector pueda realizar. Sin embargo, dado cierto discurso social, probablemente el referente donde se expresa y reproduce con mayor potencia y de manera más crítica es en el ámbito político del que no podemos afirmar o negar el eventual papel de propagador que pudiera tener:

"... políticamente muy dividido, faltan acuerdos"

"... hay encontrones entre los partidos políticos"

Ahora bien, como pudimos reconocer en el capítulo anterior, esta manera de observar las dinámicas internas

73 Hacemos alusión a la dimensión objetiva del sentido: "se habla de dimensión objetiva del sentido en relación con todos los objetos con intención plena de sentido" Luhmann, N. (1998). Página 91. También, Luhmann, N. (1996). Página 181.

74 Orientación histórica que ha sido más crítica y contundente respecto de la realidad de los pueblos indígenas que comparten nuestro territorio. Al respecto Salazar y Pinto, (1999).

75 Hacemos alusión a la dimensión social del sentido: "se llega a la sociabilidad cuando se parte del supuesto de que uno es observador y los demás son observadores de lo que uno observa". Luhmann, N. (1996). Página 181. También, Luhmann, N. (1998). Página 94-96.

del dominio político no constituye ninguna novedad. Lo que se agrega en este caso es que desde cierta perspectiva esto ya no constituiría una excepción, sino que es un subconjunto que reproduce de manera coherente el conjunto. A modo de holograma, la sociedad está contenida nítidamente en el sistema que por diferenciación funcional debe estar orientada a la vinculación social a través de la toma de decisiones.

Por lo tanto, tampoco constituye novedad que la fragmentación y la distancia operen en la relación de los ciudadanos con el sistema. Sin duda, ello es propio de una sociedad que se complejiza y diferencia, de modo tal que lo característico de la ciudadanía moderna es que sancione, negativamente, la pertenencia selectiva de los individuos a la dimensión parcial y artificial de la política (Zolo, 1997: 124). A pesar de ello, la existencia de comunicaciones que alertan y cuestionan la distancia entre la ciudadanía y el dominio político pone en evidencia la emergencia de nuevas expectativas referidas al ámbito del poder.

"... a mí me ha tocado varias veces estar en el congreso con diputados, senadores (...) y tú te das cuenta, toda la decepción de todos los lujos... estuvimos en el piso 13, las fotos oficiales, te das cuenta todo lo que ellos manejan y lo distante que estamos nosotros."

"yo creo que los dos Chiles, uno en las ideas de La Moneda y los otros en la calle, no creo que haya dos Chiles en el gobierno pasado, en el antepasado ni del gobierno actual. Los dos Chiles está en La Moneda y la realidad de la gente que está en la calle..."

La temática de la diversidad tiene una relevancia y recurrencia difíciles de obviar en el discurso juvenil. Pareciera ser que hablar de diversidades tiene por función hacer radicalmente explícito lo que se insiste en mantener latente. Queremos entender que recurrir a las nociones de división y heterogeneidad son formas radicales del habla orientadas a aceptar la diferencia y la diversidad como atributos propios de nuestra construcción de sociedad.

La alternativa es sostenerlo y obligar a lo heterogéneo a desvanecerse bajo el peso de simbólicas impuestas y a la homogeneidad cultural. No nos cabe duda que ese camino tiene como efecto latente profundizar la diferencia, entendida como distancia e incomunicabilidad, dinámica propia

que habla de una sociedad donde la intolerancia, la discriminación y la censura de las voces distintas aparecen como los atributos más significativos. Una sociedad que se estructura en la diferencia con el velo de la homogeneidad requiere un enorme esfuerzo para estructurar una visión común que oriente y articule las energías de quienes participan en ella.

En este contexto pareciera ser que el diagnóstico del Chile actual es relativamente claro en los ojos de los jóvenes: no se observan posibilidades claras para la construcción de acuerdos o proyectos de largo plazo para el conjunto del país.

"... un país heterogéneo, que no logra acuerdos sobre sus problemas y necesidades..."

Lo interesante de la alocución anterior es que ella se articula en función de un sujeto cuyo atributo básico es la diversidad. Su explicitación, como lo hemos señalado, pareciera estar proponiendo la necesidad de reconocer dicha heterogeneidad como recurso necesario para avanzar en la definición de las urgencias y la construcción de proyectos compartidos. Desde nuestra perspectiva, lo gravitante de las constataciones anteriores es que en el actual contexto social, político y económico del país, tales características pueden llegar a convertirse en verdaderos obstáculos para enfrentar los desafíos del presente y del futuro. Su desconocimiento y omisión parece una falta grave, pero más grave aún es proponer una conducción que, en aras de la unidad, acalle la diversidad.

De ese modo, la conducción de la sociedad no sólo debe dar examen respondiendo a proponer la construcción de una identidad basada en la diversidad, la que por lo demás debe ser entendida como oportunidad, sino también debe hacerlo respondiendo a los desafíos que impone un contexto caracterizado por una dinámica de cambio y transformación.

En efecto, la segunda imagen que se proyecta, a propósito de las observaciones que se realizan sobre el país, está relacionada con las respuestas que la sociedad estructura en función de las transformaciones que caracterizan el fin de siglo. De este modo, hay cierto consenso en que el país ha estado comprometido en una vertiginosa dinámica de cambios. Sin embargo, y en coherencia con los planteamientos ya desarrollados, surge la duda respecto de la dirección y los productos de estos procesos de transformación. Aquí también el habla juvenil se caracteriza por el

tono irónico que busca explicitar la duda como condición de estar en el actual ambiente social.

A propósito de transformaciones y gatopardismo: O la intuición del cambio.

El contenido comunicativo más recurrente para retratar la actual situación de la sociedad chilena está relacionado con las nociones de transformación y cambio. La conversación juvenil no es ajena al proceso de transformación que vive nuestra sociedad. Éste se impone con todas sus promesas, imágenes y todas sus exigencias. El discurso en torno a esta tematización se hace heterogéneo, pero independientemente de su foco comunicativo se mantiene como elemento que permite reconocer el habla juvenil, el tono irónico que permite ver las luces y sombras de estos procesos sociales.

En todo caso, y como una manera de hacer más didáctico el tratamiento de estas tematizaciones, nos parece oportuno explicitar que la heterogeneidad del discurso juvenil en esta materia se resuelve en dos polos básicos. Aquel que se articula en torno a un eje que maneja como valores básicos el optimismo y la oportunidad –los cambios han significado y pueden significar mejorar las condiciones de vida en nuestra sociedad– y aquel que se articula en torno a un eje que maneja como valor básico la voz crítica –los cambios no han significado transformaciones de fondo y no se vislumbra que ello cambie de dirección–.

En lo que sigue intentaremos reconstruir el discurso juvenil en función de una serie de tópicos que es posible integrar en relación al fenómeno del cambio respetando las distintas versiones que surgen de los ejes discursivos indicados –mantenemos, sin embargo, los pesos relativos de las tematizaciones identificadas–.

El contexto general en el que se inscriben las dinámicas de cambio tiene relación con las transformaciones mundiales de fines de siglo. La globalización es, sin duda, un referente necesario que describe de manera explícita lo que está ocurriendo en nuestro país durante las últimas décadas.

"... va a haber una evolución, por una parte toda la economía, por una parte lo que le llaman la globalización del mundo..."

"... es la cuestión de la globalización, Chile quiere vivir, el ciudadano chileno quiere vivir a la misma altura

del ciudadano francés, al ciudadano yanqui, quiere vivir... igual que cualquier persona europea..."

El optimismo del ambiente que queda retratado en la aguda observación anterior, y que por lo demás nos recuerda viejos comportamientos oligárquicos, define y caracteriza el tipo de comunicaciones que ven en la experiencia de la transformación la promesa del desarrollo social y económico y la oportunidad de alcanzar nuevos horizontes. Y en ese marco el discurso se tiñe de imágenes optimistas que, al desarrollar una recapitulación temporal del proceso de transformación, subrayan el esfuerzo realizado y los logros alcanzados en los últimos años:

"... un país que lucha por salir del subdesarrollo y olvidar un pasado triste. Un país que está mucho mejor que hace un par de años"

"... caminando hacia el progreso, porque estamos progresando, abriendo nuevos caminos, explorando nuevas alternativas muchas veces inciertas ..."

"... un país que va en camino al desarrollo ..."

Pero también la transformación se impone con todas sus exigencias: tecnológicas, valóricas y sociales, propias de todo proceso de modernización. Exigencias que obligan a ponerse al día permanentemente, a vincularse con la dinámica de cambios y a apropiarse de las nuevas posibilidades. Aquí también reconocemos las versiones de jóvenes que se conectan a los procesos de una sociedad que se moderniza:

"... y resulta que yo ..., el computador basura, y resulta que llega el momento en que me encontré con un computador y es super entretenido, porque tienes montones de cosas, si quieres hablar con la otra parte del mundo..."

"... las máquinas son buenas, que las máquinas nos sirven para progresar pero que la máquina es una máquina, yo mando a la máquina, no ella a mí..."

Desde nuestra perspectiva los planteamientos anteriores nos permiten constatar, desde el ángulo juvenil, la experiencia del cambio como una característica básica de la sociedad que les toca vivir. Las ciencias sociales ya

saben mucho de esto y cada vez aparecen con mayor frecuencia conceptos que intentan describir la dinámica de la complejidad: sociedades postindustriales, sociedades postempresariales, sociedades programadas o planificadas, modernidad tardía, modernidad radicalizada⁷⁶. No es parte de la discusión establecer la aplicabilidad de tales conceptos a la realidad chilena, simplemente nos importa destacar el esfuerzo de las ciencias sociales por aprehender una realidad que al ciudadano común y corriente de nuestro país se le impone como evidente: esto es el proceso de complejización social, marcada por la modernización capitalista⁷⁷.

Las voces que nos hablan del cambio, que intuyen la necesidad de ajustarse permanentemente, nos conducen a un recodo: uno de cuyos caminos nos insinúa sumergirnos en las vivencias más personales de los jóvenes de la nueva modernidad chilena: la lógica de las oportunidades.

La otra nos invita a observar las tematizaciones más críticas. Efectivamente, este esfuerzo de desarrollo y progreso tiene caras ocultas que no escapan a las observaciones juveniles. Las visiones optimistas, llenas de imágenes y promesas, se encuentran con los discursos críticos que identifican los saldos negativos, los obstáculos, lo pendiente y las consecuencias negativas de este proceso.

Se trata de los saldos negativos, aquello que sigue quedando inconcluso en un país que no cuenta con bases sólidas para enfrentar los desafíos de las transformaciones. Se trata del cuento de una sociedad que se vende a sí misma en las puertas del desarrollo, pero que esconde debajo de la alfombra sus handicaps, su desorganización, su falta de preparación, la pobreza.

"un país con ganas de surgir, pero poco preparado y organizado para ello"

"se está abriendo al mundo, pero se esconden aspectos negativos, como la pobreza"

En ambas afirmaciones reconocemos dos versiones, que desde la idea de los saldos y las carencias nos presentan abruptamente los argumentos de un discurso que se articula en la duda y la suspicacia. Sospecha que parece alimentarse del pasado: "... con todo lo que tiene el país, perfectamente, económicamente podría haber surgido hace mucho tiempo, pero quizás nosotros no queremos...", para actualizarse en el presente conservando los mismos saldos de ayer:

"... en lo económico creo que va hacia una liberalización, que va a hacer más ricos a los ricos y más pobres a los pobres..."

"entonces yo creo que hay ene conceptos de sociedad que tenemos nosotros que no permite que eso cambie, porque un gerente puede ganar tres millones de pesos, pero su secretaria no gana más de trescientos lucas ..."

Se trata de la primera versión que nos habla de la experiencia de una dinámica vertiginosa de transformaciones, de intuir la posibilidad del cambio para encontrarse de frente con la misma escena, aquella que actuaron padres y abuelos. Si la sospecha se instala en la promesa de la igualación de oportunidades y el aplaudido proceso de cambio tiende a la profundización de las desigualdades, entonces lo más probable es que las distancias se hagan cada vez más amplias. La diversidad deja de ser un bien cultural y pasa a ser una vergüenza moral.

En este contexto, ¿cómo se retoma el problema de la identidad inconclusa? ¿Cómo un proceso de modernización que profundiza las diferencias puede estructurar un proyecto de sociedad que integre al conjunto de la población? ¿Cuál es el balance de la conversación juvenil en esta promesa?

Desde nuestra perspectiva, las observaciones juveniles se sustentan, en torno a este tópico, en el código de la

76 Por lo menos así lo vienen sugiriendo desde hace ya algunos años una serie de autores que al mismo tiempo intentan evidenciar las contradicciones que estos procesos suponen. Entre ellos, Bell, *El advenimiento de la sociedad post-industrial*. Ed. Alianza Universidad, Madrid 1994; Inglehart, *El cambio cultural en las sociedades industriales avanzadas*. Ed. Siglo XXI- CIS, Madrid 1991. Drucker, (sociedad post-empresarial) en *Las Nuevas Realidades*. Ed. Sudamericana, Buenos Aires 1991; Giddens, Anthony ("modernidad radicalizada") en *Consecuencias de la Modernidad*. Ed. Alianza Universidad, Madrid 1994.

77 Entre cuyos rasgos, para el caso chileno, podemos mencionar la autonomía que ganó la acumulación financiera respecto a la acumulación productiva, la creciente expansión del capitalismo hacia los nuevos servicios, reducción del empleo público, desarrollo del comercio exterior, la terciarización de la economía y la estructura ocupacional, la tendencia de una demanda que aumenta por profesionales y técnicos. Existen trabajos empíricos que permiten tener un panorama de esta dinámica de cambios. Martínez y Díaz, A. *Chile: La Gran Transformación*. Documentos de Trabajo. Centro de Estudios Sociales y Educación SUR, 1993. También, León, A. y Martínez, J. La estratificación social chilena hacia fines del siglo XX. En: *Chile en los noventa*. Toloza, C. y Lahera, E. Eds. DOLMEN, 1998. También, Urzúa, Raúl. Globalización, modelo económico y transformación social: una mirada parcial. En: *Urzúa, Cambio Social y Políticas Públicas*. Centro de Análisis de Políticas Públicas, Universidad de Chile, Santiago 1997.

fragmentación. Este logra, también, capturar una orientación de sentido de carácter temporal⁷⁸ y aquello de la identidad no resuelta se dispone en un eje diacrónico –pasado/presente/futuro– y obliga a fragmentar los procesos históricos de nuestra sociedad. Desde el pasado, se distinguen las tareas pendientes y la imagen de una sociedad inmadura se impone a los actuales y futuros desafíos:

"... un país en formación, no completo, no adulto, adolescente..."

"... creemos que estamos bien en todo, pero en realidad recién estamos comenzando, somos unas guaguas..."

Estos handicaps e indefiniciones de una sociedad en proceso de formación se encuentran con un contenido comunicativo que impone sus dudas a las posibilidades de, con la actual estrategia de desarrollo, completar el cuento de la identidad. Cómo se construye identidad nacional estando comprometidos en un proceso basado en la imitación de modelos externos. En alguna medida, parte de la respuesta es que ello define la identidad de este país:

"... país copión, que no posee mucho original y no valora lo propio por adorar lo extranjero..."

"Chile se ha convertido en una sucursal de Estados Unidos y el resto de los países de Latino América igual..."

En esta propuesta de modernización, como muchas otras, el modelo a seguir proviene del entorno mundial y su efecto más evidente es que se hipoteca su capital cultural –que es aquello sobre lo cual podemos construir una identidad específica– y en una aplicación muy simple, la ley de la entropía: que terminemos igualándonos a nuestro ambiente:

"... por esto de moda también, empiezan a hablar en inglés, o se celebra halloween (...), y algunos están tratando de defender lo que es propio, lo que podemos mantener, para poder mantener una identidad si quiera..."

"... pienso de repente nos vamos a confundir con los demás países, ya no vamos a notar mucho la diferencia..."

El modelo extranjero, entendemos, se dispone como espejo en el cual reflejarnos en un doble sentido: como referente de lo que se debe hacer (copia) y como parámetro y evaluador de lo que hacemos (para ellos se vende imagen). Y en el espacio entre la copia y la imagen queda el profundo abismo de los desequilibrios e inequidades:

"... para fuera organismos como Pro-Chile tratan de vender la pomá que estamos super bien, pero por dentro el asunto no está bien estabilizado"

Se trata de la segunda versión que nos habla de la experiencia de una dinámica vertiginosa de transformaciones, de intuir la posibilidad del cambio y alcanzar la promesa, para encontrarse de frente con la misma sospecha: el camino elegido no asegura saldar las cuentas pendientes como sociedad. Es la sociedad la que no puede ser imaginada con el concepto de armonía. Incluso es la propia sociedad la que se pregunta y se cuestiona por el rumbo a seguir:

"... la sociedad misma, la sociedad misma es la que se anda discutiendo, la sociedad misma es la que se está cuestionando y necesita preguntarle a otras personas par poder responderse..."

Por ello es que no debe extrañar que este conjunto de indicaciones se organicen, finalmente, en una visión y una conversación escéptica y crítica. Escéptica, porque se observa que las actuales transformaciones y procesos de cambio no van a resolver los temas pendientes. Doblemente escéptica, porque el proceso, como lo indicamos en el capítulo anterior, no tiene un norte claro, no hay claridad respecto del rumbo que se lleva⁷⁹:

78 Hacemos alusión a la dimensión temporal del sentido: "el tiempo es, para los sistemas de sentido, la interpretación de la realidad con relación a la diferencia entre pasado y futuro", Luhmann, N. (1996). Página 180. También, Luhmann, N. (1998). Páginas 92- 94.

79 Tal como desarrollamos en el capítulo anterior esta responsabilidad se endosa a la clase política de nuestra sociedad: "... el problema del país es que hay gente que no sabe lo que quiere, en este momento son dirigentes..."

"... no sé, no lo sé, el día que yo sepa para dónde va mi micro, voy a poder saber para dónde va Chile, pero por ahora no sé..."

"a mí me gustaría saber si Chile tiene un norte..."

¿Cómo debemos entender este escepticismo? ¿Como desidia, anomia, indiferencia? Desde nuestra perspectiva, el escepticismo sólo indica que la "micro" no seduce, que el cuento de "todos arriba juntitos" no convence. Lo cierto es que también la incertidumbre se debe a la carencia de una propuesta que defina el camino a seguir: "...pero no hay un planteamiento, un plan bien estructurado, que a lo mejor no dé frutos en seguida, pero saber que más adelante va a pasar algo, que va a llegar a algún punto...". Probablemente, la otra cara del escepticismo sea el temor: a que te boten de la micro o que a mitad de camino haya que empujarla -los de siempre-. A lo lejos se escucha el rumor de que es mejor quedarse abajo y arreglárselas solo.

También es crítica porque parte importante de las consecuencias se rotulan en términos negativos. No sólo se trata de un rumbo que parece no tener norte, sino que la dirección que lleva es incorrecta, porque los resultados obtenidos no saldan las cuentas históricamente pendientes por el contrario, generan nuevos costos:

"... no preocuparse tanto de ser los jaguares de América, y que la economía, creo que me da lo mismo la economía esté perfecta si el costo social es mucho..."

"... un país que intenta organizarse, que ha surgido, pero ello a costa de la pérdida de ideales..."

"... la desigualdad social, el individualismo que expresamos denante, la falta de identidad, la falta de cultura también ..., yo creo que todos esos son síntomas ..."

Desde nuestra perspectiva, las voces críticas, y no sólo contestatarias, indican que *no todo lo que brilla es oro*. Probablemente, la otra cara de la crítica sea la incomodidad y el fastidio que supone ponerse un traje que no gusta, que aprieta y asfixia. A lo lejos se escucha el rumor de que es posible hacer como si... se viste el traje y se sube a la micro.

Al final de la conversación, después del encuentro de las voces críticas y las escépticas, un pequeño segundo

de silencio, de introspección. Para un observador externo sólo es posible que la vida entera esté pasando por delante. Aquel instante se quiebra con la talla, la ironía de un discurso... escéptico...:

"... tratamos de competir con ellos y somos unos ratones todavía ..."

De lo contrario, debemos dar paso a la comunicación que en su interior guarda algo de alarma, de desencanto y desesperanza. Los minutos de silencio permiten aquello de pensar en lo peor y lo peor imaginable es una dinámica de crisis al interior de la sociedad "...no a tan corto plazo, pero yo veo una crisis, un colapso del sistema".

En efecto, la vertiginosa dinámica de transformaciones que el capitalismo neoliberal ha venido alimentando no sólo ha supuesto cambios culturales que se expresan en la priorización de comportamientos sociales funcionales, como veremos en las páginas que siguen, sino también profundas tensiones que para algunos son voces de alarma que amenazan el orden social:

"yo creo que en estos momentos hay una catástrofe en el país, ya sea en el orden social, económico,....el problema es que estas cosas ahora se ven, antes no se veían...todas estas crisis sociales".

Y para otros son la profundización de las diferencias y contradicciones sociales:

"yo creo que va a llegar un punto en que esto va a reventar... va a llegar un punto en que no vamos a poder aguantar más (...) un país de las diferencias sociales, de la delincuencia, de la salud, de los profesores, de la educación, de todo..."

En este cuadro donde las evaluaciones se van haciendo cada vez más críticas, las transformaciones de la sociedad se convierten en una trampa y el cambio en un espejismo. En efecto, porque el proceso de modernización que suponen las transformaciones vividas por nuestro país no implican un cambio destinado a resolver las deudas pendientes de la sociedad consigo misma, y menos con sus habitantes. Lo que es peor aún, en el futuro cercano no se vislumbra un giro distinto -"pase lo que

pase, salga el Lavín, el Lagos, o el Zaldívar, va a seguir igual la cosa..."-. Por el contrario, lo que se vive es la sensación de caer inexorablemente en una especie de trampa, en un juego tramposo, donde no es posible cambiar las reglas, sino sólo aceptarlas.

Pero más allá de las descripciones sobre una sociedad en transformación, lo que estas indicaciones nos revelan es una caracterización del contexto en el que se inscriben las vidas cotidianas de los jóvenes chilenos. Un contexto que, como hemos señalado, está marcado por la lógica de las oportunidades, pero que, sin embargo, se vive en el margen de la contradicción y la tensión. Desde nuestra perspectiva, una clara imagen de la sociedad surge en el momento en que las miradas se vuelven sobre los propios observadores, quienes se distinguen en sus múltiples facetas en una relación odio-amor con la sociedad que están aprendiendo a conocer.

En los márgenes

A través de la metáfora de *andar en los márgenes* queremos sintetizar las contradicciones, las indecisiones, las dudas, que se busca resolver en el proceso de "plena incorporación a la vida social". La crítica a la sociedad no es, en ningún caso, sin costos. El costo es que en la descripción, los jóvenes se describen a ellos mismos... y, hasta donde entendemos, no les gusta del todo.

En este punto volvemos al recodo que dejamos en el camino y nos adentramos en las vivencias más personales que nos hablan de dejarse seducir por las luces de colores y por los senderos tortuosos. Es saberse parte de la historia, de escribirla, un poco por imposición, otro poco por aventura, para después querer volver y borrar lo escrito.

Estar en los márgenes es, en un primer momento, estar en aquel punto en el que se debe decidir entrar a jugar con todas las reglas o fugarse. Imposibilitados -y sabedores de la imposibilidad- de producir un cambio cualquiera, las opciones se presentan claras: fugarse significa, en su punto más crítico, muerte social exclusión sin retorno. Jugar con todas las reglas significa pecar.

"nosotros somos estimulados por el sistema y respondemos como el sistema quiere que respondamos, o si no nos separan, nos llaman locos, nos meten en la cárcel, no nos dan trabajo".

Por ello, el segundo momento, el de las opciones, termina siendo un medio camino, la construcción de un hábitat, de un refugio: *el de los márgenes*. Aquel que permite entrar y salir -si se quiere entrar paulatinamente, saliendo de vez en cuando-. Este es el juego de los márgenes que se desarrolla en dos registros paralelos. Por una parte, dejándose seducir por las luces de colores y reconociéndose parte del juego:

"... eres como un punto dentro de un mundo nuevo, no eres desadaptado, sino que solamente eres una persona que tiene demasiadas influencias, demasiados elementos hacia ti..."

"... somos una generación ad hoc a los momentos, muy metida en los computadores".

Ello significa aceptar los riesgos y las contradicciones. Puedes resbalar y terminar siendo absorbido o te puede terminar gustando:

"... a lo mejor el miedo más grande es dejar de ser como soy, y que al final igual me absorban..."

"...a la larga es cómodo, qué sacai con criticar si te acomoda, te encanta tener harta oferta, poder elegir, tomar una tarjeta y pagar, qué voy a andar trayendo monedas, es muy complicado, si nos encanta andar con el celular en la mano, somos felices así, igual somos cara dura para alegar contra el capitalismo, el consumismo, que somos tan inconscientes, somos contradictorios, todos somos contradictorios..."

Y en un segundo registro, aceptando las reglas, el guión y el papel, es decir, pecando. Pecar es actuar de modo consistente con aquello que se critica. Sin embargo, parece ser una opción válida y legítima en el contexto social en el que se desempeñan:

"... más me interesa arreglar primero mis problemas antes que preocuparme por el resto de la gente (...) demasiado individualista, pero no me acomplejo por ello..."

"... yo, no me acuerdo nunca haber escuchado a mi mamá haber dicho primero preocúpate de tus compañeros

y después en ti, desde chico escuchando cuidate tú, primero tú..."

Por cierto, de otro modo no puede ser, se debe pecar para cumplir con las expectativas del entorno cercano y de la deseabilidad social. Se debe pecar para ser exitoso, o en el mejor de los casos, simplemente para no fracasar:

"el modelo me exige ser individualista, porque yo trabajo para mí, (...), pero yo no estoy trabajando pensando que voy a beneficiar a la sociedad sino que me voy a beneficiar yo..."

"... el sistema te está diciendo, que llegue a la media, porque si no llega a la media tiene menos oportunidades, tienes menos éxito, eres un fracaso..."

En un marco social altamente exigente las aceptaciones anteriores sólo pueden ser comprensibles cuando se vislumbra en el horizonte una figura fantasmagórica que acecha de manera implacable los proyectos personales. El temor al fracaso viene a constituirse en un catalizador omnipresente de muchas de las opciones, decisiones y comportamientos que han sido rotuladas como entreguismo.

"el fracaso es uno de los temores más grandes que se tiene, pero cuando lo superas te das cuenta que estás hecho para el fracaso, para pequeños fracasos, la gracia es que la sociedad te está diciendo que no son pequeños fracasos, son grandes fracasos..."

El fracaso se materializa en las imágenes de éxito. El otro lado de la moneda es alcanzar los máximos sociales que definen al hombre y la mujer exitosa.

"principalmente éxito económico, más que crecimiento personal, el crecimiento económico, llegar más alto, mandar más gente, tener más plata"

"éxito es cumplir con las expectativas que uno se ha trazado, pero en función de lo que el resto de la sociedad te ha impregnado sobre ti y fracaso sería lo totalmente opuesto, marginarse de la sociedad, del modelo actual"⁸⁰.

Tensionados a tomar opciones en el marco de un juego cuyas reglas no comparten, imposibilitados de cambiarlas y tentados por las luces de colores, se conocen algunas de las recetas que pueden permitir ganar alguna carrera, aunque no se quiera correr:

"...la sociedad te está dando reglas y se cierra en eso, ..., lo del reconocimiento social, hay que aceptar que muchas de las cosas que uno hace es porque quiere que lo estén mirando, y en algún minuto hay que tener a alguien que te diga: si lo estoy haciendo bien..."

"... es así, sálvate como puedas, si podés pisar y escupir al de al lado, hazlo, porque así vai a llegar primero..."

Nuestra hipótesis más riesgosa nos propone sostener que los jóvenes, al saberse pecadores, diseñan un espacio intersticial que permite enfrentar y controlar el destino inexorable que supone la "plena incorporación social". Los márgenes constituyen el locus en el cual es posible, todavía, cuestionarse y cuestionar: y éste no es un afán de rebeldía "Yo creo que más que un afán de rebeldía es un afán de búsqueda propia...". Cuestionarse no es sólo la pregunta por la identidad personal, puede ser eso, pero también es la pregunta por la identidad generacional. La que todavía no ha sido nombrada. Los comportamientos sociales de los jóvenes son en este sentido una búsqueda incesante que cuestiona lo social, pero, en primer lugar, los cuestiona a ellos. Su lectura ha sido entendida como desidia, anomia y desinterés, pero es fundamentalmente contradicción:

"creo que eso es también lo que marca hartito a los jóvenes de los noventa, eso de que no queramos estar en contacto con la sociedad, porque vemos que la sociedad está mal, y no queremos caer en lo mismo, creo que por ahí pasa la cosa."

La pregunta que los jóvenes parecen formularse en este punto es: ¿cómo una sociedad con tantos saldos, con tantas cuentas pendientes, puede tener el descaro de exigir ciertos comportamientos? En otro ángulo, ¿cómo

⁸⁰ El modelo de éxito se sintetiza en la figura del "ganador". Y, en torno a esta figura es posible distinguir dos tipos: "... el ganador viene de clase media alta, es gerente o corredor de bolsa, tiene un auto último modelo, usa ropa italiana y tiene una mujer hermosa, es un privilegiado, (...) pero también está el otro ganador, el bam-bam, el matador, de estrato social bajo que sube rápidamente y se endiosa..."

puede pretender que aceptemos sus exigencias si su forma de hacernos el llamado es insultándonos?

Lo que importa subrayar es que hoy el discurso está marcado por la idea de joven problema a la que ya hacíamos alusión, la cual incluye categorías tales como "jóvenes apáticos", en "crisis moral", en "riesgo psicosocial", en "déficit de oportunidades". En este cuadro el sector juvenil es un joven-problema que debe ser integrado y no un sujeto activo (Cottlet, 1994). Esta manera de rotular a la población juvenil hace imposible considerarlos como actores sociales capaces de manejar los destinos de la sociedad. En efecto, lo que describe la relación de los jóvenes con la sociedad en términos globales está fuertemente marcada por una especie de paradoja. Aceptar el llamado implica aceptar la estigmatización.

"... la imagen que existe en la sociedad de los jóvenes: delincuentes, alcohólicos, drogadictos, que no se inscriben en los registros electorales, de las barras bravas".

"... calificativos que se manejan actualmente: violento, desordenado, drogadicto, alcohólico, liberal".

Como toda paradoja, la respuesta es una inmovilización: no hay respuesta. Frente a la inmovilidad la respuesta es insistir en la rotulación. El vértice entre la presión del ambiente y la mirada crítica sobre los procesos sociales del país definen en gran medida las claves con las que los jóvenes intentan comprenderse como participantes de una sociedad que los llama con un doble lenguaje. Esto, en un primer nivel, termina traduciéndose en el desgaste del concepto de identidad generacional:

"ahora, por el hecho de ser tan individualista, ya no hay algo común, que nos identifique a todos, "oye estamos en lo mismo" no cada uno vive en su onda y listo"

Sin una identidad que les permita reconocerse, estigmatizados por la sociedad y con una evaluación crítica y escéptica de los procesos sociales que involucran al país, la respuesta más coherente es situarse en los márgenes. Aquel lugar en el que es posible observar, eventualmente entrar a participar, pero también en el que es posible la fuga:

"para él (el sistema) ... yo funciono y si soy crítico pretendo mejorar algunas cosas dentro del sistema, siguiendo el conducto del sistema todo ordenado ... es como un poco apocalíptico pero integrado, funcionando dentro del sistema pero revolucionando dentro del sistema, porque las revoluciones fuera del sistema como que no sirven mucho".

Desde nuestra perspectiva, los márgenes son una posición social que debe ser valorada en su justa medida. Andar en los márgenes significa, de alguna manera, validar los microespacios y jugarse por las microtransformaciones y los pequeños cambios, sabiendo que de lo contrario queda sólo disolverse:

"...yo soy una célula que está inmersa en este cuerpo, que sé que me quiere tragar este cuerpo o me quiere disolver, entonces yo críticamente hago mi revolución, no es la gran revolución, es la pequeña revolución, yo creo que esa es mi proyección como joven crítico frente a la sociedad".

En el reverso es posible observar, también, la fuga, la salida del margen, para no estar en las grandes causas y en los grandes procesos:

"Yo creo que nadie está viviendo para mejorar las cosas en este mundo, nadie está con la idea fija de yo quiero mejorar mi país..."

"Parece que los jóvenes, no queremos aportar en ese proceso, como que no queremos meternos en ese tren, de desarrollo, progreso, imagen del país..."

La débil frontera que separa este espacio social supone la posibilidad de enfrentarse para cristalizar identidades locales que toman la forma de la resistencia. Se trata de una construcción que evidencia la exclusión, pero que busca excluir a los responsables de tal condición. Los excluidos son excluidos, por aquellas identidades de carácter defensivo respecto de lo institucionalmente dominante (Castells, 1998: 31). Las pandillas vienen a configurarse como una radicalización del espacio social que hemos nombrado como los márgenes. Pero allí también es posible volver a entrar, como es posible observar a propó-

sito de experiencias de jóvenes que hacen suya la causa de la transformación⁸¹.

Por ello es que al finalizar este texto, y asumiendo el riesgo de impregnar con matices de idealidad lo que hemos venido describiendo, podemos imaginar que los márgenes constituyen refugios, "santuarios de humanidad", donde es posible encontrar aquellas pequeñas co-

sas, aquellos ritmos cadenciosos, allí donde quedan fuera las urgencias y la bravata. Allí donde también es posible construir sociedad: *"yo estoy de acuerdo en el progreso a nivel personal, y de gente, todo el progreso que pueda hacer lo voy hacer por gente, por personas, pero no por el país... esto es una maqueta y yo prefiero trabajar por la gente, no con la maqueta..."*.

81 El modelo de los okupas en España es una expresión de ello. Y las pandillas evangélicas punk en nuestro país otra.

